

A vibrant blue background featuring a collage of travel-related items: a straw hat with a gold coin, a red and white striped sailboat, a smartphone, a butterfly, a magnifying glass, a camera, a map with a compass rose, and a notebook.

ABBY BAKER

DE VIAJE
O LO QUE
SURJA

Click
EDICIONES

Índice

| | |
|------------|--|
| Portada | |
| Portadilla | |
| I | |
| II | |
| III | |
| IV | |
| V | |
| VI | |
| VII | |
| VIII | |
| IX | |
| X | |
| XI | |
| XII | |
| XIII | |
| XIV | |
| XV | |
| XVI | |
| XVII | |
| XVIII | |
| XIX | |
| XX | |
| XXI | |
| XXII | |
| XXIII | |
| XXIV | |
| XXV | |
| XXVI | |
| Créditos | |

Click

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Abby Baker
De viaje o lo que surja

Click
EDICIONES

I

Mina salió a la calle casi corriendo. Fuera caía la típica lluvia de finales de marzo que anuncia la llegada de la primavera. Se estaba quedando empapada, pero poco le importaba. Alzó la mirada hacia ese cielo gris y oscuro y, como si fuera el más azul y radiante que jamás hubiera visto, sonrió y abrió los ojos mientras sus pestañas se peleaban con las gotas de lluvia.

Los pocos paseantes que había en la calle Santa Ana la miraban extrañados y guardando las distancias. Los de Barcelona creían que era una turista que aún no se había recuperado de la resaca de la noche anterior; los turistas creían que era una barcelonesa que había perdido el norte después del trabajo. Era mediodía y lo normal a esa hora era estar haciendo algo de provecho, y no dejando que cayera la lluvia.

Lo único que no sabían era que, en aquel momento, en aquel preciso instante, Mina había finalizado el que creía que era uno de los días más largos de su vida. Acababa de doctorarse en Historia del Arte.

«Una carrera con mucho futuro», le pareció oír la voz socarrona de su madre en su interior.

—¡No! —exclamó con rabia para ahuyentar las malas vibraciones que le aportaba el recuerdo de su madre.

No era que no estuviera orgullosa de su hija, pero se hubiese sentido más satisfecha si hubiera estudiado Derecho, Económicas o Administración de Empresas, algo que, al cruzar las puertas de su facultad por última vez, le hubiera dado las llaves de un buen trabajo.

Sin embargo, ese no era el momento de recordar las ilusiones frustradas de su madre, directora de ventas de una gran multinacional dedicada a... La verdad era que nunca había comprendido a qué se dedicaba su madre; sabía que era una alta ejecutiva con falda de tubo por la rodilla y zapatos con tacón de aguja, pero nada más. Una leona entre tiburones. Algo que seguramente llevó a que pusiera fin a la relación con su padre, un polo opuesto en todos los sentidos. Desordenado, descuidado, desgarrado y toda una larga lista de palabras que empezaban con *des*, y que había dedicado su vida a su gran pasión: la cocina.

Ahora, su madre seguía divorciada y soltera, aunque Mina tenía claro que algún que otro escarceo amoroso había tenido, al menos alguna aventurilla en cualquier convención de la empresa. Su padre, en cambio, unos años después del divorcio, había reencontrado el amor en una chica de la edad de su hija, y es que, a pesar de los años, seguía guardando ese extraño atractivo de los surferos californianos. ¿El resultado de esta nueva relación? Gemelos, dos pequeños diablillos que todavía no tenían ni un año. Más que como hermana mayor, Mina sabía que actuaría como una tía.

Nerviosa, Mina rebuscó en los bolsillos interiores del traje que le había prestado su madre para la defensa, y que ahora mismo estaba más empapado que una toalla en una piscina. Las manos le temblaban, no sabía si por los nervios o por el chaparrón que le estaba cayendo encima. Al fin encontró lo que buscaba, un *smartphone* con la pantalla rota y lleno de goterones de agua.

Se resguardó bajo la cubierta de uno de los balcones de la finca en la que se encontraba el restaurante al que había ido a comer con los miembros del tribunal y el director de su tesis y pulsó hábilmente varias veces la pantalla. Se colocó el teléfono en la oreja y, tras unos pitidos, respondió la voz de un hombre:

—¿Ya está? —preguntó su padre casi tan exultante como ella.

—Sí, sí, se ha terminado, papá, ya soy doctora.

—Menos mal —resopló tranquilo su padre; era casi como si la tesis la hubiera hecho él mismo—. Y ahora ¿qué?

«¡Oh, no! Esa maldita pregunta no», se lamentó para sus adentros Mina; la esperaba de su madre, pero no de su padre. Tragó saliva, miró a su alrededor como si alguien la estuviera espionando para saber si decía la verdad o no y respondió:

—Unos días de desconexión y después de nuevo al trabajo —dijo con falsa determinación. No tenía ni la más mínima idea de lo que haría a partir de entonces, pero en ese preciso instante, justo después de terminar de doctorarse, solo pensaba en evadirse. Hubiera preferido decir: «No sé, creo que me tomaré un año sabático para descubrirme y después ya se verá». Sin embargo, sabía que, de formas diferentes, para sus padres aquella no era una respuesta válida.

—Bien dicho, cariño —respondió su padre henchido de orgullo paternal al ver que su pequeña se había convertido en toda una doctora—. ¡Ah! Y enhorabuena —añadió entre carcajadas de gozo.

—Gracias, papá.

—Lo siento, Guille, pero tengo que dejarte —anunció de repente—; tenemos una reunión con el propietario sobre los menús de la noche y ya me están llamando.

—Tranquilo, no te entretengo más.

Se despidieron cariñosamente, como siempre lo habían hecho, y ambos colgaron el teléfono. Mina se quedó mirando fijamente al móvil, sabía cuál era la siguiente llamada que tenía que hacer. No le apetecía oír cómo la atosigaba su madre, pero tenía que hacerlo. Después, sería libre de verdad.

Tras un par de tonos, la voz de su madre, dura, fría y directa, resonó a través de la línea, como si en lugar de responder a su hija, estuviera tratando con el comercial de turno.

—¿Cuál es tu idea a partir de ahora, Guillermina?

«¡Joder!», exclamó en su interior Mina, la misma pregunta que su padre, pero de forma más directa y, para colmo, con su nombre completo al final. La mayoría de la gente la llamaba por su diminutivo, Mina, que resultaba hasta cierto punto peculiar, incluso exótico. Su padre la llamaba Guille, algo que había comenzado como una broma cuando era pequeña, pero había terminado por convertirse en su forma de dirigirse a ella. Sin embargo, su madre pocas veces la llamaba por su nombre; siempre utilizaba las clásicas fórmulas de *hija*, *cariño* o *tú*. Toda una romántica, su madre. Pero cuando le hablaba en serio, o le estaba echando la bronca, no dudaba en utilizar la forma completa y más larga de su nombre...

—¿Guillermina? ¿Me oyes?

—Sí, sí, perdona, mamá, es que aún sigo un poco distraída, por la defensa, los nervios y...

—Vale, vale —la cortó su madre como si quisiera quitársela de encima—, pero responde a mi pregunta.

Mina suspiró, tragó saliva e intentó ser igual de diplomática que había sido con su padre.

—Bueno, unos días de descanso y luego de nuevo al trabajo.

—¿En aquella librería de Gracia? —preguntó con menosprecio su madre.

—Sí..., bueno..., claro, ¿dónde si no?

Al otro lado de la línea, su madre emitió un pequeño gruñido de desaprobación a sabiendas de que su hija la oiría, pero Mina se controló e impidió que la provocara y, simplemente, no respondió, como si no la hubiera escuchado.

—¿Y después? No habrás pagado un doctorado para seguir trabajando como dependienta —le soltó su madre al ver que la primera provocación no había tenido el efecto esperado.

Mina empezaba a arder de furia. Ni tan siquiera la había felicitado. Por un segundo, sintió cómo las gotas de lluvia que caían sobre ella empezaban a evaporarse debido al calor corporal que le provocaba la ira homicida que crecía en su interior.

Pero, sabiendo que su madre quería discutir todo lo discutible que se había guardado dentro durante los últimos meses, tiempo en el que Mina había estado preparando la defensa, solo respondió:

—Ya se verá.

Sabía que aquello era el golpe más bajo y más doloroso que podía sacudirle a su madre, y, para su sorpresa, dio resultado.

—Bueno, tú verás —respondió con desdén—; igualmente, felicidades, ya lo celebraremos.

—Gra-gracias, mamá.

Después ninguna dijo nada más, un simple saludo sirvió para cortar la comunicación. Mina, por primera vez, había ganado una discusión con su madre, aunque, instantes después, no pudo evitar pensar que aquel pequeño triunfo dialéctico había sido como una recompensa, como un regalo por parte de su madre.

—¡Será cabrona...! —exclamó al darse cuenta de que su madre la había dejado ganar.

Pero enseguida la visión de su madre sonriendo tras la mesa de su despacho se borró de su mente, ya que una mujer mayor que pasaba por su lado se giró molesta al oírla, y Mina no pudo evitar soltar una carcajada antes de salir corriendo hacia las Ramblas y la plaza Cataluña.

* * *

Aún con una sonrisa en los labios por lo que era la primera gamberrada en años, o al menos eso le pareció a ella, Mina bajó los peldaños de la estación del tren de dos en dos. Había corrido hasta allí absolutamente descalza y con los zapatos —también prestados, pero por su compañera de piso— en la mano entretanto la observaban todos los propietarios de paraguas con los que se cruzó.

Mientras un grupo de revisores la miraba con curiosidad —estaban acostumbrados a ver cosas raras en aquellos pasillos subterráneos, por lo que una chica descalza y empapada de pies a cabeza no era nada que los sorprendiera—, ella se acercó a una de las máquinas expendedoras de billetes.

Palpando los bolsillos, acabó por sacar un billete de cinco euros completamente mojado, en un estado cercano a la desintegración, y, sin demasiada confianza, lo introdujo en la ranura tras seleccionar la opción de billete sencillo. Tenía un bono de diez viajes en el bolsillo, pero su estado debía de ser el mismo que el de los cinco euros. Simple y llanamente, lamentable.

Una vez la máquina se tragó el billete, como insultada por haberle introducido algo tan deplorable, lo escupió. Pero no lo hizo burlonamente, como suele ser lo habitual, como cuando parece que la máquina le saca la lengua al desesperado viajero, sino como si regurgitara una pasta blancuzca y le escupiera pedazos de papel a su elegante y húmedo traje.

—¡Mierda! —protestó justo antes de que la máquina empezara a pitar de forma acusadora, al igual que un niño llama la atención de su madre cuando otro le ha robado la chuchería que tenía en las manos.

Uno de los revisores, al oír la señal de socorro de su hijo metálico y digital, se acercó con cara de eterna susceptibilidad, preparado ya para cualquier tipo de excusa.

—¿Algún problema, señorita?

—Sí, he puesto un billete y la máquina lo ha convertido en puré —explicó Mina a la vez que señalaba los restos blancuzcos que se descolgaban de la ranura.

El revisor miró hacia allí y, con una sonrisa socarrona bajo la nariz, prosiguió con su interrogatorio.

—¿En qué estado se encontraba el billete?

—Estaba bien... Bastante bien —titubeó Mina.

El hombre, valiéndose de su cargo, revisó de arriba abajo a Mina y comprobó que cualquier cosa que hubiera sacado de sus bolsillos estaría, al menos, bastante húmeda.

—¿Estaba mojado?

Mina le devolvió la mirada como aquel al que han pillado con las manos en la masa, en este caso, una masa de billete de cinco euros.

—Un poco —respondió con un hilillo de voz.

El revisor suspiró.

—Verá, señorita, si introduce un billete mojado, la máquina no puede procesarlo, y, si está muy mojado, directamente se deshace en su interior — explicó apoyándose en el aparato expendedor.

Mina asintió comprendiendo.

—Pero necesito un billete para coger el tren —afirmó.

—¿Tiene otro billete que no esté mojado o, por ejemplo, una tarjeta de crédito?

—¡Ah, coño, la tarjeta! —exclamó Mina.

El revisor alzó las cejas y miró a sus compañeros, que no podían evitar sonreír al ver a aquella chica que parecía que viajaba en tren por primera vez en su vida.

Mina sacó la tarjeta de su bolsillo como si estuviera alzando la espada Excalibur de la piedra y la clavó en la ranura de la máquina correspondiente; segundos después, se encaminaba al torniquete con el billete en una mano, los zapatos en la otra y los ojos de todos los revisores en su nuca.

Bajó las escaleras hasta el andén de la estación de Plaza Cataluña, se sentó en el primer espacio libre que encontró en los bancos y se dispuso a esperar el primer tren que pasara, ya que para ir hasta su casa podía coger cualquiera.

Mientras contemplaba la estación vacía, la mente de Mina empezó a navegar en torno a la pregunta que le habían hecho sus padres, cada uno a su manera, pero ambos con la misma intención.

«Y ahora ¿qué?», una buena pregunta para alguien que acaba de doctorarse en un campo, la historia del arte, que, como la mayoría de las humanidades, tiene más bien pocas salidas: ser profesor o guía turístico.

Ella se sentía a gusto en el lugar donde trabajaba, y más en la media jornada, que le permitía tener tiempo para sus cosas, ya fuera la tesis o cualquier otra actividad que se le pasara por la cabeza. La trataban bien y su único cometido era vender libros, algo que le encantaba. La única pega era que a final de mes se acababa dejando parte del sueldo en la misma tienda en la que trabajaba. Así pues, responder a aquella pregunta, *a priori*, era sencillo: seguir trabajando mientras buscaba algo mejor a lo que dedicar su vida.

Mordiéndose el labio inferior, Mina no pudo evitar pensar en que aquella no era una respuesta para sus padres y, aunque fuera completamente independiente, ellos seguían de cerca su vida.

Sin embargo, pensándolo bien, si en lugar de intentar responder a aquella pregunta a largo plazo lo hacía a corto plazo, podría darles una respuesta más contundente, a pesar de que no fuera la que les gustaría oír, claro.

«Y ahora ¿qué?», volvió a cuestionarse mientras repasaba los últimos cinco años, a sabiendas de que en algún momento debería enfrentarse a ella, pero siempre había dejado para más tarde la respuesta. Y en esas estaba ahora.

Justo cuando el tren entró en la estación, una idea empezó a hervirle en la cabeza, pero, como los buenos platos de pasta, necesitaba la cocción adecuada para que estuviera en su punto, *al dente*, como dicen los italianos.

Mina entró en el vagón, se sentó en el primer asiento que encontró, a la vez que lo mojaba con su ropa, y empezó a planear maquiavélicamente la respuesta perfecta a aquella pregunta que sus padres le habían recordado en uno de los momentos más liberadores de su vida: y ahora ¿qué?

Mientras el tren emprendía la marcha, Mina sonrió con maldad, sabiendo que acababa de dar en el clavo, y decidida a poner en marcha su plan en cuanto llegara a su casa.

II

Cuando Mina salió de la estación, la lluvia había amainado. El chaparrón de primavera que la había pillado después de la comida parecía desplazarse hacia el sur, mientras que donde ella se encontraba, en la plaza Gala Placidia, simplemente chispeaba.

A pesar de lo mojada que se había quedado al salir a la calle, no se arrepentía de haberlo hecho. Había defendido su tesis durante dos largas horas en una de las aulas de la facultad que había escondida en el Raval y, después, como gran colofón, a pesar de las críticas que había recibido por parte de los miembros del tribunal, había tenido que invitarlos, como era tradición, a comer junto con el director de su tesis. Así pues, la lluvia le había sentado bien, como una ducha después de hacer ejercicio, algo refrescante y purificador. Sin embargo, también agradecía que estuviera amainando, no fuera que acabara por encogerse.

Dejando atrás la plaza, giró por una de las calles que rodeaban el mercado de la Llibertat y, en pocos minutos, estaba frente a su portal, una antigua casa señorial rehabilitada que ahora se había convertido en varias viviendas tipo apartamento. Nada ostentoso, pero impresionaba al llegar. En particular, el apartamento en el que vivía Mina hacía esquina con Gran de Gracia; desde sus ventanas se divisaba una extensa fila de árboles que se perdían entre los edificios y, a lo lejos, se veía el cruce con la Diagonal, con su gran obelisco en el centro. Como decíamos, impresionaba.

Abrió el portal y subió las escaleras hasta el tercer piso. Había ascensor, pero detestaba esperar a que llegara hasta los bajos desde el ático, donde habitualmente se encontraba debido a la fea costumbre del presidente de la comunidad, un hombre mayor obsesionado con que el ascensor siempre estuviera a su disposición en la planta en la que vivía.

Metió con energía la llave en la puerta de su casa y la giró, pero cuando se disponía a abrir la puerta de par en par para entrar, la voz de Martina, su compañera de piso, la detuvo.

—¡Espera, espera! ¡El pestillo!

Inmediatamente oyó los pies de Martina, enfundados en las zapatillas de estar por casa, corriendo por el suelo de parqué sintético hacia la puerta.

A pesar de ser media tarde, Martina estaba en casa, como de costumbre; era una de las ventajas de trabajar desde casa como traductora y correctora de libros. ¿La pega? Que gran parte de esas horas se las pasaba frente al ordenador, mirando pocas veces hacia el exterior.

Tras un par de chasquidos y movimientos rápidos, la puerta del apartamento se abrió y Mina se encontró de cara con su compañera de piso. Martina llevaba el pelo negro recogido en un ridículo moño en la parte superior de la cabeza y una diadema fucsia que le sujetaba los pelos rebeldes de la frente y que contrastaba con su color.

Cuando abrió, parecía dispuesta a decir algo que había ensayado de antemano, pero al ver a su amiga a través de sus gruesas gafas de pasta que aumentaban el tamaño de sus ojos castaños no pudo evitar exclamar:

—¿Se puede saber de dónde vienes? ¿Has defendido la tesis en un autolavado de coches? ¿En un descapotable?

Esa manera de hablar era típica de ella; su cabeza no iba como la de las demás personas, siempre se planteaba la hipótesis más absurda ante cualquier situación a la que se enfrentaba.

—Me ha pillado la lluvia en la calle —dijo Mina con una sonrisa mientras pasaba a su lado y Martina cerraba la puerta tras ella.

—¿Antes o después de la tesis? —preguntó un tanto asustada.

—Después —respondió Mina tranquilizando a su amiga, y explicó—: Después incluso de que los gorriones del tribunal se fueran y yo pagara la cuenta.

Martina suspiró aliviada. Entonces cambió de actitud y, mostrando su mejor sonrisa, tan exagerada que sus mofletes alzaron las gafas que llevaba, abrazó a Mina y, chillándole al oído, dijo:

—¡Muchas felicidades, señora doctora!

Mina, además de responder con un «gracias» mientras su amiga la apretujaba entre sus brazos, no dejó de agradecer para sus adentros que, después de todo, alguien la felicitara sin preguntarle cuál era su intención a partir de entonces.

—Y ahora ¿qué? —le preguntó Martina.

Mina sintió como si un centenar de puñales se le clavaran en la espalda, y no solo la punta, sino la hoja entera hasta la empuñadura.

—¿Tú también? No —dijo Mina casi en un lamento.

—¿Yo también? No te entiendo.

Martina la observaba sorprendida; no creía haber hecho nada malo, pero la cara de su amiga decía lo contrario. Mina se dejó caer en un puf enorme y rojo que había en un rincón del comedor mientras Martina se sentaba en su silla de oficina, frente a su escritorio en el comedor, y miraba hacia el exterior.

Mina observó a su compañera de piso. Unos seis años atrás, durante el último año del máster, había encontrado trabajo y había decidido abandonar la casa en la que vivía con su madre e independizarse. Tras muchas búsquedas, a solo veinte metros de su trabajo, había encontrado a Martina, un par de años mayor que ella, que buscaba a alguien con quien compartir apartamento. Preferentemente mujer, joven y soltera. Tenía la costumbre de pasearse ligera de ropa en verano y, extrañamente, como un esquimal en invierno, y no quería toparse con un chico en ninguna de las dos situaciones. En ese preciso instante, a finales de marzo, cuando el calor empieza a hacer acto de presencia, pero el frío todavía no ha abandonado Barcelona, lucía un extraño modelito de camiseta de manga corta, leotardos y calentadores, adornados con unas zapatillas gruesas de invierno con la cara de Chewbacca. Como diría ella misma, no estaba presentable.

Desde que Mina había cruzado la puerta de aquel apartamento por primera vez, cargada con varias maletas, Martina había dejado de ser una mera compañera de piso y se había convertido en una amiga.

Por eso le dolió aún más que le hiciera aquella maldita pregunta.

—Mi padre y mi madre me han dicho exactamente lo mismo, y eso que no estaban juntos —se explicó Mina.

—¿El qué? ¿Felicidades?

—No, mujer, la pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¡La pregunta! —exclamó Mina.

—¡Por Dios, Mina! ¿Qué pregunta?

—Y ahora ¿qué?

—¡Aaah! Esa pregunta..., ¿qué le pasa?

—Que no sé qué responder.

Martina la miró con atención.

—¿Seguro que no sabes qué decir?

—En el sentido al que se refieren mis padres, seguro que los decepcionaría.

—Entiendo —respondió Martina mirando fijamente a través de los culos de vaso que eran sus gafas—. ¿Y en el mío?

—Depende a qué te refieras.

—A cómo vas a celebrarlo.

Mina se levantó de golpe, agarró a Martina por la cara y le dio un sonoro beso en la frente sorprendentemente morena a pesar de lo poco que le tocaba el sol.

—Por fin alguien que no me pregunta por mi futuro —dijo soltando a una perpleja Martina, que observaba a su compañera de piso como si de un loco se tratara, y no era para menos, sobre todo cuando Mina siguió hablando—: Pero, tranquila, he urdido un plan mientras venía hacia aquí —afirmó Mina paseándose por el comedor—. Tengo una idea genial para, cuando me pregunten «y ahora ¿qué?», dar la respuesta perfecta.

—Y ¿cuál es ese magnífico plan? ¿Dominar el mundo? —preguntó con ironía Martina.

—Muy graciosa... Podría, pero no —respondió Mina girando sobre sus talones para mirar de frente a su amiga, a la vez que su cabello rubio esparcía una lluvia de gotas de agua por todo el comedor.

—¿La madre que te...! —exclamó Martina al ver cómo los cristales de sus gafas recibían el impacto de varias gotas—. La lluvia te ha afectado, deberías ducharte; si no, el *qué* del *ahora ¿qué?* será un resfriado.

—Pero ¿y mi plan? —preguntó Mina.

Pero Martina, sin mediar palabra y sin darle tiempo a reaccionar, empujó a Mina hacia el baño.

* * *

Martina estaba sentada en la taza del váter, mirando directamente hacia la cortina de la ducha, una superficie blanca y llena de patitos amarillos.

—A ver, dime cuál es tu plan.

—Pero no así, mujer —protestó Mina desde detrás de la cortina—. Debes hacerme la pregunta para que yo pueda responder de forma adecuada.

Martina resopló. No era la primera vez que se encontraban allí las dos, una en la ducha y la otra en la taza del váter, listas para una sesión de confesiones, aunque dudaba de que los confesionarios de las iglesias tuvieran esas cortinas tan poco discretas.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Martina con fingida espontaneidad.

—Me iré de viaje.

—¿En serio?

—¿Qué pasa? —refunfuñó Mina sacando la cabeza enjabonada por uno de los extremos de la cortina.

—No es que sea un gran plan.

—Sí que lo es si me dejas que me explique.

—A ver, ilústrame, por favor.

Mina volvió a esconderse tras la cortina, se aclaró la garganta y empezó a hablar con gran pompa y circunstancia.

—Para desconectar de la tesis y ver hacia dónde va mi vida, voy a cogerme las vacaciones que Irma me tiene prometidas desde hace seis años y me voy a ir de viaje.

—¿Has hablado con Irma?

—No, pero aceptará.

—¿A las puertas de Sant Jordi? —insistió Martina.

—Lo hará.

Mina no lo tenía del todo claro. Irma era su jefa en la librería que estaba en Gran de Gracia. Desde que había entrado a trabajar no había librado nunca (solo cuando sufrió una gastroenteritis de caballo), no había cogido vacaciones y nunca había protestado por trabajar, así que se merecía un descanso. O al menos eso creía.

—Vale, vale, si estás tan segura, sigue.

—Un viaje que sabré cuándo empezará, pero no cuándo terminará.

—Muy poético —respondió Martina, y preguntó—: Y ¿se puede saber cuál será el destino de tan espiritual viaje?

—Italia —sentenció Mina mientras sacaba un brazo por detrás de la cortina para coger su toalla.

—¿Italia? ¿Va en serio o me estás tomando el pelo? —preguntó Martina.

—Sí, va en serio.

—Una recién doctorada en Historia del Arte que quiere desconectar de la tesis y se va a Italia para hacerlo. Puede que sea uno de los lugares más repletos de arte que existen en el mundo.

—Bueno, no digo que no entre a uno o dos museos, pero ya está.

—¡Por Dios, Mina, que eres especialista en el Renacimiento italiano!

La cortina de patitos se descorrió y tras ella apareció Mina envuelta en la toalla y con el pelo rubio empapado pegado a la frente.

—Lo sé, lo sé, pero mi óptica será diferente; no iré en avión para consultar un archivo y volver. Mi intención es ir en ferri y cruzar el país en coche o en tren; esa parte aún no la tengo del todo clara.

—¿Seguro que es solo esa parte? —preguntó en tono desconfiado Martina.

Mina gruñó y levantó a Martina a empujones de la taza del váter y la sacó del baño.

—Ahora sal de aquí, que tengo que arreglarme, y te recomiendo que hagas lo mismo —le advirtió Mina a la vez que cerraba la puerta echando a su amiga.

—¿Para qué? —preguntó Martina sosteniendo la puerta tanto como pudo para que Mina le respondiera.

—Para celebrar que he terminado la tesis doctoral.

Martina aplaudió excitada al oír las palabras de su compañera de piso, ya que el sinónimo de celebración, en aquella casa, solo podía significar una cosa.

* * *

Uno de los camareros apareció cargando lo que parecía una barca, pequeña para las personas, pero enorme si iba llena de comida.

—Aquí tienen el *sushi*, señoritas —anunció el camarero mientras depositaba en medio de la mesa la barca con cincuenta piezas de *sushi* variado.

Las dos sonrieron agradecidas, a la par que un poco avergonzadas, al ver cómo las personas del resto de mesas del restaurante asiático se giraban hacia ellas y miraban el plato que les acababan de traer.

—Solo faltaría que nos hicieran fotos —bromeó Martina entre susurros, justo un instante antes de que el *flash* de un teléfono móvil la cegara.

—Sabes que a veces estás más guapa con la boca cerrada, ¿verdad? —respondió Mina cogiendo el primer *maki* de entre todos los que había en aquella peculiar barca.

Martina la imitó y, después de tragar la enorme pieza de arroz con salmón y mango, siguió curioseando en el extraordinario plan que había

ideado su amiga.

—Ya sé que antes me has dicho que todavía no lo tienes decidido, pero seguro que tienes algo en mente para saber si irás en coche o en tren, ¿verdad?

Con los carrillos repletos de *sushi*, Mina sonrió apuntando a su amiga con los palillos, masticó con fuerza y tragó.

—Sí, tengo una idea o dos.

Martina la interrogó con la mirada a la vez que se hacía con un nuevo pedazo de *sushi*.

—Depende de lo generoso que esté mi padre para celebrar que he terminado el doctorado.

Martina se atragantó. No conocía a su padre tan profundamente, pero Mina le había contado muchas cosas de sus progenitores, así que no le costó demasiado atar unos cuantos cabos.

—¡Ahora no irás a decirme que pretendes pedirselo a tu padre!

Mina sonrió y guiñó un ojo a su amiga.

III

Mina estaba frente a su padre; habían quedado para desayunar, justo antes de que él entrara a trabajar en el servicio del mediodía. Él quería ver a su hija recién doctorada; ella, en cambio, tenía otras intenciones.

—No, no y no, me niego en redondo —protestó el padre de Mina en una actitud poco habitual en él.

—Pero, papá, solo serán unos días —suplicó ella mientras jugaba con las migas del cruasán que había tomado.

—No.

—Lo cuidaré y lo mimaré, será como si no hubiera salido de tu garaje.

—Lo siento, Mina, no pienso dejarte mi Seiscientos. Una de las pocas cosas que la víbora de tu madre no se quedó en el divorcio no se lo voy a prestar a nadie para que cruce un país. ¿Y si se estropea?

—Llamaré al Real Automóvil Club.

—¿Y si tienes un accidente?

—Sabes que conduzco con mucho cuidado.

—¿Y si te lo roban? —preguntó su padre, pero la mera idea de que su preciada pieza de museo del automovilismo estuviera en manos de otro impidió que permitiera responder a su hija—. Lo siento, Guille. Insisto, mi respuesta es un claro y simplísimo...

* * *

—Sí.

—No me lo puedo creer —respondió Martina con asombro a través de la línea telefónica.

Mina la había llamado en cuanto se había despedido de su padre, del que había conseguido arrancar la promesa de prestarle el coche para cruzar Italia.

—No se ha podido resistir.

—Más te vale cuidarlo.

Mina no respondió, solo soltó una risa nerviosa, a sabiendas de que Martina tenía toda la razón.

—Y ahora ¿qué? —le preguntó con malicia su amiga.

—Hablar con Irma. A esta hora estará sola en la librería; es final de mes, por lo que estará echando cuentas.

—Suerte.

Ambas cortaron la llamada sin más palabras; Martina sabía que Mina la tendría informada en todo momento.

La recién doctorada cruzó en ese instante la Diagonal a la altura de Aribau; había quedado con su padre en una cafetería, cerca del restaurante en el que dirigía la cocina. Ahora, con paso firme y decidido, Mina había emprendido la marcha de vuelta al barrio en el que vivía, en concreto hacia una pequeña pero popular librería que había por encima de Travessera y en la que trabajaba desde hacía más de cinco años.

La cabeza no paraba de darle vueltas, era como si el viaje ya hubiera empezado dentro de ella. Planeaba la ruta, lo que quería ver, los lugares que quería descubrir, las carreteras secundarias que escogería para recorrer el país que la había cautivado desde pequeña.

Había viajado a Italia con sus padres cuando todavía estaban juntos; sin embargo, habían sido unas vacaciones bastante frías. No por el tiempo, ya que era pleno agosto, sino por la manera en la que habían recorrido el país. De ciudad en ciudad, de aeropuerto en aeropuerto, y tira porque me toca. Sí, no lo podía negar, no se había dejado nada de todo lo visitable, pero tenía la sensación de no haber visto Italia, solo cuatro de sus ciudades: Roma, Florencia, Venecia y Milán. Eran muchos los pueblos y ciudades secundarias que se habían quedado por el camino y ahora tenía la oportunidad de conocerlos, o eso esperaba; todo dependía de lo que dijera Irma.

Si el día anterior se había bañado en agua de lluvia tras la defensa de su tesis, ahora Mina estaba bañada en un asqueroso sudor que se le pegaba a todo el cuerpo. El cielo se había despejado en una sola noche, el azul había sustituido al gris y el calor al frío, lo normal para el principio de la primavera.

Tenía la camiseta adherida a la espalda del mismo modo que sus rizos rubios a la frente, y no era refrescante ni liberador como la lluvia del día anterior, sino lo más parecido a una tortura. Era la magia del Mediterráneo; podías pasar de sufrir una inundación a una sequía en cuestión de horas, y eso, cuando se anda deprisa por las calles empinadas de Barcelona, se nota.

A pesar de la emoción con la que había empezado el día, decidida a comenzar un viaje vital y con la promesa de su padre de prestarle el coche, Mina creía que lo tenía todo de frente, pero ahora que veía cómo la calle se inclinaba hacia arriba, las cosas no parecían tan sencillas como pensaba en un inicio.

«¿Y si Irma se niega?», se preguntó sin poder controlar la mente para evitar pensamientos negativos.

«¿Y si mi padre se niega cuando vaya a buscar el coche?» Su cabeza, un segundo antes, era un torbellino de planes; ahora, en cambio, era un tornado destructor de ideas. Aquello era como las fichas de dominó: si caía una, caían todas.

Nerviosa por el sudor y las malas vibraciones, Mina se detuvo en mitad de la calle, provocando que una mujer mayor que empujaba un carrito de la compra casi la atropellara y soltara entre gruñidos:

—Esta juventud de hoy en día siempre va despistada, eso es culpa de los móviles —espetó al pasar por su lado, justo en el instante en que el rechinar de un falso pájaro resonó en su bolso e invalidara todas sus quejas.

Mina apenas le prestó atención; simplemente respiró hondo, miró a su alrededor e intentó aclarar sus ideas. No podía ir a hablar con Irma pensando que le diría que no, ya que, de este modo, seguro que no se lo propondría de la forma apropiada.

«Tranquila, respira y piensa», se dijo a sí misma apartándose del medio de la acera y resguardándose bajo la sombra de un árbol.

«Ahora solo tienes que girar por Travessera y... y...»; Mina miró hacia ambos lados de la calle.

—¡Mierda! —exclamó haciendo que otra mujer la mirara con desdén—. Estoy en Vía Augusta.

Con las prisas y los nervios, Mina había subido demasiado y había llegado hasta la parte alta de Barcelona; un poco más y sin darse cuenta llega al Tibidabo.

Se despegó los cabellos de la frente y reemprendió la marcha, prestando más atención a las calles de Barcelona que recorría que a las de Italia, que todavía no sabía si podría recorrer.

* * *

Media hora después de darse cuenta de su despiste, Mina ya bajaba por Gran de Gracia, menos cansada y con la mente, de nuevo, en el lado positivo de la vida. Confiaba en que los seis años sin vacaciones trabajando para Irma fueran recompensados ahora, tras doctorarse, a modo de premio por su fidelidad a la empresa. Aunque el hecho de cruzarse en medio Sant Jordi podía complicar un poco las cosas.

Sin darse cuenta, tras dar un largo e innecesario rodeo, llegó a la puerta de la librería en la que trabajaba. Discretamente, sin pasar delante del gran aparador de cristal, miró hacia arriba, hacia el cartel de la tienda.

«IRMABOOKS; sigo creyendo que Irma tampoco se estrujó mucho la cabeza para el nombre de su negocio», pensó Mina. La tienda, que toda la vida se había llamado Librería Irma, herencia de su madre, se reformó de pies a cabeza, se modernizó y se bautizó de nuevo —teóricamente, con un nombre más moderno— al llegar el año 2012, apenas unos meses después de que Mina entrara a trabajar.

Mina hinchó el pecho, soltó el aire de un solo soplido y se preparó para plantear de la mejor manera el tema de las vacaciones. No quería entrar con mal pie, pero sabía que, si cometía un solo error, Irma no se lo perdonaría. Tampoco es que fuera el diablo, pero era una mujer de armas tomar.

—Hola —saludó alegremente, como siempre hacía.

Al fondo de la tienda, tras el mostrador, donde también había una pequeña mesa que hacía las veces de caja y despacho de la propietaria, una cabeza de pelo corto y blanco se alzó con nervio. Como un acto reflejo, Irma siempre levantaba la cabeza de aquel modo cuando oía que la puerta de su tienda se abría, ya fuera un cliente, un proveedor o su única trabajadora.

—¿Mina? ¿Qué haces aquí? ¿Ya es la hora? —dijo disparando cada pregunta como una bala a la vez que miraba su reloj, en la parte interna de la muñeca izquierda.

—No, no, pasaba por aquí y, aprovechando que estabas tranquila, quería hablar contigo.

Irma, sin levantarse, le clavó la mirada con sus penetrantes ojos azules.

—¿De qué? —dijo secamente.

Mina se lo suponía, sin rodeos, ese era el estilo de su jefa. Directa, no era una gran empresaria o directiva, pero en este sentido actuaba igual que su madre.

Irma la observaba, pareció como si el tiempo se hubiera detenido en el interior de la librería. Sabía que ese preciso instante era el momento clave

para saber si conseguiría convencer o no a su jefa; todo dependía de lo que dijera.

—Ayer defendí mi tesis.

No supo si aquellas eran las palabras correctas o no hasta que la expresión de Irma cambió de repente. Dejó lo que estaba haciendo y se levantó. Aprovechando su altura, la suficiente para considerarse una mujer alta, cruzó la tienda a grandes zancadas y dio un fuerte abrazo a su empleada.

—¡Es verdad! Se me había ido de la cabeza —se disculpó y añadió—: Enhorabuena, cariño.

«Suerte que la conozco; si no, creería que es bipolar», se rio Mina para sus adentros al ver el cambio de actitud de su jefa.

—Gracias.

Irma se separó y la cogió por los brazos, mirándola con orgullo, mientras se preparaba para realizar la temible pregunta que llevaba repitiéndose desde que había salido de su defensa.

«Si la dice, la pongo contra las cuerdas; si pregunta otra cosa, tendré que improvisar», pensó Mina queriendo sacarle partido a la maldita pregunta que la había perseguido como un acosador.

—Y ahora ¿qué? —preguntó alegremente Irma.

Un atisbo de sonrisa apareció en la comisura derecha de Mina.

—Bueno, había pensado en concederme un tiempo, sin responsabilidades, sin preocupaciones, sin tener que pasarme horas y horas frente al ordenador leyendo, escribiendo o corrigiendo la tesis. Quería emprender un viaje, no solo físico, sino también vital, descubrir mundo.

Lo soltó así, apenas sin respirar, mientras Irma la escuchaba con atención, pero su expresión no denotaba nada. No sabía si le parecía una buena idea o enseguida vería los problemas que comportaba perder una empleada modelo, aunque solo fuera unos días.

—¿Dónde irías? —preguntó sin dejar de sonreír.

—A Italia.

—Para variar, ¿no? —bromeó—. Y ¿para cuándo tienes pensado el viaje?

—Me iría lo antes posible —Mina se relamió, ahora daría el golpe de gracia—, todo depende de ti.

Irma levantó una ceja, tan blanca como su cabello, y preguntó sorprendida:

—¿De mí? No te entiendo.

—Bueno, si me das los días libres me podré ir, si no, no, claro.

Irma frunció los labios, algo se movía en su cabeza; era como si aquel superordenador que tenía en lugar de cerebro, capaz de calcular los gastos y beneficios de la tienda en apenas unos minutos, estuviera valorando todas las opciones posibles.

—Te lo digo así, tan directamente, porque soy consciente de que dentro de poco será Sant Jordi.

—Ya, ya —respondió su jefa haciéndola callar con un gesto de la mano.

Irma frunció el ceño a juego con sus labios, miró el reloj y giró la cabeza hacia el mostrador; Mina pensó que solo le faltaba chuparse el dedo y alzarlo para comprobar la dirección del viento.

—Supongo que tienes pensado regresar, ¿cierto?

Mina asintió.

—¿Ya sabes qué sitios vas a visitar?

—Más o menos.

—Por lo que puedes calcular qué día volverás, ¿no?

Mina no se lo había planteado, pero sí, con ciertas variaciones, ya había planificado el trayecto en su cabeza y los días que estaría en cada ciudad. Por lo que, como Irma le acababa de decir, era capaz de darle una fecha de regreso.

—Sí —respondió Mina—, o al menos eso creo.

Irma, desprendiéndose de su sonrisa, cruzó los brazos sobre el pecho y la miró con severidad.

—Y, entonces, ¿qué día volverás?

Mina tragó saliva; en esas circunstancias, Irma parecía una diosa con poder sobre la vida y la muerte.

—Durante la tercera semana de abril, hacia el veinticinco —respondió titubeante.

—El veintitrés.

—¿Qué?

—A las nueve y media del veintitrés de abril te quiero ver cruzando esa puerta, dispuesta a vivir el infierno que es Sant Jordi.

Mina no acababa de comprender qué estaba sucediendo, ¿lo había conseguido o no?

—¿Qué? ¿No te vas de viaje? —le preguntó su jefa.

Mina entornó los ojos mientras repasaba los datos mentalmente, pero Irma le facilitó las cosas:

—Puedes irte de vacaciones, Mina, ahora mismo si quieres, siempre que estés aquí el día veintitrés.

Sin poder controlarlo, en el rostro de Mina se dibujó la sonrisa más grande que jamás se había visto. Llevada por la emoción del momento, saltó a los brazos de su jefa y le dio un beso en cada mejilla antes de salir corriendo de la tienda.

—Tráeme algo bonito... ¡Y que no sea un libro, que nos conocemos! — exclamó Irma viendo cómo su joven empleada se disponía a vivir una aventura.

IV

Con la misma velocidad con la que había abandonado la librería, Mina cruzó la puerta de su apartamento, de modo que la paz que se respiraba, interrumpida solo por el teclear de los dedos de Martina en su ordenador, se convirtió en un grito eufórico mezclado con un sinfín de dudas expresadas en voz alta.

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó Martina dejando de trabajar y mirando hacia la cocina a través de la barra americana que separaba los dos espacios.

—¿Que qué me pasa? ¿Que qué me pasa? —repitió exultante Mina mientras bebía directamente de la botella de agua para quitarse la sed, el cansancio y el calor que había cosechado aquella mañana.

Dejando la puerta de la nevera abierta y la botella sobre la encimera, cruzó el comedor en dirección a su amiga y, abrazándola con todas sus fuerzas, la levantó como si no pesara nada.

—¡Irma ha dicho que sí! —le gritó al oído a pleno pulmón.

—Me lo suponía por tu comportamiento, no sé ni tan siquiera por qué lo he preguntado —dijo Martina, que se quedaba sin aire a cada palabra que decía—. Mina, suéltame, por favor, no puedo respirar.

Mina miró a su compañera de piso, cuyo rostro ya tenía tonos morados.

—¡Uy, lo siento! —exclamó soltándola.

Al sentirse liberada, Martina respiró hondo para volver a llenar sus pulmones y, haciendo acopio de fuerzas, volvió a interrogar a su amiga.

—Entonces, Irma te ha dado vacaciones, por lo que veo.

Mina asintió con fuerza.

—Sí, tengo que estar aquí el día de Sant Jordi, pero creo que será suficiente para desconectar; mi intención no es quedarme en Italia —explicó entre risas.

—Eso espero, no me fastidies quedándote allí, pues tendría que pagar todo el alquiler yo sola.

—Puedes estar tranquila.

Las dos compañeras de piso se miraron; no sabían exactamente qué tenían que hacer.

—Y ahora ¿qué? —preguntó sonriendo con malicia Martina tras unos segundos de risas silenciosas, miradas pillas y paseos estúpidos por el comedor del apartamento.

—Necesito un billete para el ferri hasta Roma —sentenció Mina.

Desde que se le había ocurrido aquel plan, siempre había estado dudando de cuál sería la primera parada, pero, tras reflexionar en ello de forma impulsiva y desde que Irma le había dado el visto bueno para que se fuera de vacaciones, había decidido que el primer lugar al que iría sería Roma.

No sabía exactamente por qué; podía ser por la lógica de visitar primero la capital, la facilidad de llegar en barco o la imagen romántica de Audrey Hepburn y Gregory Peck paseando por sus empedradas calles en una Vespa. Conociéndose como se conocía ella, y seguramente todos sus amigos opinarían igual, había sido por lo último. Incluso se había planteado viajar en avión y alquilar una moto, pero una pequeña vocecilla en su cabeza, a la que la mayoría de gente llamaría conciencia, le había recomendado la seguridad y la comodidad del coche. Pero, al fin y al cabo, no importaba demasiado el cómo, si no el qué.

Todo había pasado tan repentinamente que, tras una vida de pensar al milímetro lo que tenía que hacer, por una vez se había dejado llevar por su instinto.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Martina.

—Si tengo billete para hoy..., pues hoy mismo.

—¿Hoy?

—Sí.

Sin articular otra pregunta o reflexión, Martina se fue corriendo a su ordenador, ese templo digital sagrado e intocable para cualquier mortal que no fuera ella, cerró todas las ventanas y aplicaciones que tenía abiertas y abrió un navegador de internet.

—¿En serio que te vas hoy? —preguntó de nuevo.

—Sí, si puedo, sí —respondió Mina, acercándose a su compañera de piso para averiguar qué estaba haciendo.

En la pantalla del ordenador apareció la página web principal de una conocida línea de ferris entre Barcelona e Italia, y el puntero del ratón se

desplazaba como un loco de un extremo a otro de la página siguiendo las órdenes de Martina.

—¿Qué haces?

—Reservarte un billete de algún tipo para el ferri de esta tarde.

—Ah, vale —fue cuanto pudo decir Mina mientras contemplaba lo que hacía su amiga.

Martina se detuvo por un segundo al ver cómo su compañera estaba ahí, plantada a su lado sin reaccionar.

—Hace un momento derrochabas energía por todos los poros, pero ahora estás aquí —le espetó—. ¿No querías irte? Pues ¿a qué esperas para prepararte y partir? ¿A que vuelva a llover?

Mina la miró directamente a los ojos.

—Dime qué tengo que hacer —le pidió con anhelo.

—Mientras acabo de reservar esto, prepararte la maleta...

—¿Y después? —la interrumpió empezando a reaccionar y a recuperar la energía con la que había llegado.

—Llamar a tu padre para que puedas ir a buscar tu coche.

—Es su coche, no el mío —aclaró Mina.

—Si te lo llevas a Italia durante casi un mes, te aseguro que será tuyo.

Mina soltó una carcajada mientras se iba corriendo a su dormitorio. Desde que había llegado a ese apartamento, no había vuelto a salir ni a dormir en otro lugar salvo un fin de semana en casa de alguno de sus padres, por lo que le parecía una tarea casi imposible preparar la maleta para un mes de vacaciones.

—Además, ¿dónde tengo la maleta? —se preguntó en un susurro contemplando su habitación como si fuera un territorio virgen e inexplorado.

En su habitación había dos armarios, cuyas puertas entreabiertas denotaban que estaban a reventar; una cama deshecha; varios pares de zapatos y sus cajas apilados en un rincón, y un escritorio al fondo, junto a la ventana, con un ordenador y decenas de libros apilados, además de montones de hojas situadas estratégicamente para compensar, sobre su superficie. Pero la maleta no la veía por ninguna parte.

—¿La maleta? ¿La maleta? ¿La maleta? —susurró repetidas veces mientras avanzaba lentamente entre los montones de ropa, papeles y libros que había en el suelo.

Se golpeaba con suavidad los labios con el dedo índice; ahora se sentía como el mejor investigador privado en la escena de un crimen cuyo cadáver

ha desaparecido.

—La maleta está... La maleta está...

Sus palabras quedaron en el aire cuando alzó la mirada hacia la parte superior de los armarios.

—¡Te encontré! —exclamó con tanta fuerza que Martina la oyó.

—¿Dices algo? —preguntó desde el comedor.

—No, nada.

Mina alargó los brazos hasta alcanzar el asa de aquella maleta de color violeta y tiró con fuerza; lo que pasó a continuación fue difícil de explicar.

Hojas blancas, kilos de polvo y prendas de ropa olvidadas volaron por encima de ella como una extraña nevada. Con la maleta ya en su poder, sintió cómo todo aquello caía sobre ella sin poder hacer nada para evitarlo.

En ese preciso instante, cuando la última mota de polvo se posó lentamente sobre la punta de su nariz, Martina se personificó en la puerta de su habitación.

—Venía a decirte que te vas hoy en el ferri que sale a las ocho de la tarde, pero prefiero que me cuentes qué te ha pasado.

Sin dejar que Mina se explicara, Martina no pudo evitar empezar a reírse sin control al ver el estado en el que se encontraba su compañera.

Mina la observó con suspicacia.

—Puedes dejar de reírte y ayudarme, que si me voy esta noche, no tengo tiempo que perder.

Mientras Martina recuperaba la compostura, le mostró la reserva del viaje en ferri, que dejó en el único hueco libre de la mesilla de noche, y, sin pedir permiso, abrió uno de los armarios de su amiga. Por su parte, Mina empezó a vaciar la cama y a dejarla lo más lisa posible para extender sobre ella toda la ropa que pudiera necesitar, así como para abrir la maleta y comprobar si le cabría todo.

—¿Ya sabes dónde vas a dormir? —le preguntó Martina mientras cogía ropa del armario y la apilaba en la cama.

Mina se encogió de hombros.

—Pensaba buscar un hostel o un albergue al llegar y, en el peor de los casos, podría dormir en el coche, ¿no?

Martina se detuvo de repente y miró a Mina, alzando las cejas por encima de la montura de las gafas, por la sorpresa que le había causado aquella revelación.

—¿Albergue? ¿Hostal? ¿El coche? —preguntó torciendo la boca—. Estás de coña, ¿no?

—No, no estoy bromeando —respondió Mina un tanto ofendida por dudar de su plan, pero al ver que la expresión de sorpresa de Martina no cambiaba, se explicó—: Con tan poco tiempo es imposible reservar los hoteles de un viaje como este. Además, todavía no sé los días que estaré en cada lugar o si, por el camino, surgirá algo que me lleve a algún sitio que no tenía pensado.

Tras la explicación, la expresión de Martina pasó de perpleja a pícara y preguntó:

—¿Qué tiene que surgir para que cambies los planes, eh?

A Mina se le subieron los colores al comprender a lo que se refería su compañera de piso.

—Ese tipo de cosas no están previstas en este viaje —respondió nerviosa.

—¿Seguro? Puede que te sienta bien alguna aventurilla o algún escarceo.

—No comparto tu opinión.

—Pues te convendría; pocos han sido los que han cruzado el umbral de esta puerta en los años que llevas aquí —apuntó Martina.

—Seguro que protestarías si trajera chicos sin previo aviso.

—Bueno, eso depende de si se traían un amigo o una amiga para una servidora —añadió Martina con voz picarona a la vez que alzaba las cejas seductoramente.

—Sabes que nunca he podido saber en qué lado de la calle estás y la verdad es que...

—Y así seguirá siendo, querida amiga, y así seguirá siendo —respondió evasivamente Martina mientras Mina no podía dejar de observar a su compañera de piso, a la que no se le conocía pareja alguna, masculina o femenina, pero que, sin embargo, siempre aseguraba estar satisfecha en ese sentido.

—De acuerdo, hoy te libras porque tengo prisa, pero cuando vuelva...

—Sigue soñando, Mina —la cortó Martina mientras seguía metiendo ropa en la maleta.

La verdad era que Mina no prestaba demasiada atención a lo que estaba eligiendo Martina porque su cabeza había empezado a dudar de dónde se alojaría.

—¿Crees que me arriesgo viajando sin tener el hotel o lo que sea reservado? —preguntó mientras doblaba una camisa con cuidado y la metía en la maleta.

—¿Quieres que sea sincera o tranquilizadora?

—¿No pueden ser las dos cosas?

—No, lo siento.

—Pues sincera.

—Te arriesgas.

Mina tragó saliva.

—¿Qué hubieras respondido si te hubiera pedido que fueras tranquilizadora?

—Que no te arriesgabas.

—Pues vaya ayuda la tuya.

Martina sonrió, pero enseguida siguió hablando:

—¿Puedes con la maleta tu sola? —preguntó.

—Sí, ¿por?

—Ahora verás.

Martina salió de la habitación y regresó a su ordenador, en el que empezó a teclear algo de inmediato, y, segundos después, se escuchaba el inconfundible ruido de la impresora.

—Aquí tienes —anunció poniéndose a su lado y entregándole un par de hojas de papel impresas.

—¿Qué es? —preguntó Mina leyendo lo que había escrito.

—Es una lista de albergues de una empresa que hay por todo el mundo. Son sencillos y baratos, pero cumplen unos mínimos. Te ahorrarás sorpresas inesperadas y, lo más importante, tienen habitaciones individuales —explicó Martina—. Así seguro que no te encuentras durmiendo al lado de un mochilero alemán sudoroso.

Mina no pudo evitar reírse frente al comentario de Martina, pero sabía que, en parte, su amiga tenía razón con el tópico.

—Gracias —dijo abrazándola suave y dulcemente.

—No me hagas estas carantoñas, que me pongo tonta —bromeó Martina.

Mina la soltó y siguió repasando la lista de los albergues que aquella empresa tenía en ciudades como Roma, Florencia, Venecia, Bolonia, Siena o Milán, posibles destinos de su pequeña epopeya, mientras su compañera de piso repasaba el contenido de la maleta, abierta en canal sobre la cama.

—Aquí ya no cabe nada más —le advirtió señalando la maleta llena hasta los topes.

—¿Tendré suficiente ropa? —preguntó Mina.

—Creo que sí. Llevas media docena de camisetas, cuatro pares de pantalones, dos largos y dos cortos, un vestido, ropa interior para parar un tren...; solo te falta coger lo que necesites para el baño: cepillo, jabón, una toalla... No sé, lo típico.

Martina salió corriendo de la habitación y, a los pocos minutos, regresó con un neceser demasiado grande para la maleta.

—No va a caber dentro —dijo apesadumbrada.

—Eso da igual, vas en coche y no en avión, puedes llevar tantos paquetes como te quepan en el coche.

—Es verdad, estoy tan acostumbrada a los viajes relámpago para ver ciertos archivos que apenas recuerdo lo que es un viaje en coche.

Entonces Martina dejó de mirar la maleta y clavó sus ojos en Mina.

—Por cierto, hablando de coches, Mina, ¿ya has llamado a tu padre para decirle que vas a coger el suyo hoy mismo?

Al oír aquella pregunta, Mina alzó la cabeza asustada; con todo el ajetreo de la maleta, el ferri y el hotel, se había olvidado de la pieza clave de todo: el coche. Su padre le había dicho que le llamara cuando lo necesitara, por lo que no pudo evitar exclamar:

—¡Mierda, ya sabía yo que me dejaba algo!

V

Tras dos días llenos de emociones, ahora, sin darse cuenta, Mina por fin podía relajarse. Estaba sentada en el asiento del Seiscientos de su padre rodeada de coches, en una cola de vehículos que se retorció por debajo de los edificios del puerto comercial de Barcelona, ocupados por numerosas personas que, al igual que ella, esperaban la orden para embarcar en el enorme ferri que los esperaba para dirigirse a Roma.

Si alguien observara aquel gigantesco barco desde donde se encontraba ella, sin saber que estaba mirando una embarcación, seguramente pensaría que se hallaba frente a un enorme edificio.

«¿Cómo debe flotar esa mole?», se preguntó Mina sabiendo que aquella era la típica pregunta de un niño, y aunque tuviera una explicación científica, basada en algún teorema que escribió alguien en el pasado, prefería pensar que era cosa de magia.

«Mi mente se está apagando, no tengo ganas de pensar», siguió diciéndose para sus adentros con una sonrisa, cosa que quería decir que estaba de vacaciones de verdad. Satisfecha con esa realidad, se arrellanó en el asiento, estiró los músculos entumecidos por la espera y bostezó tan sonoramente que algunos viajeros de alrededor la miraron sorprendidos.

Como si jugara a ser el mejor piloto de la historia, un Fittipaldi o un Lauda, agarró con fuerza el volante del coche y lo movió de lado a lado, expectante por el viaje que tenía por delante, por lo que viviría en él y por cómo acabaría.

No podía negarlo, se sentía cómoda en ese coche. Siempre lo había visto desde fuera sin demasiado interés, como uno más en la larga lista de caprichos de su padre. Sin embargo, ahora, sentada en el asiento y tras haber recorrido unos pocos kilómetros después de recogerlo, podía ser que lo que había dicho Martina hacía unas horas acabara por ser cierto. Podía ser que, después de un viaje como el que estaba a punto de emprender, aquel pequeño utilitario restaurado de los sesenta acabara siendo más suyo que de su padre. Al menos, ella lo habría hecho rodar más kilómetros.

«Unos cuantos kilómetros más», pensó para sí misma mientras asentía emocionada.

Sin pensarlo, giró la cabeza hacia el asiento vacío del copiloto. Aunque, estrictamente, no estaba vacío. Ahí estaba su bolso de viaje de piel gastado, el cual, en un alarde de misterio, podía contener más de su volumen natural sin reventar; sobre él se apoyaba una novela ligera —una historia de amor de aquellas imposibles que Hollywood nos ha querido hacer creer toda la vida—, que, con toda probabilidad, no llegaría a abrir, y una guía sobre Italia. Un tocho descomunal que había cogido en el último momento de su estantería a la vez que Martina la empujaba para hacerla salir de casa.

No sabía por qué lo había hecho, había sido un impulso, un por si acaso, pero suponía que, al igual que la novela, tampoco la abriría. No conocía el país de arriba abajo, pero tenía claro que intentaría guiarse más por el momento que no por un *planning* preestablecido de lugares, edificios y museos visitables. Aquellas no eran unas vacaciones cualesquiera, era un viaje en busca de algo más que unas fotos y unos recuerdos bonitos, una escapada para evadirse de la realidad y, sobre todo, para relajarse y...

Un bocinazo la despertó de su sueño despierta.

Nerviosa, se movió en el asiento y giró la llave en el contacto. Un segundo después, el motor del coche ronroneaba bajo el capó y ella se movía feliz, sabiendo que aquellos eran los primeros metros de un viaje inolvidable.

—¡Venga, que es para hoy! —exclamó el conductor del coche que tenía justo detrás—. No todos somos unos pijos de vacaciones.

Mina suspiró; no discutiría, no pretendía empezar el viaje de aquel modo, así que siguió avanzando con sumo cuidado y como si nada sucediera a sus espaldas. Contemplaba la posibilidad de que el coche pudiera golpearse con una pared al aparcar o tener una rascada al dejarlo en la calle, pero no quería que sufriera ningún daño estando aún en Barcelona. Y más sabiendo el cariño especial que le tenía su padre, algo que había dejado claro la última vez que habló con él por teléfono.

Recordaba perfectamente la conversación que tuvo con él esa misma tarde. Tras marcar su número, la línea comunicó unos segundos hasta que la voz agotada de su padre resonó a través del auricular.

—¿Qué quieres, Guille? Estoy ocupado preparando el servicio de la noche —dijo su padre en un tono no muy agradable, que solo utilizaba cuando realmente estaba ocupado, mientras que de fondo se oían los clásicos ruidos de una cocina a pleno rendimiento.

—¿En algún momento no estás preparando algún servicio? —le soltó Mina con el mismo tono de reproche, aunque siendo un poco más melodramática.

—No, es la vida del cocinero —se lamentó su padre comprendiendo que aquello era una broma.

Mina rio suavemente y su padre la imitó.

—Te llamo por lo del coche, lo necesito hoy —dijo de repente, con rapidez, aprovechando que su padre tenía la guardia baja.

—¿Hoy?

—Sí, hoy.

—Pero ¿ahora?, ¿ya?

—Sí, papá, me voy esta misma noche.

—¿No puedo cambiar de idea respecto a lo del coche? —preguntó su padre con voz temblorosa, casi pedigüeña.

—No, no puedes, me lo prometiste.

—Pero...

—Ni peros ni peras —lo cortó su hija—. Lo siento, papá, el ferri sale hoy y no tengo alternativa.

El otro lado de la línea se quedó en silencio, solo se oía el sonido ambiente de la cocina.

—De acuerdo —respondió su padre entre suspiros—, ahora llamo a Gloria y ella te dará la llave y los papeles.

—¡Muchas gracias, papá! —exclamó Mina emocionada mientras besuqueaba el micrófono del teléfono.

—Vale, vale —la detuvo su padre—, pero, por favor, cuídamelo, no es un coche cualquiera.

—Lo sé.

—Te lo digo de verdad, Guillermina, ¿lo harás?

Si su padre utilizaba su nombre completo era que lo decía muy seriamente.

—Te lo prometo.

—Confío en tu palabra —respondió su padre con voz grave, y, cambiando repentinamente de registro, más alegre, añadió—: Buen viaje, Guille.

—Gracias, papá.

Ambos cortaron la comunicación; él estaba ocupado y ella tenía un largo viaje en transporte público hasta la casa que su padre compartía con Gloria,

su nueva pareja.

—¿Estás loca? ¿Cuánto tardarás hasta su casa? ¿Horas? —exclamó Martina al saber que su amiga pretendía ir desde Gracia hasta Castelldefels en transporte público—. Ve en taxi, por Dios.

—¿En taxi?

—Sí, claro.

—¿Desde cuándo eres defensora de los taxis frente a los trenes? —preguntó Mina deteniendo la tarea de completar el equipaje.

—Desde que mi amiga se va de viaje esta misma tarde.

Mina no quiso seguir con aquella conversación; cuando saliera a la calle haría lo que le viniera en gana...

Así pues, media hora más tarde estaba subida en la parte de atrás de un taxi, escuchando la palabrería del conductor. Escuchar, lo que se dice escuchar, no la escuchaba; la oía de fondo y asentía, negaba o sonreía de vez en cuando, fingiendo que estaba metida en la conversación de aquel hombre de mediana edad que parecía estar enfadado con el mundo.

El viaje, aunque más corto de lo que habría sido en transporte público, a Mina se le hizo eterno, ya que su mente estaba en otros lugares mucho más agradables que la parte trasera de aquel Citroën con exceso de kilometraje. Por tanto, por raro que pareciese, fue un alivio cuando bajó y se encontró de frente a la nueva pareja de su padre, Gloria.

Nueva nueva no era; ya llevaban saliendo unos cuantos años, suficientes como para haber tenido un par de gemelos. Sin embargo, en comparación con su madre, Gloria era mucho más nueva. Más joven y mucho más exuberante, y, a diferencia de su madre, su relación había empezado cuando ella ya era adulta, por lo que siempre sería la nueva pareja de su padre.

No era que no se llevara bien con ella. Gloria era simpática, agradable y acogedora, pero tampoco es que fueran amigas del alma, difícilmente podrían serlo. Por un lado, no podían actuar como madre e hija, sobre todo por tener la misma edad, Mina incluso creía que ella era mayor. Y, por el otro, tampoco podían actuar como hermanas porque, al fin y al cabo, era la pareja de su padre y la madre de sus dos hijos, y no quería pensar qué había hecho con su padre para tenerlos. Así las cosas, la situación con Gloria era más bien extraña; aunque quisiera, no podía ir más allá de la cordialidad que tienen dos parientes que, a pesar de tener poco en común, ninguno de los dos actúa con malicia.

Gloria estaba avisada, por lo que cuando Mina descargó la maleta del taxi, ella estaba ahí para recibirla.

—Ya me ha llamado tu padre.

—Sí, me ha dicho que lo haría.

—Trae, que te ayudo.

Mina fue a negarse, pero Gloria se acercó y la ayudó a cargar la pesada maleta hasta el interior de la casa.

—Tu padre me ha dicho lo que tengo que darte para que puedas llevarte el coche —le comentó mientras entraban en la pequeña mansión que tenían cerca del paseo marítimo—. Y también me ha dicho que...

—Lo cuide —la interrumpió Mina pronunciando aquellas palabras con desgana, lo que hizo reír a Gloria.

—¿Por qué te ríes?

—Pues porque parece que esté más preocupado por el coche que por ti.

Sonó fatal, pero Mina sabía que no lo decía con mala intención.

—La verdad es que sí que lo parece.

—Pero no te preocupes, debe de confiar más en ti que en cualquier otra persona —explicó Gloria mientras abría la puerta de su casa—. Que yo sepa, ese coche solo lo ha llevado él, y nunca más lejos que a dar una vuelta por el barrio.

Aquello hizo que Mina hinchara el pecho de orgullo y una sonrisa aflorara a su rostro; por mucho que se casara o lo que fuera que hiciera con Gloria, ella siempre sería la niña de sus ojos.

—Por aquí —le indicó Gloria una vez dentro de la casa.

La anfitriona le hizo recorrer un par de pasillos hasta llegar al garaje, donde estaba aparcado el Seiscientos de aquel color blanco pastel tan característico de la época.

La restauración a la que lo había sometido su padre había sido lo más estricta posible. Todo era igual que cuando salió de fábrica; solo se concedió mejorar ciertos acabados interiores, añadir un reproductor de discos y aumentar un poco la potencia del motor para que no sufriera al recorrer las autopistas, aunque él nunca lo hubiera llevado tan lejos.

—Aquí lo tienes —anunció Gloria—, los papeles están en la guantera y las llaves, puestas.

Era como si tuviera prisa por que se fuera.

—Gracias.

Mina metió a duras penas la maleta en los asientos traseros del coche mientras Gloria abría el portón del garaje con el mando a distancia. Sin añadir palabra, Mina se sentó en el asiento y encendió el motor, respiró hondo y, en aquel preciso instante, supo que aquello iba en serio.

Gloria se acercó a la ventanilla del coche y se reclinó sobre ella.

—Ya sé que tu padre te ha dicho que lo devuelvas en perfecto estado y todas esas cosas que seguro que ya sabes —dijo despreocupadamente—, pero ¿quieres que te diga la verdad?

Mina no respondió, comprendió que aquella pregunta era retórica.

—Si después del viaje te lo quieres quedar, te ayudaré a convencer a tu padre.

Mina se sorprendió, y su cara debió de ser testimonio de ello, ya que Gloria sonrió y añadió:

—No es que quiera limitar las aficiones de tu padre, pero creo que debería restaurar algún coche más grande, alguno en el que quepamos los demás —explicó—. Tú incluida.

Mina no supo cómo reaccionar, no sabía si la sinceridad que había en aquella coletilla era cierta o mero compromiso. Miró a Gloria directamente a los ojos, como si así pudiera leer su mente, pero no llegó más allá de sus increíbles ojos verdes. Al final, simplemente sonrió.

—Cuando vuelva lo hablamos —respondió.

Gloria le devolvió la sonrisa y se apartó del coche para que Mina saliera del garaje y emprendiera el camino de regreso a Barcelona mientras se quedaba en la parte exterior de su casa y se despedía con la mano de Mina.

Parecía que había pasado una eternidad desde ese momento. Era como si llevara días en aquel extraño aparcamiento de la estación marítima, que le quitaba todo el glamur posible a surcar los mares en un enorme barco. Sin embargo, cuando llegó a su camarote, comprendió por qué el estacionamiento era como era.

Siguiendo las instrucciones de unos hombres vestidos con chalecos reflectantes y armados con ridículas espadas láser de juguete, Mina condujo el Seiscientos a través de una gran rampa que daba acceso a la parte trasera del ferri. Mientras avanzaba en su pequeño cochecito, la sensación que tenía era la de estar siendo engullida por una enorme ballena metálica. En el interior, aparcó el coche donde le indicaron y se despidió de él hasta que llegara el momento de desembarcar en el puerto de Roma.

Con su bolso en una mano y una bolsa de plástico con una muda y poco más en la otra, cruzó los largos pasillos interiores del barco en busca de su camarote. Por lo que le había dicho Martina, había conseguido reservar uno entero para ella sola. Aunque era consciente de que no iba a subir a un crucero de lujo, en su cabeza se había imaginado un camarote a la antigua, casi como los que aparecían en las películas de época. Sin embargo, no tenía nada que ver. Un camarote interior de clase turista era el equivalente a un compartimento con literas de un tren de media distancia. Cuatro literas, las dos superiores plegables, y un cuarto de baño en el que había poco más que un retrete y una ducha.

—Mira que eres ingenua —se dijo en voz alta mientras se sentaba en una de las dos literas inferiores y, por primera vez, dudaba de lo que estaba haciendo.

Su mente la había traicionado; pensaba cruzar el Mediterráneo a bordo de un barco y lo estaba haciendo en el interior de un contenedor de mercancías.

VI

La verdad era que, visto con perspectiva, el camarote no era tan malo como aparentaba ser tras la primera impresión. Además, en aquel lugar solo pasaría una noche durmiendo, mientras que el resto del viaje lo podía disfrutar en alguno de los espacios de las cubiertas, y, si hacía buen tiempo, hasta podía bañarse en la piscina.

Tras cenar un bocadillo y un refresco, comprados en uno de los bufés libres del barco a un precio astronómico, aprovechando que era de noche y el barco aún no había zarpado del puerto de Barcelona, decidió salir a cubierta a ver su ciudad desde una perspectiva que jamás había visto.

Aquel barco era para perderse. Solo para salir al exterior, no sabía cuántos pasillos, cuántas escaleras y cuántas puertas había cruzado. Sin embargo, tras sentirse extremadamente desorientada, Mina salió a cubierta y frente a ella se le presentó algo increíble. Desde allí, la ciudad de Barcelona parecía otra, más tranquila, con menos gente, más sencilla, en definitiva. Un sinfín de luces se difuminaban desde Colón y las Ramblas y subían hacia Collserola, haciendo creer a quienes contemplaban tal espectáculo que el cielo estrellado se había cansado de flotar en las alturas y había cubierto la ciudad como una oscura sábana.

«Mira que eres poética cuando quieres», se dijo Mina apoyada en la barandilla, mientras sentía cómo la brisa del mar empezaba a ponerle la piel de gallina; pero no le importaba, no tenía prisa por quedarse ni tampoco por irse. Estaba decidida a que, durante los siguientes días, las cosas sucedieran por sí solas.

Sin prestar atención, unas sirenas alertaron a todos los que las pudieran oír de que el ferri emprendía su viaje y, lentamente, el descomunal barco, más parecido a un edificio blanco, empezó a moverse.

La gente que rodeaba a Mina no dudó en acribillar a fotos cualquier cosa que tuviera a su alrededor. Ella, sin embargo, no había pensado ni tan siquiera en coger una cámara.

«Si hay algo que me interese, ya le haré una foto con el móvil», pensó sin inmutarse ni un ápice.

Sin darse cuenta, aunque parecía que el barco se desplazaba lentamente, en pocos minutos ya se encontraba fuera del puerto y se adentraba en la oscuridad del mar. La ciudad de Barcelona, o las luces que indicaban dónde se encontraba, fue menguando de tamaño hasta perderse en el oscuro horizonte, hasta que lo único que se veía alrededor del barco era la noche. Tenebrosa e incómoda para la mayoría; así lo indicó el hecho de que tan pronto desapareció la ciudad, la mayor parte de la gente entró en el interior del barco o se dirigió a los diferentes bares y restaurantes que había en él. Fueron pocos los que se quedaron, entre ellos Mina.

No supo cuánto tiempo estuvo allí, observando la negrura que la rodeaba, pero, de repente, algo en su interior le dijo que debía ir hacia donde se encontraba el resto del pasaje o, al menos, a su camarote.

Repartidos en las cubiertas, había un par de restaurantes, el bufé libre, una tienda digna de las mejores estaciones de servicio de Francia y un bar que, principalmente, vendía *frankfurts*.

Entró por una de las puertas que daban a una zona común para guarecerse de la brisa marina, pero en cuanto lo hizo volvió a salir. Le vino a la cabeza la música melódica de un grupo formado por dos personas de más de cuarenta años, uniformados con lo que parecía el uniforme de los tripulantes de *Vacaciones en el mar*. Un escalofrío recorrió su espalda, y no era frío, era vergüenza ajena.

Ante el escaso panorama de entretenimiento, Mina volvió a salir y se paseó por cubierta, observando cómo difería aquel lugar del que se anunciaba en televisión. Las atractivas familias y parejas, en realidad, eran sustituidas mayoritariamente por transportistas de mediana edad que realizaban aquel trayecto para evitarse la larga distancia por carretera entre las dos penínsulas europeas. Además, había algunas parejas jóvenes en escapadas puntuales, grupos de estudiantes y un batiburrillo de gente tan difícil de clasificar como Mina.

La cubierta rodeaba la zona del barco en la que estaban los restaurantes, y, desde fuera, solo destacaban dos partes: la zona de la piscina, cubierta en aquel momento para evitar que algún insensato se bañara a esas horas de la noche, y una pared de cristal de una sala de fiestas, con la música a tope y vacía. Los acordes discotequeros rebotaban en las paredes insonorizadas, por lo que Mina podía suponer el alto volumen, pero el hecho de que no hubiera nadie animó a nuestra intrépida viajera a dirigirse hacia ella.

Sinceramente, no sabía por qué lo hacía. Nunca había sido muy aficionada a las discotecas y antros similares, pero algo tenía que hacer a la espera de que le entrara el sueño. Los nervios, aunque ya se había relajado cuando esperaba para embarcar, la seguían manteniendo muy desvelada. Abrió la puerta de cristal que separaba la discoteca de la cubierta; los bajos de la música *dance* la rodearon y entró sin pensárselo dos veces.

Mientras miraba a su alrededor y descubría que sí que había alguien en aquel lugar, Mina se acercó a la barra, se sentó en el primer taburete libre y levantó la mano para llamar la atención del camarero que había tras los grifos de cerveza.

Un chico se acercó a ella rápidamente. Era guapo y, al ver que Mina no era un camionero más esperando a que le sirviera una cerveza, dibujó una agradable sonrisa en su cara.

—¿Qué vas a querer? —preguntó intentando hacerse oír por encima del volumen de la música, pero fue en vano.

—¿Qué? —preguntó Mina.

El chico repitió la pregunta, pero a Mina le llegó el mismo mensaje sin sentido.

Para evitar que aquella conversación de besugos se alargara, Mina se encogió de hombros y forzó su expresión facial para darle a entender que no sabía lo que le estaba preguntando.

El chico lo pilló a la primera y, alzando la mano derecha con el pulgar y el meñique extendidos, hizo que bebía de un porrón.

«Mira que eres tonta, qué te iba a preguntar un camarero sino que lo que querías beber», pensó Mina sintiéndose un tanto estúpida y preguntándose si el chico estaría pensando lo mismo, en lo tonta que era la clientela a la que tenía que servir.

Mina no era muy experimentada con la bebida, así que cogió una pequeña carta que había en la barra, la repasó en un segundo y pidió un combinado de vodka y no sabía exactamente qué zumos de origen tropical. El chico alzó el pulgar en señal de aprobación y se puso manos a la obra.

Minutos después, una copa llena de un líquido de color verde pastel estaba frente a ella. Sin demasiados remilgos, mientras el camarero la observaba, Mina dio un gran trago a aquel combinado.

El ardor le subió por el cuello; era como si se hubiera producido un incendio en su estómago. El color la había despistado, haciéndole pensar que había menos alcohol del que realmente contenía aquel brebaje.

Con los ojos llenos de lágrimas empezó a toser, casi ahogándose. Ahora recordaba por qué no era muy aficionada a la bebida. Nunca podría acostumbrarse a aquella sensación.

Aún tosiendo, Mina dejó la copa en la barra y empezó a encorvarse, cada vez más nerviosa por no poder controlar su cuerpo. Además, sintió unos súbitos mareos que hicieron que la cabeza le girara cada vez con más fuerza.

Sin que se diera cuenta, el camarero salió de detrás de la barra, la cogió por los brazos y la llevó al exterior, a la cubierta. Dejando atrás el contundente ritmo de la música, justo al salir de la discoteca, el chico la obligó a sentarse sobre unas cajas blancas.

—¿Estás bien? —preguntó con un marcado acento italiano mientras se ponía en cuclillas frente a ella.

—No lo sé —respondió Mina entre toses.

—Bebe —dijo ofreciéndole un vaso de cristal lleno de un líquido transparente.

Mina dio un brinco asustada cuando vio el líquido y por su cabeza pasó la imagen de centenares de botellas llenas de alcohol incoloro.

—Tranquila, es agua —explicó el camarero mientras le acercaba el vaso.

Mina dudó durante un segundo, pero finalmente cogió el vaso y se bebió su contenido de un tirón. Después, sin poder controlar su esófago, soltó un sonoro eructo que le hizo subir el sabor a alcohol.

—¿Mejor? —preguntó el chico mientras se reía.

Mina asintió y se puso roja.

—Lo siento, pero...

—Si no te sienta bien el alcohol, ¿por qué has pedido ese combinado? También tenemos refrescos.

Mina sonrió, no lo sabía.

—No lo sé —respondió encogiéndose de hombros con los ojos aún llorosos.

El chico no dijo nada; la miró durante un instante, como si la estuviera vigilando, y entonces le alargó la mano derecha.

—Me llaman Salvo —anunció.

Mina le sacudió la mano y respondió:

—Mina.

—¿Mina? ¿Qué nombre es?

—No quieras saberlo.

Él no insistió, pero no pudo evitar reírse por la expresión de desagrado que afloró en la cara de Mina cuando ella pensó en su nombre completo.

—¿De vacaciones?

—Más o menos.

A cada pregunta que le lanzaba el chico, Mina respondía de tal forma que parecía que quisiera dejar de hablar con él. Sin embargo, no sabía por qué, tenía ganas de entablar una conversación con un desconocido, y, para su suerte, ahora tenía la posibilidad de hacerlo con aquel tan guapo. Y además italiano.

En ese preciso instante, una de las personas que había en la discoteca salió por la misma puerta que ellos habían utilizado un instante antes.

—¿Y puedes estar todo el rato ahí dentro con la música? —le preguntó Mina señalando con la cabeza hacia la discoteca.

—Solo son un par de noches a la semana. Además, en la parte de atrás hay una habitación en la que la música apenas se oye —explicó él sin dejar de sonreír—. Y encima pagan bien, lo que me permite seguir estudiando.

—¿El qué? Si me permites la pregunta...

—Arquitectura, en la Escuela de Ingeniería de Roma.

Mina no pudo evitar alzar las cejas. Italiano, guapo y encima inteligente. Salvo le resultaba cada vez más atractivo.

—Eso parece muy interesante.

—Cuando llevas varios años con ello al final te cansas, pero bueno, al menos tendré alguna salida. Espero.

—¿Te queda mucho?

—Estoy en el último año.

Una alarma se disparó en el interior de la mente de Mina. Si echaba bien las cuentas, por su aspecto y basándose en la duración de cinco años de la carrera de Arquitectura, Salvo era un par de años más joven que ella. Su deseo de conocer a un chico, que no sabía de dónde había salido —seguramente de alguna película romántica—, se había truncado de golpe. Con total seguridad, tendría una hermosa novia italiana esperándolo en Roma, y simplemente estaba siendo amable con ella.

—Cuando llegues al puerto, ¿irás a Roma o hacia otro lugar? —preguntó el chico cambiando de tema súbitamente y mirándola a los ojos mientras esperaba su respuesta.

La pregunta cogió a Mina a contrapié. Por un segundo pensó en cómo podía saber que se dirigía a Roma. Sin embargo, enseguida se dio cuenta de

que estaba en un ferri cuyo destino era la capital italiana.

—No, no, voy hacia Roma.

El chico sonrió, alegrándose, y sacó un lápiz y un bloc de notas lleno de garabatos de los pedidos que le encargaban en el bar. Rápidamente apuntó algo en una hoja blanca y se lo entregó a la vez que le decía:

—Ahora no puedo porque tengo que regresar al trabajo, pero a partir de mañana tendré unos días libres. —Y, tras dudar unos segundos, añadió—: Si te apetece, te puedo hacer de guía por la ciudad.

Mina no supo cómo tomárselo. Cogió el papelito que le ofrecía Salvo y sonrió.

—Gra-gracias.

—Me voy, si quieres ya nos veremos. Y no bebas más alcohol — bromeó guiñándole el ojo justo antes de desaparecer en el interior oscuro de la discoteca.

Mina se quedó ahí, sentada, con el papelito entre las manos.

«¿Eso podía ser verdad?», se preguntó para sus adentros. Aquello no podía estar sucediendo. Aunque si era fiel a esas películas tan falsas que mostraban que el amor podía surgir en cualquier parte en cualquier momento, tendría que llegar a Italia para conocer al hombre de su vida.

Tras varios minutos mirando la casi ilegible caligrafía de Salvo, Mina vio cómo aparecía una mancha en el papel. Extrañada, miró hacia el cielo, que, al no tener que luchar contra la potente luz de la ciudad, le mostraba la más bonita de las noches que jamás había visto. Un manto oscuro lleno de puntitos brillantes se extendía sobre ella. Sin embargo, lo que al final parecieron simples salpicaduras de agua, resultó ser una pequeña tormenta, que empezó a mojarle la cara.

Inconscientemente, Mina se levantó de su asiento y rodeó la discoteca. Aunque se sentía atraída por Salvo, al ser un desconocido y no saber muy bien cómo actuar frente a él, hizo que lo evitara. Con paso rápido recorrió la cubierta, procurando que el suelo húmedo no la hiciera resbalar.

Tras meterse por la primera puerta que encontró, se adentró en el mar de pasillos y escaleras intentando recordar el camino que había realizado para salir a cubierta, a la vez que se guiaba por los enrevesados carteles que indicaban los números de camarote. Tampoco ayudaba demasiado que su cabeza aún no se hubiera estabilizado tras el lingotazo de vodka que se había hecho bajar por la garganta y que, por cierto, no había pagado.

«Salvo no me lo ha cobrado», se dijo a sí misma, como si aquel fuera el acto de amor más grande que se podía hacer.

Giró por un nuevo pasillo. Ella estaba en el camarote 231 y, según el cartel o cómo se mirase la flecha del que ya había recorrido, ahí estaban los camarotes entre el 215 y el 245.

Con paso decidido emprendió el camino, cruzándose con algún que otro pasajero, puede que tan despistado como ella.

«La próxima vez dejaré un rastro de migas de pan», protestó para sus adentros mientras intentaba fingir frente a los otros pasajeros que sabía a dónde iba, cuando en realidad era todo lo contrario.

Por un segundo le pareció reconocer dónde estaba, miró los números en las diferentes puertas, dio unos pasos atrás y miró la llave del camarote que guardaba en su bolso.

—231 —anunció al reconocer que era el mismo que había en su llave—. He llegado.

Giró la llave, pasó al interior, cerró la puerta tras ella y, rendida por todo lo que estaba viviendo, se dejó caer en la primera litera que encontró mientras apretaba con fuerza la mano derecha sobre el pecho. En el interior de su puño había una notita de papel con un número de teléfono apuntado al que no sabía si llegaría a llamar.

VII

Al despertarse, tenía frío. Mina había dormido de un tirón; su cuerpo estaba en la misma posición en la que Morfeo se había apoderado de ella. Tenía todos los músculos entumecidos y la parte inferior de su ropa aún estaba húmeda por la lluvia que la había atrapado en cubierta.

Se sentó como pudo en la litera. Sabía dónde estaba; sin embargo, se sentía desorientada, todo había pasado muy rápido, todo había sucedido en muy poco tiempo, y ahora estaba allí, camino de Roma, sola.

La mano derecha seguía cerrada en un puño. Por un segundo Mina no supo por qué, pero en cuanto desplegó los entumecidos dedos y en su palma apareció aquel papelito arrugado, todo aquello que había parecido un sueño ahora volvía a ser realidad.

Mina soltó un resoplido, miró la hora en el móvil; eran pasadas las doce de la mañana.

«Así se empiezan unas vacaciones, durmiendo hasta tarde», se dijo con una sonrisa.

Mientras se levantaba pesadamente de la cama empezó a pensar en ir a la piscina. La noche anterior había caído una pequeña tormenta, pero, siendo el Mediterráneo, podía ser que a la mañana siguiente hiciera un sol de campeonato.

Así que, tras descubrir su cabello completamente enmarañado por haber dormido de cualquier forma, se lo cepilló como pudo, se hizo un moño para disimular las imperfecciones y se vistió.

Rebuscó en el interior de la bolsa de plástico y, por suerte, el *poco más* con el que la había llenado también incluía un bikini rojo y un vestido floreado, de esos que sirven para ir a la playa.

Se desnudó y se puso el bikini mientras se miraba en el espejo.

«Eres más guapa de lo que crees», se dijo para darse confianza, algo que se repetía siempre que se vestía con menos ropa de la que la policía permitía para pasearse por Barcelona.

Sin embargo, no sabía por qué, en el último instante el pudor le pudo y, sobre el bañador, se puso el ligero vestido de gasa. No tapaba demasiado,

pero lo suficiente por si hacía frío y no podía salir a la cubierta a bañarse.

Con poco más que la llave de su camarote, Mina siguió las señales que marcaban el acceso a la piscina, en la cubierta superior, donde ya había estado la noche anterior. Para su sorpresa y alegría, al salir al exterior, vio cómo un sol de justicia se levantaba en el cielo, y, a pesar de la brisa marina, calentaba lo suficiente para justificar el primer baño de la temporada veraniega, aunque estuviera a finales de marzo.

Entusiasmada, recorrió con paso decidido la cubierta en busca de la piscina; sin embargo, cuando llegó allí se llevó una decepción.

Ya tenía en cuenta que aquel ferri no tenía nada que ver con un crucero, pero los anuncios que daban en televisión diferían bastante de la realidad, como sucedía con el resto del ambiente del barco.

La piscina no era más profunda de un metro ni mucho más grande que un par de plazas de aparcamiento, de las amplias, pero no daba mucho de sí. Lo mismo sucedía con la gente que había en aquella parte del barco; no había grupos de jóvenes divirtiéndose en el agua o parejas acarameladas reunidas en una esquina, era más bien lo contrario.

Sin embargo, no prestó demasiada atención. Se acercó a la piscina, miró el agua que había y se dispuso a bañarse.

«Si hay piscina, será por algo, ¿no?», se dijo mientras se disponía a quitarse el vestido que la cubría de la suave y fresca brisa marina.

Pero, cuando estaba a punto de hacerlo, sintió cómo decenas de ojos la observaban. A su alrededor todo el mundo estaba vestido; la piscina estaba vacía, pero varias personas la miraban a la espera de que fuera la primera en mostrar un poco de carne.

Su piel, blanca por costumbre, se tornó roja de golpe. La vergüenza que le recorrió el cuerpo al verse convertida en objeto de admiración, como una escultura de alguna diosa griega, no solo hizo que sus mejillas se sonrojaran, sino que todo su cuerpo se puso del mismo color. Como si no hubiera hecho nada, que en realidad no lo había hecho, dio un paseo alrededor de la piscina, para despistar, mientras no solo los hombres la observaban. Ellos la miraban con un atisbo de lujuria, ellas, con desdén. Aunque hacía buen día, la temperatura no era de pleno verano, pero aquel no era el problema; todas ellas sabían que no era lo suficientemente atrevida para quitarse aquel vestido y meterse en aquella pequeña piscina, convirtiéndose en el centro de todas las miradas. Incluso alguna la miró con aires de superioridad, como diciéndole que ella sí lo podía hacer.

«¿No serás tú la que piensa que no eres capaz?», le reprochó una vocecita en su cabeza. Mina sintió como si la ira recorriera sus venas; se estaba burlando de sí misma.

Por fortuna, su cuerpo estaba bastante bien proporcionado y, aunque no era muy habitual que lo mostrara, sabía qué hacer para quitar el hipo a todos los que quisieran mirarla.

Así que, llevada por un impulso irrefrenable de rebeldía, detuvo su paseo alrededor de la piscina justo entre dos tumbonas ocupadas por dos camioneros que, descaradamente, la estaban repasando de arriba abajo.

«¿Queréis carne? Pues carne tendréis», se dijo Mina. Y, como hecho a propósito, en la radio que regalaba un sutil hilo musical a los pasajeros, la voz de Patti Labelle empezó a sonar mientras cantaba *Lady Marmalade*, como si le diera ánimos para lo que estaba a punto de hacer.

Se descalzó al lado de la piscina y luego se quitó el vestido lentamente para que la gente primero mirara sus piernas y fuera subiendo por el resto de su cuerpo. Mientras se sacaba el vestido por la cabeza, hábilmente se deshizo de la goma que sujetaba su práctico moño y se soltó la melena rubia al viento.

—¿Me lo aguantas? —le dijo al camionero que tenía a su izquierda sin dirigirle la mirada a la vez que le arrojaba el vestido encima de su oronda barriga.

Ahora venía lo complicado. Si lo hacía bien, los dejaría con la boca abierta; si lo hacía mal, sería el hazmerreír y lo mejor sería tirarse por la borda.

Calculando a ojo la profundidad de la piscina, hizo un repaso de sus años en cursos de natación, se acercó al borde y se tiró de cabeza. Al entrar en el agua rezó para no golpearse con el fondo, pero el suelo de pequeños azulejos azules pasó a escasos centímetros de su nariz. La zambullida había sido perfecta.

Nadó unos escasos metros bajo el agua cual sirena y se preparó para el gran final. Al llegar al otro extremo de la pequeña piscina, lentamente se puso en pie en el interior del agua y, como si fuera Ursula Andress bajo la atenta mirada de Sean Connery en la primera película de James Bond, emergió echándose el cabello hacia atrás para que el agua no le cayera en los ojos pero resbalara por las curvas de su cuerpo, dejando que todos los presentes contemplaran su cuerpo húmedo y escasamente cubierto. Con toda la naturalidad del mundo, subió los peldaños para salir del agua con la cabeza bien alta y sin mirar dónde pisaba, como las grandes vedetes.

«Mierda, qué frío», pensó para sus adentros cuando estuvo fuera, pero exteriormente no se inmutó ni un ápice, como si lo que acababa de hacer lo hiciera cada día.

Lució palmito como si nada mientras regresaba al lugar donde había dejado sus cosas. Se calzó las chancletas y cogió el vestido de las manos temblorosas del camionero, que lo estaba alzando sin poder dejar de mirarla ni de cerrar la boca, algo que pasaba con todos los que habían contemplado su espectáculo, incluido Salvo, en el que no se había fijado cuando había llegado.

Mina se fue apartando de la piscina para dejar aquel escenario improvisado, dando un rodeo lo suficientemente amplio como para que todo el mundo la viera.

El camarero italiano y estudiante de Arquitectura la miraba desde detrás de la barra de la terraza que había al lado de la piscina, con la boca abierta, un trapo sobre el hombro y un vaso que había llenado más de la cuenta y cuyo contenido ya empapaba media barra.

Al pasar cerca de allí, de regreso al interior del barco, Mina le guiñó un ojo, acción que le hizo reaccionar a la vez que sentía que el líquido que había derramado en la barra empezaba a repiquetear en sus zapatos.

Cuando dejó atrás la zona de la piscina, con su público aún atónito y perplejo, Mina entró corriendo y empapada de arriba abajo en el pasillo, se puso el vestido encima para cubrirse y reemprendió la marcha hacia su camarote.

Con una risilla que no podía quitarse de encima, como la de las niñas que acaban de hacer alguna travesura, llegó a su camarote, donde estalló en unas sonoras carcajadas solo de pensar en lo que le diría Martina cuando se lo contara.

Lentamente fue tranquilizándose y, aliviada por aquella pequeña aventura, se tendió en la cama. Pero, a diferencia del día antes, esta vez no se durmió, no porque no tuviera sueño acumulado, que lo tenía, sino porque su estómago empezó a rugir con furia. Desde la noche anterior, que había cenado un triste pero muy caro bocadillo, todavía no había probado bocado.

* * *

Tras ducharse con agua caliente y con la ropa de calle puesta, Mina salió de su camarote con la firme convicción de ponerse las botas. Tenía hambre, pero le apetecía algo más especial que atracar el bufé libre, así que, sin pensárselo demasiado, se sentó en una de las mesas del que, teóricamente, era el mejor restaurante del barco, justo al lado de la ventana, con vistas al exterior para poder ver el amplio horizonte azul cielo y azul marino.

Pidió lo que le apeteció de la carta a la vez que se decía sin demasiada seguridad: «Tú tranquila, después haces horas extras en la librería y lo cubres todo».

Aunque la comida no era la mejor del mundo, estaba lo suficientemente buena como para que, tras probar el primer bocado, se pusiera a devorar el contenido sin pensar demasiado en lo que le iba a costar.

Estaba sola, así que no tenía a nadie con quien hablar, hasta que, para su sorpresa, el camarero que le trajo el postre se sentó frente a ella.

—Menudo espectáculo has dado, ¿eh?

El simpático acento de Salvo la saludó desde el otro extremo de la mesa, provocando que se atragantara.

Sabía que eran muchos los que la habían visto en la piscina, que a partir de aquel momento susurrarían y la señalarían, con envidia, orgullo, curiosidad o un poco de todo, pero no contaba con que alguien se lo recordara de ese modo.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Salvo sin dejar que ella respondiera a su primera intervención.

Mina se encogió de hombros. Sinceramente, no sabía cuál era el motivo.

Salvo sonrió y apoyó la espalda en la silla.

—Que sepas que desde que trabajo aquí nunca nadie había hecho algo así —le explicó.

—¿Nadie se ha bañado nunca? —preguntó extrañada.

—No, claro que se han bañado —respondió él sin dejar de sonreír—. Me refiero a que muchas veces se da el caso de que la piscina se convierte en un lugar para *voyeurs*, pero es la primera vez que veo que alguien les planta cara y les dice: si queréis mirar, hacedlo —añadió con entusiasmo.

Cada palabra la acompañaba con un sinfín de gestos y expresiones corporales, que acentuaban el contenido y el sentimiento de lo que decía.

—¿Tengo que sentirme orgullosa o arrepentirme? —preguntó Mina mientras devoraba el pequeño *coulant* de chocolate.

—Creo que orgullosa —respondió rápidamente y sin demasiados titubeos Salvo—. Y no soy el único que lo dice; cuando toda la tripulación ha sabido lo de tu numerito, muchos han dicho que habías sido la primera intrépida.

Mina no pudo evitar sonreír, pero aún tenía el chocolate del postre en la boca, por lo que la imagen que le dio a Salvo difería bastante de la que había mostrado unas horas antes en la piscina, pero no se inmutó.

—Eres perfecta, lo que tienes de diosa lo tienes de humana —le dijo acercándose a través de la mesa.

Sin embargo, cuando Mina iba a responder, no sabía si con palabras o con hechos, alguien llamó la atención de Salvo, que rápidamente se disculpó y abandonó la mesa dejando a Mina ahí, completamente descolocada.

«¿Estaba ligando conmigo?», se preguntó.

Pero no tenía una respuesta clara. Además, aunque por un lado se sentiría halagada si así fuera, por el otro no quería que un pequeño esgarce amoroso con un italiano la distrajera de su viaje.

«Pero ¿y si es el destino de este periplo?», se preguntó, apoyando la cabeza en la mano izquierda mientras con la derecha se metía la última cucharada de *coulant* en la boca.

Instintivamente miró hacia Salvo. Tras desaparecer en la cocina, había regresado al comedor del restaurante cargando platos para otros comensales. Y, de vez en cuando, le lanzaba alguna mirada furtiva.

«Cuando llegue a Roma, ¿debería llamarlo para que me haga de cicerone?», siguió interrogándose.

Su cabeza era un mar de dudas en ese sentido.

«Debería llamar a Martina en cuanto desembarque para que me diga qué opina ella», se aconsejó.

Al terminar de cenar, pagó la astronómica cuenta, en la que vio que no le habían cobrado el postre.

«¿Será un regalo de Salvo?»

Y, con aire despistado, salió al exterior, donde la brisa fresca de la mañana se había convertido en un viento frío que helaba hasta los pensamientos. Por un segundo pensó en quedarse ahí, a ver si aquel aire conseguía centrarla de nuevo en su viaje, y no en aquel hombre que había aparecido en su vida, pero enseguida notó que tenía demasiado frío.

No sabía qué haría hasta que llegara la hora de desembarcar, así que simplemente empezó a deambular por el barco, recorriendo pasillos, subiendo

escaleras y descubriendo pequeños rincones en los que ocultarse de las esperadas miradas y dedos que la señalaban, acompañados de la frase, traducida en diferentes idiomas:

—Es ella, la chica sexi de la piscina.

«¿Chica sexi? No sé por qué, pero me gusta», pensó, y sonrió cuando la oyó por enésima vez al pasar junto a un grupo de viajeros.

«Ya verás cuando se lo cuente a Martina», y soltó una sonora carcajada que hizo que los improvisados cotillas se alejaran por miedo a que Mina los deleitara con un segundo acto de su espectáculo. Aunque seguro que más de uno no se habría quejado ni lo más mínimo.

VIII

A última hora de la tarde, el ferri terminó su habitual periplo por el Mediterráneo y lentamente, al igual que había hecho cuando salió de Barcelona, atracó en el puerto de Civitavecchia.

En ese instante, Mina creyó que viviría una escena de una película antigua, de aquellas en las que un gran transatlántico llegaba después de un largo viaje por el océano y todos los pasajeros se asomaban por las barandillas de cubierta para ver atracar el barco mientras eran recibidos por sus amigos y familiares con serpentinas y confeti. Sin embargo, en el puerto solo había unos cuantos trabajadores que, pesadamente, saludaban a los pasajeros del ferri, hastiados de hacerlo cada vez que llegaba uno.

Cuando la maniobra de atraque concluyó y el barco estuvo bien amarrado al puerto, por megafonía se comunicó a los pasajeros que recogieran todos sus objetos personales de los camarotes y que aquellos que viajaban en coche se dirigieran a la bodega del barco a por su vehículo.

De repente, un nerviosismo que no había sentido en todo el viaje afloró en el pecho de Mina.

«¿Cómo estará el coche de papá?», se preguntó mientras bajaba las escaleras hacia la bodega.

Debió de ser una de las primeras en llegar, ya que en aquel garaje solo había coches atestados y apretujados. Intentando recordar dónde había aparcado el Seiscientos, Mina fue pasando por los estrechos pasillos que se habían dejado entre vehículo y vehículo, rezando para que hubiera sido el suficiente, de modo que nadie hubiera golpeado el coche.

Tras dar unas cuantas vueltas, localizó el coche de color pastel entre las decenas que ahí había. Con una expresión tensa, fue repasando cada centímetro de la chapa del coche en busca de algún rasguño o golpe, pero, para su suerte, no había ninguno.

Mina respiró aliviada y abrió el coche, se sentó en su interior y aspiró aquel peculiar aroma a coche cerrado.

En cuanto cerró la puerta del conductor, decenas de personas aparecieron entre los coches, atosigándose las unas a las otras para llegar a

sus respectivos vehículos por los estrechos espacios que había entre ellos. Parecía como si todos tuvieran prisa, sin darse cuenta de que, mientras no abrieran la compuerta de la bodega, seguirían ahí esperando.

Como si alguien hubiera escuchado las reflexiones de Mina, el enorme portón de la parte trasera del ferri empezó a abrirse, y varios trabajadores, ataviados con chalecos reflectantes, aparecieron en escena dispuestos a dar indicaciones para que el desembarco se hiciera de forma ordenada.

Poco a poco, aquella ballena metálica que un día antes se los había tragado ahora regurgitaba todos y cada uno de los vehículos que, una vez pisaban suelo italiano, aceleraban para abandonar el puerto.

Entre ellos, una insegura y agobiada Mina hacía avanzar su Seiscientos, sin saber exactamente hacia dónde se dirigía mientras seguía las instrucciones de los trabajadores del chaleco reflectante y las confusas indicaciones que marcaban la salida del puerto.

A Mina se le hizo eterna aquella parte del viaje; apenas fueron un centenar de metros, pero contuvo el aliento para estar atenta a la conducción. Así es que cuando vio que salía del puerto y se incorporaba a lo que parecía una carretera de doble carril en dirección a Roma, sintió cómo el aire volvía a sus pulmones.

Una vez en lo que parecía ser una autopista o, al menos, una autovía, Mina sintió que el sudor que su cuerpo había expulsado durante la maniobra de desembarco se enfriaba en su espalda y un leve temblequeo le recorría todo el cuerpo, así que, en cuanto vio el cartel de un área de servicio, no lo dudó dos veces y se detuvo a recuperar el temple.

Tras haber aparcado en la parte más alejada del aparcamiento, paró el motor y bajó del coche mientras sus piernas se doblaban al dar los primeros pasos.

«Tengo que asumir que, a pesar de todo, esto no deja de ser un coche», se aconsejó, y en gran parte tenía razón. Si en apenas unos kilómetros de trayecto ya lo había pasado tan mal, no podía dejar de imaginarse cómo se sentiría al ir aumentando esa distancia, por lo que lo mejor que podía hacer era asumir que, tarde o temprano, algún rasguño se llevaría el Seiscientos.

Un poco más tranquila, Mina regresó al coche y se sentó en el asiento del conductor, con las piernas fuera y la puerta abierta de par en par. Cogió su teléfono, revisó todos los mensajes que la advertían del maldito cambio de compañía y de tarifa al cambiar de país y marcó uno de los últimos números a

los que había llamado. Sabía que se gastaría un dineral en teléfono durante aquel viaje, por lo que no importaba empezar entonces.

Esperó a que el tono de la línea terminara y una voz conocida apareció al otro lado.

—¿Cómo estás? ¿Dónde estás? ¿Te ha pasado algo?

Tras unas preguntas como aquellas, cualquiera hubiera pensado que estaba llamando a su madre. Sin embargo, era Martina la que había recibido la llamada de Mina.

—Estoy bien, a mitad de camino entre el puerto y Roma, y no, no me ha pasado nada —respondió Mina casi de forma robótica.

A través del auricular pudo escuchar un suspiro de alivio.

—Menos mal. Como no me habías dicho nada ya estaba pensando lo peor.

—¿Qué era?

—Que te hubieran secuestrado, pero no imagino a tu padre a lo Liam Neeson en *Venganza*.

Mina no pudo evitar reírse con la ocurrencia de su amiga, pero cuando se disponía a explicarle lo que había ocurrido en el ferri, Martina volvió a hablar. Era como si no lo hubiera hecho durante todo un día y ahora tuviera cuerda para rato.

—¿Sabes qué? —preguntó Martina retóricamente—. Me he tomado la libertad de reservarte un hotel en Roma.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

—¿Por qué?

—Me suponía que estarías nerviosa tras el viaje en el ferri y el desembarco y necesitarías descansar.

—Pero... Yo no estoy nerviosa... ¿Cómo lo has sabido?

—Hace ya un tiempo que te conozco, y solo era cuestión de sumar los factores: tu forma de ser, el coche de tu padre y un viaje en solitario. Como mínimo estarías nerviosa, y además seguro que soy la primera a la que llamas, ¿me equivoco?

—¿Eh?... No —respondió titubeante Mina.

—Pues lo dicho. Tienes un hotel en Roma en la calle Cola di Renzo, en el centro, cerca de todo, pero sin estar en el meollo de los turistas. No muy lejos de la Piazza del Popolo. Un hotel moderno y funcional, nada del otro mundo, pero más que suficiente para utilizarlo solo para dormir.

Mina no supo qué responder. No había mirado ningún hotel en Roma, se guiaría un poco por la intuición, pero, ahora que lo pensaba, llegaría tardísimo a la ciudad y seguramente no encontraría nada. Sin embargo, había aparecido Martina y, convirtiéndose en algo parecido a un hada madrina, le había conseguido alojamiento.

—La reserva es de siete noches —explicó Martina—. Tendrás tiempo suficiente, ¿no?

—No sé, supongo —respondió Mina sin acabar de creérselo, y enseguida añadió—: Pero ¿cuánto te ha costado?

—Por eso no te preocupes, ya lo contaremos cuando regreses.

Mina seguía sin poder dar crédito a lo que oía.

—Muchas gracias, Martina, no tenías por qué hacerlo —le dijo en un arrebatado de sentimiento.

—Sí, mujer, así seguro que los primeros días podrás dormir bien, y no en el coche o en un hostel cualquiera, por mucho que te lo haya recomendado yo —respondió Martina y añadió entre risas—: Que también vaya ideas las tuyas.

Mina no respondió, se recostó en el asiento del Seiscientos y dejó que su mirada se perdiera en el mar de coches que recorrían la carretera que ella estaba a punto de retomar cuando se hubiera recuperado.

—Tendrías que haber venido conmigo —dijo con voz cansada.

—¿Tanto te has divertido en el ferri? Sabes que lo de los anuncios de la tele es todo mentira, ¿no?

Mina rio.

—Sí, sí, ya me he dado cuenta de ello. Pero seguro que te lo hubieras pasado genial al verme.

—¿Qué has hecho?

Mina cogió aire con fuerza. Quería contarle todo lo que había vivido en el ferri del tirón, sin que Martina la interrumpiera, algo complicado, y más cuando había un chico por el medio.

Saltándose las partes más aburridas y detallando todas y cada una de las escenas que más la habían marcado, Mina le hizo un resumen de lo que le había pasado a bordo del barco. Y, aunque Martina se contuvo y no la interrumpió, cuando Mina llegó al final de la explicación sobre lo que había hecho en la piscina, su amiga no pudo aguantarse más.

—Frena, frena, frena. ¿En serio? La Mina que yo conozco, más tímida que cualquier otra persona, salió de la piscina a lo Ursula Andress. ¿En serio?

—Sí.

—¿No estarás exagerando?

—Ni un poquito.

Martina no dijo nada más; su cabeza debía de estar procesando la información.

—Y por lo que me dijo Salvo, soy una de las primeras en montar un numerito parecido.

—¿Salvo? —preguntó Martina volviendo a la realidad—. ¿El camarero italiano que intentó ligar contigo?

—Ese mismo.

—¿Seguro que solo intentó ligar contigo? ¿No lo tendrás ahora al lado guardando silencio?

—¡No, no, no! —respondió Mina nerviosa—. Aunque...

—Aunque ¿qué?

—Nada.

—Mina, confiesa.

—Bueno, si hubiera querido seguro que lo tendría al lado.

—Y ¿cómo es eso? —preguntó Martina con una exclamación exageradamente aguda.

—Bueno, tras ayudarme cuando se me subió el cóctel, me dio su número de teléfono y se ofreció a hacerme de guía en Roma.

—¡No!

—Sí.

—¡No!

—Sí.

—¡No! —repitió una vez más Martina llevando al extremo su expresión de sorpresa.

—Que sí, he dicho que sí —respondió por tercera vez Mina intentando que su amiga se calmara.

—Te dejo sola un solo día y consigues ligarte a un italiano. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Es guapo?

—Bueno, no sé, puede.

—¿Puede? Lo es o no lo es.

—¿Un poco?

—Con eso me vale... ¡Llámallo! —ladró Martina a través del teléfono.

—No lo conozco.

—Nunca conocemos a una persona hasta que lo hacemos, así que aprovecha el ofrecimiento, disfruta de unos días en Roma con un romano y luego ya se verá.

—¿Seguro? ¿No crees que es demasiado perfecto, muy de peli americana y esas cosas? —preguntó insegura Mina.

—Te ayuda, se ofrece a hacerte de guía, te da su teléfono y le guiñas el ojo...

—Y me regaló el postre.

—¿Qué?

—Después de lo de la piscina fui a comer y él estaba sirviendo mesas; me trajo el postre y al final no me lo cobró.

—Qué caballero, ¿no?

—Y la guinda del pastel fue cuando me dijo: «Eres perfecta, lo que tienes de diosa lo tienes de humana» mientras se acercaba a mí, como si fuera a besarme.

—¡Por Dios, Mina! Hasta yo lo llamaría.

—¿Tú crees?

—Vale, ese piropo suena un poco demasiado ensayado, pero no quita que te lo dijo a ti; debiste de impresionarlo en la piscina —afirmó Martina.

—Bueno, me guiaré por tu consejo y lo llamaré mañana a primera hora de la...

—Llámallo cuando llegues al hotel.

—Pero...

—Cuando llegues al hotel.

—Vale, lo llamaré cuando llegue a la habitación y quedaré con él para mañana.

No se creía lo que estaba haciendo; aquel viaje se estaba convirtiendo cada vez más en toda una aventura.

—Por cierto —dijo Mina cambiando de tema—, me has dicho que me has reservado un hotel, pero no sé ni cómo se llama. Por no tener, no tengo ni la reserva.

—Tienes toda la razón, cuelgo y te la mando. Cuídate.

—Gracias, te mantendré informada.

Las dos cortaron la llamada casi al mismo momento y, segundos después, el móvil de Mina la advertía con una campanilla de que había recibido un correo electrónico. Como supuso, era la reserva del hotel que le había reenviado Martina.

«Cuando quiere, es un cielo», se dijo pensando en su compañera de piso mientras se sentaba como debía en el asiento del coche y cerraba la puerta.

Giró la llave de contacto y el motor del pequeño Seiscientos ronroneó como siempre lo hacía al arrancar.

—Hacia Roma —exclamó Mina sin poder evitar señalar con el brazo hacia delante mientras pegaba un acelerón y perdía un poco el miedo con el que había desembarcado del ferri un rato antes.

IX

Cuando Mina abrió los ojos a la mañana siguiente lo primero que hizo fue pensar en Martina. No sabía cómo agradecerle la reserva de aquel maravilloso hotel; le compraría algo muy bonito, no sabía el qué, pero algo.

Durante unos segundos Mina se hizo la remolona bajo la funda nórdica de su cama de matrimonio, tan ancha que casi podía nadar en ella. Sin embargo, de golpe, un pensamiento cruzó por su mente, abrió los ojos de par en par y se incorporó en la cama.

—¡Salvo! —exclamó alarmada.

Ya no se acordaba para nada de su guía improvisado. Como le había dicho Mina, lo había llamado nada más llegar a la habitación.

—*Ciao!* —dijo la voz de Salvo al otro lado de la línea.

—Hola... ¿Salvo? —preguntó sin saber por qué Mina; estaba claro que llamaba al chico. Estaba nerviosa.

—¿Quién es?

Mina se sorprendió. Ella todavía recordaba su tono de voz; sin embargo, él parecía haberla olvidado por completo, y eso que había sido él quien le había dado su número. ¿A tantas mujeres les daba su teléfono como para no acordarse de la del día anterior?

—Soy... Soy Mina, del...

—¡Mina! Del ferri de Barcelona —exclamó entonces él—. Esperaba tu llamada.

Mina dudó unos instantes de sus palabras. Aunque Martina la había convencido de que lo llamara, ella seguía sin tenerlo claro; dudaba de las intenciones ocultas de Salvo, si es que existían.

—¿Ah, sí? —dijo ella sin saber qué responder.

—Por supuesto —contestó él.

Pero la conexión que había nacido en el barco ahora parecía haber desaparecido, ya que a ambos lados de la línea reinó un incómodo silencio.

—Supongo que, al haber llamado, habrás aceptado mi propuesta de hacerte de guía mientras estés en Roma, ¿no? —preguntó Salvo rompiendo el hielo.

—Sí... Claro... Claro que sí —respondió Mina.

—Pues mañana te paso a buscar donde estés —afirmó con fuerza Salvo, hasta que se dio cuenta de que no sabía dónde estaba—. Por cierto, ¿dónde estás?

—En un hotel en Cola di Renzo.

—Sí que te las gastas, ¿no?

—Ha sido una amiga quien me lo ha reservado por sorpresa.

—Pues como se las gasta tu amiga.

Mina rio.

—Lo que te decía —dijo Salvo retomando el tema de conversación—, mañana a primera hora te paso a buscar y vamos a visitar Roma para...

—Pero ¿no tendríamos que planear qué haremos? —lo interrumpió Mina.

—¿Para qué? Si no, no sería una auténtica aventura —respondió Salvo emocionado.

Mina no pudo evitar pensar en que el chico era realmente sincero. Así que, sin darle demasiadas vueltas, le dio el nombre y la dirección del hotel y se despidió de él hasta la mañana siguiente a primera hora.

Pero el agotamiento del viaje en ferri y los nervios de la partida, que todavía estaban diluyéndose lentamente, la llevaron a dormir profundamente sin prestar atención al reloj. Y, cuando se dio cuenta, ya era esa primera hora en la que había quedado con Salvo.

—¡Joder! —exclamó alzándose de la cama hecha un torbellino mientras maldecía su mala suerte.

No quería hacer esperar a Salvo, y menos el primer día. Pero ahí estaba ella, aún con el pijama, completamente despeinada y con un hambre canina.

A cien por hora, Mina empezó a correr por la habitación mientras se quitaba la ropa como una estríper y se ponía los pantalones dando saltitos, con el cepillo de dientes en la boca y el del cabello trabado en un enredo.

Con la mano libre que le quedaba, miró la hora en el teléfono móvil y vio que tenía varias llamadas perdidas del número de Salvo.

—¡Seguro que se ha ido! —exclamó salpicando todo lo que la rodeaba de pasta de dientes diluida en babas.

Sin prestar mucha atención a si las prendas de ropa que se ponía quedaban bien entre sí, Mina salió corriendo de su habitación mientras descartaba en ese mismo instante tomar algo para desayunar en el hotel.

Como si se hubiera desatado un incendio en el edificio, Mina salió al exterior corriendo, resoplando sin aliento y con el bolso colgando de cualquier manera del cuello. Alarmada, miró a ambos lados de la calle creyendo que Salvo ya no estaría allí. Pero se equivocaba.

En el banco que había justo enfrente de la puerta del hotel, debajo de un frondoso árbol, estaba Salvo leyendo tan tranquilamente un manoseado libro, sin darse cuenta de que Mina había aparecido en escena.

—¿Salvo? —preguntó Mina sin saber cómo reaccionar.

Pareció que él no le prestaba atención, pero una de sus cejas se alzó, como las orejas de un perro cuando se pone en alerta.

—Un segundo.

—¿Para? —preguntó ella incrédula, contemplándolo sin moverse.

—Para terminar el capítulo.

—¿Para terminar el capítulo? —repitió Mina.

—Exactamente, para terminar el capítulo —afirmó Salvo, y añadió—: Y cuanto más repitas mis palabras, más tardaré en acabar y, por lo tanto, más tardaremos en irnos.

Mina se quedó perpleja al oírlo. No molesta, porque sabía de sobra que ella hacía lo mismo, pero sí sorprendida. Creía que Salvo ya no estaría ahí, aunque lo estaba..., y no parecía tener prisa alguna.

Ante aquel panorama, Mina suspiró, tranquilizándose a la vez que se adecentaba la ropa y los complementos. Ya más calmada, la chica se acercó a Salvo y se sentó a su lado.

En aquel banco, Mina echó la cabeza hacia atrás mientras disfrutaba de la brisa que soplaba en la calle y que movía las hojas de los árboles, al tiempo que lo perfumaba todo con un aroma primaveral al alcance de pocas ciudades. Debía meterse entre ceja y ceja que estaba de vacaciones y, por lo tanto, iba a relajarse, no a correr desde el primer minuto.

—Se está bien, ¿no? —le preguntó Salvo justo después de cerrar el libro.

—Y que lo digas.

—Pues disfrútalo —respondió él—, no hay prisa.

—¿No hay prisa? —preguntó ella girando la cabeza para mirarlo.

—No, no la hay.

—Y entonces, ¿por qué tantas llamadas perdidas?

Para sorpresa de Mina, Salvo se empezó a reír.

—He llegado y me ha extrañado no encontrarte, así que te he llamado unas cuantas veces, pero al ver que no respondías, he supuesto que te habías dormido... Porque te has dormido, ¿verdad?

Mina no pudo evitar sonreír.

—Como un tronco.

Salvo se volvió a reír, contagiando a Mina de esa felicidad que aquel italiano parecía desprender por todos los poros.

—Pero mucho —siguió Mina sin poder controlar las carcajadas—. Cuando he pensado que había quedado contigo, he pegado un salto de la cama que ni un medallista olímpico.

Ambos siguieron riéndose; la química que creyó que había entre ambos durante el viaje en ferri volvía a estar ahí.

—Pues tranquila, disfruta de esto —respondió Salvo. Y, con las palabras cargadas de sinceridad, añadió—: La vida no se nutre de las ciudades ni de los lugares que hemos visitado, sino de las experiencias que hemos vivido en ellas, por pequeñas que sean. Como esta brisa, este olor y la compañía.

Las risas se detuvieron en seco, no por tristeza, sino por la verdad que destilaban las palabras de Salvo y que hicieron que se dejaran llevar por todo lo que les rodeaba, sin preocuparles el tiempo.

Tras un buen rato, en el que parecía que el reloj se había detenido, Mina fue la primera en hablar.

—¿Qué estabas leyendo?

Salvo abrió los ojos, que había tenido cerrados desde que había hablado por última vez, y miró la cubierta desgastada del libro que tenía entre las manos.

—*Lo scudo di Talos*, de Valerio Massimo Manfredi... Seguramente mi libro favorito, no sé las veces que lo habré leído —confesó Salvo mientras seguía con los dedos las letras impresas en la cubierta.

Mina no quiso seguir preguntando sobre el libro. Sin embargo, su experiencia como librera y como persona, le decía que ese en concreto tenía un significado especial para Salvo, más allá de la historia que contenía.

—Bueno —dijo con firmeza Mina a la vez que golpeaba las palmas de las manos—, habíamos quedado para que un romano me enseñara Roma.

—Cierto, cierto —respondió Salvo emergiendo de su ensimismamiento.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando?

Mina se levantó y, cogiendo a Salvo de la mano, tiró de él para levantarlo del banco mientras se encaminaba hacia la derecha de la calle.

Pero Salvo la detuvo.

—¿A dónde vas?

—¡A visitar Roma! —respondió Mina como si fuera Cristóbal Colón emprendiendo el viaje a las Indias.

—Pues entonces es en la otra dirección.

Mientras Mina sonreía y empezaba a dejarse llevar por el azar de la vida, Salvo tiró de ella en sentido contrario, en dirección a la Piazza del Popolo, cruzando el Tíber. Sin querer saber cómo y por qué, Mina sintió por primera vez en dos días, desde que salió de Barcelona, que aquel viaje no sería como cualquier otro, sino que sería diferente, lleno de aventuras o, al menos, de vivencias que recordaría toda la vida.

Como era de esperar, Salvo hizo que el viaje de Mina empezara por los lugares más típicos y tópicos de Roma, aunque ella no protestó, ya que hacía años que no recorría aquellas calles sin otro objetivo que el disfrute. Desde que visitara por primera vez Roma, había regresado una decena de veces durante sus estudios, pero siempre para ir a museos, archivos y bibliotecas en busca de alguna documentación para su tesis. Sin embargo, aquella era la primera vez en años que sus ojos de estudiante aplicada iban a convertirse en meros espectadores de una de las ciudades más bellas e interesantes del mundo.

Tras dejar atrás la Piazza del Popolo y las iglesias gemelas de Santa Maria dei Miracoli y Santa Maria in Montesanto, Salvo llevó a Mina, a través de la Via del Babuino, directamente a la Piazza di Spagna y su escalinata.

La sensación que daba aquella plaza, así como la calle y toda la ciudad, era que Mina había llegado en pleno mes de agosto, cuando los turistas invadían Europa, algo que la dejó un poco sorprendida cuando se detuvieron junto a la fuente que presidía la plaza.

—No te alarmes, aquí los turistas están todo el año —dijo Salvo un poco apesadumbrado mientras contemplaba la fuente—. Llegan con el buen tiempo, pero no se van con el malo —bromeó.

Mina compartió la broma y respondió:

—No estoy alarmada, pero me esperaba que, estando a finales de marzo, habría menos gente, o tal vez menos turistas.

—Pues ya ves que no.

—Bueno, la verdad es que no sé por qué me sorprende, en Barcelona sucede lo mismo.

Intentando que la conversación fuera hacia otros derroteros, Salvo se acercó a Mina, la cogió por los brazos y la movió hasta que tuvo una visión perfecta de la fuente, la plaza, la escalinata y la iglesia de la Trinità dei Monti en lo más alto.

—Pero cuando ves esto entiendes por qué viene tanta gente, ¿no?

—En esto tengo que darte la razón.

Entonces Salvo soltó a Mina, se aclaró la garganta y, con mucha seriedad, tanta que llegó a perderla toda, dijo:

—Bueno, primera parada de nuestra ruta guiada por Roma —anunció con voz de audioguía—; la Piazza di Spagna, en cuyo centro podemos encontrar la fuente de la Barcaza esculpida por...

—Pietro Bernini —lo interrumpió Mina— y su célebre hijo Gian Lorenzo entre 1627 y 1629.

Salvo la observó atónito mientras ella seguía hablando.

—Por otro lado, la escalinata fue construida para conectar la embajada española, de ahí el nombre de la plaza, con la iglesia de la Trinità dei Monti. Los encargados fueron Alessandro Specchi y Francesco De Sanctis, que...

—Para, para, para —la cortó Salvo mientras alzaba las manos—. Esto te lo has aprendido esta noche para dejarme mal, ¿verdad?

Mina no pudo contener la risa.

—Y ahora, encima, te ríes de mí —protestó Salvo.

—No te enfades, Salvo —contestó Mina mientras lo abrazaba—, soy especialista en el Renacimiento, por lo que, aunque me queda lejos, del arte que hay en Roma se me escapa más bien poco.

Salvo la observó alzando una ceja con suspicacia.

—Entonces, ¿por qué aceptaste mi oferta de hacerte de guía?

—Quería descubrir Roma con otros ojos.

—¿Los de un ignorante que ha estado toda la noche consultando la Wikipedia para impresionarte hoy?

—No, sino por alguien que es de Roma.

Salvo la miró sin terminar de entenderla.

—No te sigo —confesó.

—Aunque me encanta esta parte de Roma, la más turística, quería descubrir una diferente. Pero, tranquilo, que también quiero visitar todo esto; si quieres podemos seguir. Yo hago ver que no sé nada y tú me ilustras —dijo Mina con una sonrisa.

Salvo le devolvió la sonrisa, pero esta derivó en una mirada maliciosa.

—Así que no es esta Roma la que quieres conocer, ¿eh?

Mina no respondió, solo se encogió de hombros, aún sonriendo.

—Entonces..., ¡vamos! —exclamó Salvo cogiéndola de la mano y obligándola a correr mientras dejaban atrás aquella parte de la ciudad, sus monumentos y sus turistas.

X

Mientras era arrastrada por Salvo, los ojos de Mina no podían identificar lo que la rodeaba. Las calles corrían y cambiaban a su alrededor sin ton ni son. Tras dejar atrás las avenidas más conocidas y concurridas, Salvo se adentraba en pequeñas callejuelas a través de las cuales Mina solo podía ver, de lejos, algunos monumentos. Aunque intentó orientarse, el recorrido por el que Salvo la llevaba quedaba lejos de sus conocimientos de la ciudad, por lo que enseguida empezó a crecer en su pecho una sensación de haberse perdido.

—¿Dónde me llevas? —preguntó.

—Es una sorpresa.

—¿Seguro que no te has perdido?

—¿Confías en mí?

Mina no supo qué responder. Salvo le había dado motivos suficientes para confiar en ella; sin embargo, seguía siendo un completo desconocido.

—¿Confías o no? —insistió él.

—Bueno... Te conocí ayer, así que...

—Te lo preguntaré de forma distinta —respondió Salvo—, ¿confías lo suficiente?

Mina se encogió de hombros, pero al ver que en ningún momento se había detenido o soltado de la mano de Salvo, comprendió que algo sí que confiaba.

—Sí, creo que sí... Un poco al menos —respondió riendo.

Ante las palabras de Mina, Salvo dio una sacudida a su brazo y aceleró el paso.

—Pero podrías darme una pista, ¿no?

—Ya lo verás, tranquila.

Después de aquello, poco más se dijeron y siguieron andando sin cesar. A Mina le dio la impresión de que giraban a la izquierda o a la derecha sin sentido aparente, pero prefirió no decir nada, y más cuando las calles empezaron a abrirse ante sus ojos.

Ante ella apareció el puente Fabricio, que conducía a la Isola Tiberina, una inmensa roca que brillaba entre las fuertes aguas del Tíber.

—No me digas que me llevas al Trastevere —dijo Mina deteniéndose en mitad del puente para mirar hacia el río.

—Puede —respondió Salvo con una sonrisa maliciosa colocándose a su lado.

—Sabes que eso también es bastante típico.

—Lo sé —respondió él apoyándose en la barandilla—, aunque no si lo haces sin guía.

—¿A qué te refieres?

Salvo sonrió.

—La gente que no es de aquí y entra en esta parte de la ciudad suele hacerlo cuando busca una iglesia, un lugar concreto, o va acompañada por alguien que le explique la historia del barrio. Sin embargo, pocos son los que se adentran con un espíritu aventurero...

—Como lo haremos nosotros.

—Más o menos.

—¿Más o menos?

—Vamos con espíritu aventurero, pero sé perfectamente a dónde nos dirigimos.

Mina lo miró con suspicacia mientras Salvo se alejaba cruzando la isla.

—Deja de mirarme así y sígueme.

Mina aceleró el paso y se puso a su altura.

Tras cruzar la Isola y el puente Cestio, Salvo empezó a callejear de nuevo por las estrechas calles adoquinadas del Trastevere, mientras que Mina no podía evitar detenerse frente a todos y cada uno de los bares y *trattorias* que se cruzaban en su camino.

Aunque parecía que Salvo ya no tenía tanta prisa (había aminorado sustancialmente el paso), se percató de que Mina no hacía más que retrasarse, y en cuanto la chica volvió a pararse, él la observó con atención. Enseguida comprendió lo que sucedía: ella miraba con atención las cartas y las mesas ocupadas casi babeando y con ojos prácticamente llorosos.

—¿Tienes hambre? —preguntó Salvo.

Al oír la pregunta de Salvo, Mina dio un respingo y recuperó la compostura.

—Eeeh... no. ¿Por qué lo dices?

—No mientas, tienes hambre —respondió Salvo señalándola con un dedo acusador—. ¿Has desayunado?

Mina dudó unos instantes.

—No, no he tenido tiempo —contestó—, ya te he dicho que me he levantado creyendo que me estabas esperando nervioso.

Salvo no pudo evitar reírse de nuevo.

—¿A quién se le ocurre salir a pasear por una ciudad como Roma con el estómago vacío?

Mina no respondió. Además de saber que la pregunta era retórica, tenía claro que si respondía quedaría como una estúpida.

—Por suerte —prosiguió Salvo—, el lugar adonde vamos es perfecto para la ocasión.

Mina miró su reloj.

—¿Vamos a comer? Pero si es muy temprano.

—Lo sé. Mi idea era callejear por aquí un rato y luego ir a comer, pero como te veo tan hambrienta, lo haremos al revés.

Mina sonrió y reemprendió la marcha junto a Salvo.

Mientras seguían recorriendo aquellas callejuelas, la mente de Mina flotaba sin parar entre su forma de ser, responsable y aplicada, y sus sueños, más atolondrados. ¿Quién le iba a decir que en el ferri conocería a un chico tan... tan...? A decir verdad, no sabía cómo describir a Salvo con una sola palabra; sin embargo, su compañía era más que agradable.

¿Se estaría enamorando? No, no podía ser. Ella era de Barcelona, él de Roma, ambos tenían trabajos alejados; era demasiado imposible, y cualquier opción viable se encontraba en el mágico mundo del cine y las novelas románticas.

—Así que tienes hambre, ¿eh? —preguntó Salvo deteniéndose frente a un local.

—Sí.

—Pues entremos.

El lugar era pequeño pero acogedor. Las paredes estaban pintadas con estuco de color crema, el suelo tenía azulejos de cerámica y las mesas estaban cubiertas por manteles de cuadros rojos.

—Está cerrado —dijo en italiano la voz de un hombre con muy mal humor.

—Es Pietro, el jefe y cocinero —le explicó Salvo para, después, dirigiéndose al hombre, exclamar—: Pero, Pietro, no vas a dejarme con

hambre, ¿no?

El hombre se giró y su cara, que mostraba el ceño fruncido, se transformó por completo en una amplia sonrisa.

—¿Salvo? —respondió el hombre. Acercándose y dándole un fuerte abrazo, añadió—: Salvuccio, ¿qué haces por aquí?

—He venido con una amiga.

—¿Italiana?

—No, de Barcelona.

—Te la has ligado en el ferri, ¿eh, bribón? —dijo Pietro guiñándole un ojo.

—Calla, ¿quieres? Que sabe italiano —le advirtió Salvo y, dirigiéndose a Mina, dijo—: ¿Verdad, Mina?

Ella dudó unos instantes mientras los dos hombres la observaban con atención.

—Bueno, algo he entendido, pero mi italiano es más para leer libros y preguntar direcciones —respondió en un italiano correcto pero lento y académico—. Aunque no he entendido nada cuando os habéis puesto a hablar entre vosotros.

Al oír las palabras de Mina, y al ver que no hacía referencia a lo que Pietro había soltado, Salvo no pudo evitar una risa nerviosa, secundada por Pietro y después por Mina.

—Tendrás una mesa para nosotros, ¿no? ¿O realmente tienes cerrado? —preguntó Salvo.

—Claro que no, para Salvo y sus amigos siempre tengo una mesa —respondió Pietro señalando hacia una mesa que estaba cerca de la pequeña barra—. Pero estoy harto de repetir que tengo cerrado. Es abrir la puerta para que corra el aire después de una noche cerrado y los turistas entran como palomas buscando migas de pan. Y si saben algo de italiano, aún puedes explicarte, pero a los que solo hablan inglés no hay manera de echarlos... Se creen que esto es un parque temático y tenemos que tener abierto todo el día para su gusto y deleite.

Mina y Salvo asintieron, dándole la razón a Pietro, mientras se sentaban en la mesita que les había indicado.

—¿Qué vais a querer? —preguntó.

—Algo ligero pero que llene. Tenemos un día largo por delante y esta chica todavía no ha desayunado —respondió Salvo.

—De acuerdo —asintió Pietro sin pedir más indicaciones de lo que les podía apetecer. Sin embargo, siguió hablando—. Como os decía...

Y con esas palabras y sin que ellos tuvieran que decirle nada, el propietario del local siguió despotricando contra los turistas, luego contra los políticos y después contra el mundo en general. Eso sí, todo lo hizo sin dejar de trabajar ni un solo segundo para preparar lo que hubiera decidido servirles.

—Ya está —anunció interrumpiendo su perorata—, unas ensaladas de queso de cabra de la finca de mi primo, en la Romagna. Podréis coméroslo todo sin problemas y os va a dar energías hasta última hora de la tarde.

Y, sin más dilación, Pietro sirvió sendos platos enormes de ensalada a Mina y a Salvo mientras ambos se relamían los labios.

—Siento no poder prepararos nada más elaborado —confesó Pietro—, pero todavía no tengo encendido el horno y ya sabes que...

—No, no te preocupes, Pietro, esto nos parece genial, ¿verdad, Mina?

Mina asintió, pero lo hizo en silencio, porque, mientras Salvo y Pietro hablaban, ella ya había atacado su plato con un hambre feroz.

—Creo que sí, que está de acuerdo —dijo Pietro sonriendo mientras Salvo se aguantaba la risa.

—Ya me dirás qué te debo —dijo el chico haciendo el gesto de sacar la cartera, pero Pietro lo detuvo.

—No te preocupes, invita la casa. Solo viendo cómo lo disfruta ella, ya me siento pagado —respondió mientras les llevaba una jarra de agua fría—. Si necesitáis algo más, llámame; estoy en la cocina.

Pietro se encaminó hacia la parte trasera del local, pero, tras dar unos pasos, volvió hacia atrás.

—Y si entra alguien, dile que hasta las doce y media estamos cerrados.

Salvo no respondió; ya estaba comiendo como Mina, pero alzó el pulgar en señal de haberlo comprendido.

La comida fue silenciosa. Mina tenía hambre y Salvo no quiso molestarla; de fondo, solo se oía a Pietro trasteando en la cocina mientras tarareaba alguna canción sin demasiado acierto.

Lo máximo que tuvo que hacer Salvo fue hablar con algunos grupos de turistas que entraban dispuestos a comer, pero poco más.

Como era de esperar, la primera en terminar fue Mina, que, tras comerse la última hoja de lechuga, bebió un vaso entero de agua y se recostó en el respaldo de la silla.

—Veo que lo necesitabas.

—Desde ayer por la noche no había tomado nada, y eso que tampoco comí demasiado.

Salvo sonrió.

Mina guardó silencio mientras veía cómo él seguía comiendo pausadamente. Era como si Salvo, una vez que bajaba del ferri en el que trabajaba, ralentizara su ritmo y se lo tomara todo con calma para disfrutar de cada aliento y cada bocado de la vida.

—¿Ves? A esto me refiero —anunció Mina acercándose a él.

Masticando, Salvo se encogió de hombros, sin entender a qué se refería.

—Me refiero a esto, a esta parte de Roma en la que los propietarios del restaurante te hablan con familiaridad, y no como si estuvieras en una fábrica de comida; en la que el más sencillo de los platos es un manjar; en la que los turistas tienen que esperarse para comer, y no al revés. —Mina hizo una pausa y, después, en un suspiro, añadió—: Me siento como Audrey Hepburn en *Vacaciones en Roma*.

—¿Cómo? —preguntó Salvo limpiándose la boca de aceite y vinagre con una servilleta a juego con los manteles.

—Eso, me siento como su personaje en la peli. Nunca creí que viviría algo como aquello.

—¿En serio?

—A veces me avergüenza admitirlo, pero es una de mis películas favoritas por cómo su protagonista descubre una ciudad especial y diferente. Y, aunque suene a tópico, siempre he soñado con visitar Roma en Vespa.

—Pues siento decirte que es lo más típico que te puedas imaginar —afirmó Salvo—. Los lugares que visitan son los más conocidos y, hoy en día, hay empresas dedicadas exclusivamente a alquilar Vespas para que los turistas se diviertan creyendo que están reviviendo la película.

—Ya lo sé —respondió Mina un poco decepcionada, sosteniendo el vaso de agua fría que le acababa de servir Salvo—, pero la sensación que tengo es la misma que la de la protagonista.

Salvo alzó una ceja, no comprendía a qué se refería.

—Para la protagonista es todo nuevo —explicó Mina y, extendiendo los brazos para abarcar todo el restaurante, añadió—: Como todo esto lo es para mí.

—Aaah —exclamó Salvo—. Ahora te entiendo. Tú no quieres visitar Roma, sino vivir una experiencia en ella.

—Has dado en el clavo.

—Pues prepárate para vivir experiencias —respondió Salvo y, alzando la voz, llamó a Pietro—. ¿Podemos comer postres?

Sin responder, un instante después Pietro apareció desde la cocina con dos platos pequeños llenos hasta arriba de...

—¡Tiramisú! —exclamó Mina al ver lo que era.

—¿Quieres experiencias? Cómete el tiramisú de Pietro y luego me lo explicas —dijo Salvo guiñándole un ojo.

Y qué razón tenía, ya que cada cucharada de aquel plato era un pedazo de cielo en su boca.

* * *

Aquella noche, tras un largo día, Mina se dejó caer en la cama al llegar a su habitación del hotel. Estaba agotada, feliz pero exhausta. Con Salvo no había parado en todo el día. Después de salir del restaurante de Pietro, habían recorrido el Trastevere de arriba abajo varias veces, hasta que, sin que Mina supiera cómo, habían terminado en el Vaticano.

—Ha sido perfecto —confesó con voz cansada en cuanto respondieron al teléfono.

—¿Ves como tenía razón? ¡Tenías que llamarlo! —contestó Martina satisfecha y con orgullo.

—No te lo puedo negar, ha sido la mejor idea para empezar este viaje —respondió Mina—. Divertido, perfecto, completo...

—¿Describes el día o a Salvo?

Mina dudó durante unos segundos, algo que aprovechó su amiga para ponerla entre la espada y la pared.

—Uy, uy, uy. No lo sabes. ¿Tienes idea de lo que significa eso?

—No flipes, Martina, que acabo de conocerlo.

—Ya me lo recordarás dentro de una semana —la chinchó su amiga.

Mina guardó silencio. Suficiente tenía con lo que pasaba por su cabeza como para encima tener que aguantar las insinuaciones de Martina.

Para ser sincera, Mina tenía que admitir que sentía cierta atracción por Salvo. Era inteligente, atento y divertido. Durante todo el día había estado bromeando con ella... ¿O estaba tonteando? El caso era que, gracias a él, el primer día en Roma, en lugar de ser un paseo en solitario por el centro, se había convertido en una pequeña aventura por lugares que nunca había

conocido. Pero era a él al que apenas conocía. Hacía poco más de dos días que se había topado con Salvo en el ferri, y ella no creía en los flechazos. Eran imposibles, ya que, después de la primera impresión, en la que se sustenta este mito, las personas se van descubriendo cómo son y puede gustarte lo que ves o no. Puede que la primera impresión mejore o empeore. Sin embargo, ella no creía en eso de enamorarse de lo primero que se ve de una persona..., aunque Salvo estaba ganando enteros para convertirse en la excepción que confirma la norma.

—¿Sigues ahí, Mina? —preguntó Martina al ver que su amiga guardaba el silencio más absoluto.

—¿Eh? Sí, sí, sigo aquí.

Al otro lado de la línea telefónica se pudo oír cómo Martina se reía desde Barcelona.

—¿Te estás riendo de mí?

—No, no, qué va —respondió rápidamente Martina, y, para evitar el enfado de Mina, entonces su amiga le preguntó—: Y mañana, ¿qué? ¿Volverás a quedar con él?

Por un segundo Mina no supo qué responder. Sí que había quedado con él, pero temía que Martina siguiera como una niña pequeña cantándole alguna cancioncilla pesada para hacerla rabiar.

—Sí —respondió con contundencia—, hemos quedado en la Piazza Navona.

—¿No te irá a buscar como hoy?

—Pues no.

—Qué interesante —respondió con suspicacia Martina.

—Mucho —intervino Mina con rabia—. Lo hacemos para que no tenga que cruzar toda la ciudad para venir a buscarme. Que ya soy mayorcita para ir por la calle sola.

—Entiendo.

—Además —siguió explicando Mina—, el pobre se ha quedado con las ganas de ver los monumentos de Roma. Dice que hace tiempo que los visitó por última vez, que cuando se vive frente a ellos se vuelven habituales y uno apenas se fija.

—Y tú has accedido.

—Claro, yo también hace tiempo que los disfruté, y como hoy ya se ha ganado el día llevándome a lugares que no sabía ni que existían, pues así cambiamos un poco.

—Qué bonito —contestó Martina—, me gustaría tener una foto suya a ver si hacéis buena pareja.

—Muy graciosa.

Martina se rio sin reparo.

—¡Deja de reírte! —exclamó entre protestas Mina—. Suficientes dudas tengo ya para que encima me echés la caballería.

—¿Tienes dudas?

—Claro, ¡cómo no las voy a tener!

—¿Tan bien se ha portado hoy?

—Pues sí —le espetó Mina.

Martina guardó silencio, esperando que Mina le contara algo más. Sin embargo, parecía que su amiga creía que las dudas y el portarse bien se podían resumir en esa escueta afirmación.

—¿Ya está? ¿No vas a contarme nada más? ¿No vas a darme detalles?

Mina no respondió, dudó durante unos instantes.

—¡Va, venga! —reclamó Martina insistiendo.

—Vale, pero solo si me prometes que no vas a chincharme más.

—Prometido.

—¿Puedo fiarme?

—Puedes.

—Entonces...

Fue como si se hubiera descorchado una botella de cava tras agitarla. Mina le contó a su amiga todo lo que había vivido desde la última vez que la había llamado, los lugares que había visitado, la comida que había probado, la gente que había conocido. Pero lo que más interesó a Martina fue cuando su amiga le contó lo que sentía, o lo que creía sentir, por Salvo. Por qué lo creía así y por qué dudaba de ello.

Para sorpresa de Mina, Martina no la interrumpió en ningún momento, más allá de alguna que otra afirmación o pregunta breve para comprender lo que le preocupaba. Solo cuando Mina terminó y guardó silencio, su amiga se atrevió a hablar.

—Así que, en resumidas cuentas, aunque te sientes atraída por Salvo, por motivos aparentemente justificados, tienes dudas de si enamorarte a primera vista es seguro o no, ¿cierto?

—Sí, más o menos sería eso —respondió Mina confirmando las palabras de su compañera de piso.

Martina no respondió de inmediato. Claramente se había tomado muy en serio las preocupaciones de su amiga, casi como si fueran propias, o incluso más todavía.

—Creo que lo mejor es que lo disfrutes —sentenció como si sus palabras fueran las de un sabio maestro chino.

—No te sigo.

—Vive el día a día, no planees. ¿No era esa la idea de tu viaje? Pues síguela al pie de la letra. Disfruta las horas que pases con él, ya sea paseando, comiendo o haciendo lo que pueda surgir. Que después resulta que Salvo es algo más que una aventura de una semana, pues enhorabuena. Que no lo es, no te preocupes; hay más peces en el mar.

—¿Que disfrute? —preguntó Mina no muy segura de ello.

—Exactamente.

—¿Seguro?

—Que sí, mujer —respondió Martina—. ¿Verdad que acerté con Salvo? Pues sigue fiándote de mí.

Mina titubeó, pero al final respondió:

—De acuerdo.

—Así me gusta, pero ahora no te conviertas en una golfa.

Como era habitual, Martina terminó una conversación cargada de seriedad con una broma, uno de sus defectos, o virtudes, que hacía que todo concluyera con una sonrisa.

XI

A diferencia de la mañana anterior, esta vez Mina se levantó como y cuando debía, con tiempo suficiente para prepararse y salir y, lo que era más importante, desayunar.

Aunque tenía el despertador listo para que hiciera su función, Mina abrió los ojos y se levantó antes de que sonara. Ya no estaba cansada, sino de buen humor y lista para divertirse, por lo que, cuando se detuvo frente a su maleta, el conjunto que escogió era mucho más llamativo que unos vaqueros y una camiseta. Para ese día eligió una blusa blanca de manga corta —el buen tiempo era una de las virtudes de Roma, al menos durante la primavera— y una falda de color *beige* que le iba por debajo de las rodillas.

Tras ducharse y vestirse se miró al espejo. No solo se veía diferente, sino que también se sentía distinta. Lejos quedaba la estudiante de doctorado atareada y nerviosa que había sido durante los últimos años. Ahora, y sabiendo que el futuro era más bien negro en cuanto a poder dedicarse a lo que había estudiado, Mina se sentía libre para ser quien le apeteciera ser.

Alegre por el día que tenía por delante, Mina cogió el bolso y salió de su habitación, decidida a hacer una cosa que no había podido hacer el día anterior: sacar todo el provecho posible al bufé libre del hotel.

Cuando llegó al comedor no había demasiada gente, algo que le dejaba pista libre para coger un plato y arrasar con todo lo que ofrecía el hotel. Sin ningún tipo de remilgo, Mina cargó su bandeja con un plato de beicon, otro de queso, varias pastas, entre ellas cruasanes y madalenas de chocolate, un tazón de cereales y, porque se tenía que comer sano, un vaso de zumo de naranja. De forma instintiva buscó una mesa arrinconada para que nadie se atreviera a interrumpirla, por lo que cuando una de las camareras se acercó a preguntarle si quería café, su respuesta fue lo más parecido al gruñido que hace un perro cuando ve amenazado su bol de pienso.

Sorprendida pero no perpleja, la camarera, que ya se habría topado con algunos clientes que reaccionarían igual, se alejó de la mesa de Mina justo en el instante en que parecía que las tropas del ejército japonés invadían el hotel.

Eso sí, era un ejército con un uniforme más bien extraño: amplias viseras de plástico para las mujeres, cámaras de último modelo para los hombres.

Como un torbellino, los recién llegados rodearon el bufé y, sin separarse los unos de los otros, llenaron platos y bandejas como si no tuvieran qué comer en todo el día y dejaron la mesa absolutamente vacía.

Mina soltó un suspiro al pensar en que había acertado al llegar al comedor unos minutos antes que los japoneses. Tardarían un rato en reponer todo lo que había desaparecido y, por la cara que pusieron los camareros, eso era el pan de cada día. Sin embargo, Mina no pudo sentirse reflejada en el comportamiento de aquel grupo de gente. Miró su plato y miró el de los japoneses y cómo se lo comían todo a toda prisa, como si no hubiera un mañana.

Al ver que se estaba comportando como una turista cualquiera, algo que tenía claro que no era, Mina se detuvo un instante y, aunque se comió todo lo que había cogido del bufé, lo hizo con orden y cuidado. Se tomó su tiempo y disfrutó de cada bocado, que, aunque no tuviera nada que ver con la comida que Salvo le había hecho descubrir el día anterior, estaba para chuparse los dedos.

Cuando terminó, mucho rato después de que el grupo de japoneses se fuera y llegara uno de americanos, Mina salió del comedor y emprendió el camino de la salida; se sentía mucho más tranquila que el día previo.

Pero, para su sorpresa, se quedó igual de perpleja que la mañana anterior. Aunque no esperaba encontrarse con Salvo hasta dentro de una hora en la Piazza Navona, él estaba ahí. Sin embargo, lo que más la sorprendió no fue que estuviera esperándola en la calle, sino cómo estaba.

Había dejado su ropa cómoda y su libro manoseado y lucía un sencillo pero elegante traje azul con una corbata granate.

—Buenos días, Mina —exclamó nada más verla.

Mina no pudo evitar reírse por la sorpresa, ya que Salvo lucía aquel traje con tanto orgullo como si lo hiciera cada día.

—Su carroza la espera —siguió Salvo haciéndose a un lado y dejando ver una Vespa azul celeste aparcada justo detrás de él.

—¡No puede ser!

—Pues lo es.

Mina se acercó a observar tanto a Salvo como a la motocicleta.

—Es igual que la de la peli —dijo aún con sorpresa—, y tú te has vestido como Gregory Peck.

Salvo hinchó el pecho con orgullo.

—¿Cómo lo has conseguido en una sola noche? —le preguntó Mina sin poder acabar de creérselo.

—Bueno —dijo Salvo aclarándose la garganta—, no quiero quitarme méritos, pero solo es un traje y una moto.

—Ya, pero... pero...

Sin tener palabras para poder expresar lo que sentía en aquel momento, Mina se lanzó a los brazos de Salvo y le dio un sentido beso en la mejilla.

—Gracias.

—De na-nada —tartamudeó Salvo tocándose la mejilla después de que Mina se apartara de él.

—¿Vamos? —preguntó ella emocionada.

—Primero, dame un segundo —la detuvo él—; tengo un regalo para ti.

Y, sin mayor ceremonia, le dio un pañuelo.

—¿Un pañuelo?

—Como Audrey Hepburn.

Mina cogió el pañuelo y se lo ató al cuello, como la actriz belga en la película de 1953.

—Es todo un detalle —dijo agradecida. Mirándose en el reflejo del escaparate de una tienda, añadió—: Además, ahora que me fijo, voy vestida de forma muy similar.

—Cierto —afirmó Salvo—. Si quieres que te diga la verdad, cuando cogí el pañuelo esta mañana, no esperaba encontrarte vestida como Audrey Hepburn. ¿Seguro que no lo has hecho adrede? —la interrogó exagerando sus gestos como si le estuviera haciendo un tercer grado.

Mina no respondió. En ese instante no podía sacarse de la cabeza lo que había hablado con Martina la noche anterior. Salvo no dejaba de sorprenderla cada día, y parecía ser así. No exageraba para quedar bien con ella; era, simple y llanamente, un detallista.

—¿Lista para vivir unas vacaciones en Roma? —preguntó Salvo montándose en la Vespa a la vez que daba palmadas a la parte trasera del asiento de la motocicleta.

—Sí, pero no puedo creerme que vaya a hacerlo —respondió Mina emocionadísima justo un instante antes de que Salvo arrancara la moto y ambos salieran disparados.

Demostrando que aquella era su ciudad, y adoptando el estilo de conducir más habitual en la capital italiana, Salvo empezó a recorrer las

calles zigzagueando entre el tráfico mientras Mina solo podía ahogar un grito tras otro a su espalda. Por su cabeza pasó la idea de que Audrey Hepburn se hubiera asustado mucho yendo de paquete de Gregory Peck, pero la alocada manera con la que Salvo volvía a cruzar el Tíber hacia la Piazza del Popolo le impidió profundizar en ese pensamiento.

Desde la plaza, en lugar de coger Via del Babuino, Salvo giró por Via del Corso, a la que se incorporó dando fuertes bocinazos. En cualquier otra ciudad europea, aquel comportamiento hubiera sido tachado como propio de un energúmeno; sin embargo, en Roma era diferente. Ahí el claxon servía para anunciar que uno se estaba moviendo; aquellos estridentes ruidos no desembocaban en una acalorada discusión, sino en la manera habitual de comportarse en la carretera.

—¿Sabes una cosa, Salvo? —exclamó Mina al oído de su conductor—. Creo que ya no me gusta tanto la idea de la Vespa.

Salvo se rio.

—No seas boba, esto es lo más normal —respondió el italiano girando bruscamente para pasar entre un camión de la basura y un deportivo italiano.

Con la sacudida, Mina no pudo controlar un grito que salió de su garganta.

—Aguanta un poco más, que ya llegamos a la siguiente parada —le advirtió Salvo.

—Dime que es cierto —susurró Mina con los ojos cerrados.

Tras unos cuantos minutos más haciendo lo que en Barcelona se hubiera denominado *el loco en la carretera*, Salvo dejó Via del Corso, giró un par de veces y pegó tal frenazo que Mina le golpeó con la cabeza en mitad de la espalda.

Salvo lanzó un grito de dolor.

—Vigila, que me vas a partir la columna —protestó frotándose el lugar en el que le había golpeado Mina.

—Conduce mejor y nadie se va a partir nada —respondió ella bajando de golpe de la moto, casi con la intención de besar el suelo.

Él también se bajó y puso la pata de cabra para que la moto se aguantara por sí sola en pie.

—¿Dónde estamos? —preguntó Mina.

—Ayer me dejaste en evidencia en la Piazza de Spagna y hoy no sabes dónde estamos —dijo Salvo cogiéndola del brazo y haciéndola avanzar hasta que salieron de la calle a una zona más abierta.

Aunque ya conocía el lugar, Mina no pudo dejar de asombrarse al ver aparecer la Fontana di Trevi ante sus ojos. En medio de los callejones estrechos de Roma surgió aquella mole de mármol como un iceberg en mitad de un océano. Aquella maravilla escultórica, tras siglos de haber sido diseñada y esculpida, seguía siendo una de las atracciones de la ciudad, algo más que justificado.

—Salvo, permíteme que te diga que sabes cómo hacerlo para que una chica no se enfade contigo por tu forma de conducir —afirmó Mina—, aunque vuelve a conducir como un loco y te juro que vas a acordarte de mí toda la vida.

—Te puedo asegurar que lo haré de todas formas —respondió hábilmente él.

Al principio Mina no comprendió la respuesta, pero enseguida captó el cumplido velado que le había soltado Salvo sin más.

—Muchas gracias —respondió ella apenas sin palabras.

—De nada, me lo has puesto demasiado fácil —dijo él guiñándole un ojo.

Mina no añadió nada más mientras empezaba a pasear por la calle escalonada que rodeaba la fuente, lista para que todos los visitantes pudieran observar aquella obra de arte.

—Bueno, supongo que ya sabrás qué se viene a hacer aquí, en Trevi, ¿no? —dijo Salvo mientras paseaba al lado de Mina.

Ella se encogió de hombros.

—¿Ver la fuente?

Salvo sacudió la cabeza.

—¿Pasear?

Salvo volvió a negar con la cabeza.

—¿Enamorarse? —preguntó Mina sin darse cuenta de lo que acababa de decir, sin que su cerebro hubiera controlado sus labios.

—Puede que también se incluya, pero no.

—Entonces, ilumíname, por favor.

—A la Fontana di Trevi se viene a pedir un deseo y a comer helado —respondió con una sonrisa perfecta el Gregory Peck improvisado en el que se había convertido Salvo.

—No creo en los deseos de las fuentes —sentenció Mina.

—Hoy vas a hacerlo.

Sin dejar que Mina protestara o se negara, Salvo la llevó a comprar un helado en una tienda de la plaza. Tras pedir uno de vainilla para cada uno, con el cambio regresaron a la zona más cercana a la fuente.

—Muy bien —anunció Salvo dándole una moneda a Mina; él se quedó otra y el resto se lo guardó en el bolsillo—, te pones de espalda, tiras la moneda y pides un deseo, sin decirlo en voz alta. Si no oyes el chapoteo de la moneda al caer, es que se cumplirá.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque los hados la habrán cogido a cambio de cumplir tu deseo.

—¿En serio? —preguntó desconfiada Mina.

—No seas tonta —la reprendió Salvo—, tira la moneda y pide un deseo. ¿Qué puedes perder?

—Tu moneda —respondió ella.

—Pues puedes perderla.

Mina lo miró y después observó la moneda, y aunque aquello no acababa de entrar en su cabeza, se dispuso a lanzarla; pero cuando estaba a punto de hacerlo, Salvo la detuvo.

—No me importará malgastar la moneda si pides un deseo de corazón.

Mina volvió a mirarlo. Aunque lo conocía desde hacía muy poco tiempo, se sorprendió de la seriedad con la que hablaba su nuevo amigo.

—De acuerdo.

—Vale, lo haremos a la vez.

Ambos miraron su moneda, en su mente seleccionaron el deseo y la lanzaron a la vez por encima de sus cabezas, de espaldas a la fuente, mientras pronunciaban para sus adentros el deseo.

Instintivamente, Mina fue a girarse a ver dónde caía.

—No, no —la detuvo Salvo—, no vale mirar.

Tras unos segundos, Salvo preguntó:

—¿La has oído?

La verdad era que ninguno de los dos la oyó caer; sin embargo, habían hablado tras tirarla y estaban rodeados de gente, así que tampoco fue una sorpresa que no pudieran oír el sonido de la moneda al caer dentro del agua.

—Creo que no —respondió Mina rompiendo una lanza a favor de Salvo—. ¿Se cumplirá mi deseo?

—Probablemente —contestó Salvo—, pero al menos hay premio de consolación.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es?

—Todos aquellos que tiran la moneda y piden un deseo regresan a Roma.

Tras la explicación de Salvo, Mina no pudo reprimir un cumplido a la altura del que él le había regalado a ella justo después de bajar de la Vespa.

—Mientras sigas en Roma, seguro que regreso.

XII

Conduciendo más tranquilamente la Vespa, algo que Mina agradeció, Salvo cruzó las calles más concurridas que salían de la Fontana di Trevi en dirección al Tíber. Aunque iban en moto y nadie protestaba, la sensación que tenía Mina era que estaban yendo por calles por las que los vehículos a motor tenían prohibido el paso; sin embargo, eso no parecía preocupar ni a romanos ni a turistas.

Pasando junto al templo de Adriano y a la iglesia de Santa Maria Maddalena, como había sucedido con la Fontana, las estrechas calles se abrieron ante los ojos de Salvo y Mina, y frente a ellos apareció la Piazza Navona y sus tres increíbles fuentes.

—Ya hemos llegado a donde habíamos quedado en encontrarnos — anunció Salvo al entrar en la plaza.

En ese momento, Mina creyó que Salvo detendría la moto, pero el italiano dio una vuelta entera a la plaza lentamente para que Mina pudiera disfrutar de ella y concentrara sus fuerzas en la vista.

—¿Vas a dejarme bajar? —bromeó Mina cuando terminaron de dar la vuelta y se acercaron de nuevo a la Fontana del Nettuno, la primera que habían visto al entrar en la plaza.

—Como quieras... —respondió Salvo aminorando la marcha.

Confiada, Mina hizo el gesto de bajar de la moto aprovechando que iban tan despacio, pero justo cuando quedaban un par de centímetros para que sus pies tocaran el suelo, Salvo dio gas y aceleró.

—¡Salvo! —exclamó Mina agarrándose a la cintura de su amigo con fuerza.

—Aún podemos dar otra vuelta —añadió Salvo sonriendo con malicia.

Tras el grito que pegó Mina al ver que casi salta en marcha de una moto, toda la gente que había en la plaza se giró a mirarlos. Tras comprender que era una broma, la mayoría creyó que estaba frente a un par de artistas callejeros que se convertían en Audrey Hepburn y Gregory Peck para los turistas y aplaudieron cuando pasaban a su lado.

—Has conseguido que todos se fijen en mí —protestó Mina, poco aficionada a ser el centro de atención.

—En eso no te hace falta ayuda.

—¿Me lo tomo como un cumplido o no?

—Como tú quieras —respondió Salvo encogiéndose de hombros mientras proseguía su segunda vuelta triunfal por la Piazza Navona.

Tras el numerito con la moto, Salvo la detuvo y dejó que Mina campara libremente entre las fuentes y disfrutara de ese arte que la había llevado a sacarse un doctorado. Sin embargo, el paseo fue breve, ya que la gente, al ver que se detenían, empezó a hacerles fotos y a pedirles que salieran con ellos en las suyas.

Dejando atrás la Piazza Navona y a la gente que los saludaba, Salvo y Mina no tardaron demasiado en detenerse de nuevo, esta vez frente al Panteón. En aquel lugar, queriendo o no, Mina sacó su talento como historiadora del arte y empezó a hacer de guía para Salvo.

—Suerte que estás de vacaciones, parece que estés trabajando.

—Lo siento —respondió ella sonriente—, estoy en mi terreno.

Y así fue como el guía se convirtió en turista y la turista en guía, ya que, tras el Panteón, la operación también se repitió en todos los lugares por los que pasaron: el Altare della Patria, el Museo Capitolino, el Foro Romano y, como no podía ser de otro modo, el Coliseo.

A la gran construcción romana llegaron de la mejor forma posible, cruzando el Foro a través de la arboleda que rodea la Via Sacra, que va del Arco de Tito al de Constantino.

—Aunque he estado cientos de veces frente a él, cada vez que lo veo me impresiona como el primer día —confesó Salvo extasiado.

—Pues será que el Altare della Patria no es grande.

—No es por su tamaño —respondió Salvo—, sino por todo lo que ha soportado.

—Pues como muchos otros monumentos —respondió Mina, lista para enumerar todos aquellos más antiguos que el Coliseo.

—No me refiero al tiempo que llevan en pie, sino cómo lo hacen —explicó Salvo—. Ya has podido comprobar que yo de arte sé más bien poco, y lo que sé es a raíz de mis estudios de arquitectura. Sin embargo, el hecho de que el Coliseo todavía siga en pie casi por completo, soportando guerras, su uso como cantera y todo eso... ¡Ufff! Me impresiona.

Mina sonrió.

—Vamos dentro, entonces —dijo empujándolo para que volviera a arrancar el motor y poder acercarse más al monumento.

Para la visita, como hasta entonces, no hizo falta la audioguía. Aunque la Antigua Roma no era su especialidad, el arte en general la había fascinado desde pequeña, así que conocía la suficiente historia como para entretener a aquellos que viajaran con ella, en este caso, Salvo.

Aunque no hace falta entrar en el Coliseo para sentirse impresionado por su tamaño, siempre es un valor añadido descubrir sus tripas, merodear por los pasillos que van por debajo de las gradas, caminar por donde los romanos libres lo hacían, así como por donde pasaban los esclavos y gladiadores. A pesar de que no había espectáculos en su interior, si se tenía un poco de imaginación, era como viajar en el tiempo.

Cuando salieron y se montaron en la Vespa una vez más, antes de que Salvo arrancara, Mina lo cogió por el brazo y dijo:

—¿Sabes dónde quiero ir?

Salvo se encogió de hombros.

—A las termas de Caracalla.

Salvo soltó un resoplido.

—Eso está muy lejos y tampoco es para tanto.

—Y tanto que lo es —le reprochó Mina—, lo que ahí se conserva es único en el mundo.

—¿En serio?

—No protestes —le recriminó ella—. He sido tu guía todo el día por donde has querido llevarme... Tampoco es para tanto ir a las termas, ¿no?

Salvo la observó de reojo por encima del hombro. Al mirarla directamente a los ojos fue como si la conociera de toda la vida, y no pudo llevarle la contraria.

—Vale, vamos a las termas —accedió al fin a la vez que arrancaba la Vespa.

Tras un paseo por la Via Claudia, rodeados por más restos de la Antigua Roma, llegaron a las termas, donde, como había sido la tónica durante el día, Mina se ocupó de dar las explicaciones pertinentes a Salvo.

Nunca se había planteado ser guía de un museo o algo por el estilo, aunque aquella era la salida habitual para los más afortunados historiadores del arte. Sin embargo, ahora que se encontraba en Roma explicando lo que siempre le había gustado, esa idea cruzó por su mente como algo más que interesante y probable. Y además no se le daba mal, ya que no solo había

conseguido captar la atención de Salvo, que se comportaba como el más atento de los alumnos, sino que también se había unido a ellos un pequeño grupo de turistas españoles.

Tras un buen rato paseando por las termas, Salvo miró su reloj y, señalando la esfera, miró a Mina.

—¿Ya?

—Eso me temo —respondió Salvo—, tengo que devolver la Vespa.

—De acuerdo.

Al enterarse de que aquella magnífica guía se despedía de ellos, los turistas soltaron un «Oooh», pero terminaron abrazándola, dándole las gracias y diciéndole que si quería repetir como guía que les llamara.

Cuando la motocicleta arrancó, Salvo, en lugar de volver hacia el centro de Roma, cogió la carretera que pasaba junto al Circo Máximo, donde una larga fila de árboles se movía con el vaivén de una agradable brisa que soplaba a aquella hora de la tarde en la que el sol se ocultaba tras el horizonte.

Mina cerró los ojos, se cogió fuerte a Salvo y echó la cabeza hacia atrás para que su cabello se moviera libre al ritmo del viento.

—¿No ves que a esta velocidad el viaje es mucho más agradable? —preguntó después de liberar su mente de todos los pesares que pudiera haber en ella.

Salvo no respondió.

—Así me gusta más —prosiguió Mina—; se puede disfrutar del paisaje con el Circo Máximo a un lado y el Palatino a otro.

Salvo sonrió, pero siguió sin abrir la boca.

—Un final perfecto para un día perfecto —afirmó Mina feliz.

Salvo sonrió sonoramente y esta vez sí que respondió:

—Todavía no hemos terminado.

—¿Ah, no? —preguntó Mina sorprendida.

—No.

Mina lo observó con atención intentando averiguar, a través de los gestos de su acompañante, a dónde se dirigían.

—¿A dónde me llevas, Salvo?

—No, no, no... Es una sorpresa.

—Pero si no me lo dices, no puedo prepararme para seguir haciéndote de guía —protestó falsamente Mina, a ver si con ello conseguía hacerle confesar.

—No conseguirás sacarme nada —respondió él—. Hoy he podido comprobar que sabes ir muy bien sobre la marcha.

—Dame una pista —insistió ella sacudiéndolo con suavidad por la cintura.

—No está lejos —respondió Salvo.

Viendo que no sería capaz de sonsacarle nada más y que no tardarían en llegar, Mina guardó silencio y centró toda su atención en imaginar hacia dónde iban, a ver si de aquella manera podía averiguar cuál sería la última parada de la ruta de aquel día.

—Ya hemos llegado —anunció Salvo.

Sin embargo, Mina no supo decir dónde se encontraban. Estaban en una plaza con una iglesia a la derecha y una zona ajardinada con un templo romano a la izquierda.

—¿No sabes dónde estás? —preguntó en tono victorioso Salvo.

Mina negó con la cabeza.

—Mira, aquella construcción romana es el templo de Ercole Vincitore y la iglesia es Santa Maria in Cosmedin —explicó antes de hacer una pausa. Después añadió—: ¿Sigues sin saberlo?

Cuando Mina volvió a negar con la cabeza, Salvo no pudo contener la risa.

—Después de dos días he conseguido traerte a un sitio que no conoces, y eso que dijiste que era una de tus películas favoritas.

Al escuchar aquellas palabras, la mente de Mina, que había estado dándole vueltas al lugar en el que se encontraba, empezó a atar cabos. Siguiendo una intuición, la chica saltó de la Vespa y salió corriendo hacia la iglesia y la vio...

—¡La Bocca della Verità! —exclamó Mina, no emocionada, sino exultante.

Sin prácticamente esperar a Salvo, que seguía aparcando la moto, Mina continuó adelante dispuesta a revivir la escena más conocida de la película que tanto le gustaba.

—Tranquila, todavía no han cerrado —protestó Salvo acercándose a ella.

Cuando estuvieron juntos entraron y, para su sorpresa, no había cola. Aquella hora de la tarde, fuera de la temporada de verano, les había brindado la oportunidad perfecta de estar frente a la Bocca sin miedo a ser abucheados por el resto de visitantes si se entretenían más de la cuenta.

—Ya sabes que la Bocca della Verità se hará con la mano de aquellos que mientan —explicó Mina.

Salvo respondió tragando sonoramente saliva:

—Tendré que ir con cuidado —confesó con una sonrisa.

Una vez al lado de aquella enorme pieza circular de mármol, los dos miraron asustados al orificio que hacía de boca del hombre que había representado.

—Tú primero —dijo Mina.

—No, tú primero, por favor —respondió.

Mina fue a responder, pero sabía que ella sería la primera; Salvo insistiría hasta que lo hiciera. Así que, armándose de valor, aunque no sabía frente a qué, Mina metió la mano en la Bocca della Verità.

Durante los primeros segundos no pasó nada; ella sonreía nerviosa, pero nada más. Sin embargo, de repente Salvo vio cómo la expresión de su cara cambiaba por completo a la vez que lanzaba un sonoro grito de dolor.

—¿Qué pasa?

—No-no puedo sacar la mano —respondió ella entre sollozos.

—¿En serio?

—Claro, ¿crees que me pondría a gritar así porque sí?

—Vale, vale —respondió él nervioso.

—Echa un vistazo por si puedes ver algo.

Salvo no dudó ni un instante. Decidido, se agachó dispuesto a mirar dentro de la boca de aquel hombre que estaba a punto de arrebatarse la mano a Mina.

Pero, cuando estaba a pocos centímetros del orificio, Mina sacó la mano y se la enseñó a la vez que le gritaba al oído:

—¡Bu!

Salvo pegó un brinco hacia atrás asustado y se cayó de culo en el suelo empedrado de la entrada de la iglesia, mientras que el vigilante, que había salido alarmado por los gritos de Mina, dudaba entre reírse o echarle la bronca. Sin embargo, a aquellas horas de la tarde, y después de una dura jornada de trabajo, alzó el pulgar y saludó a Mina mientras la felicitaba por la broma.

Con la misma mano que había fingido perder, Mina ayudó a Salvo a levantarse mientras hacía intentos por contener la risa.

—Muy graciosa —le reprochó Salvo sintiendo la misma duda que había sentido el vigilante—, me has pillado.

Sin embargo, al verla sonreír de una manera tan perfecta, Salvo no pudo más que unirse a ella y, juntos, rodeados por el buen humor, salieron de la iglesia y se acercaron a la Vespa, que estaba aparcada al lado del templo de Hércules.

Pero, cuando llegaron ahí, en lugar de acercarse a la moto, Salvo se dirigió hacia un banco de piedra que había junto al templo, a la sombra de un par de pinos.

—Descansemos un rato —dijo sentándose.

Con calma, se aflojó el nudo de la corbata que había mantenido estoicamente prieto todo el día, se quitó la americana y se sacó a tirones la camisa de dentro de los pantalones.

—Veo que no aguantas más —afirmó Mina al verlo.

—Lo siento, pero, por mucho que quiera, no soy Gregory Peck —respondió él con una sonrisa.

Mina se sentó a su lado y apoyó la cabeza en el hombro de Salvo.

—Yo también estoy reventada —confesó en un suspiro.

—Normal, no hemos parado en todo el día.

La respuesta de Mina fue una risa cansada.

—Pero —siguió Salvo— ha valido la pena, ¿no?

—Por supuesto —respondió ella—, uno de los mejores días de mi vida.

—¿Sí? —preguntó sorprendido él.

—Al menos uno de los más divertidos —aseguró Mina y, jocosamente, añadió—: Espero que no hayas tenido a un fotógrafo siguiéndonos todo el día.

Salvo pareció no comprender.

—¿Cómo? No... ¿Un fotógrafo? ¿Para qué iba a tener un fotógrafo siguiéndonos? —preguntó perplejo.

Al oír aquellas palabras, Mina alzó la cabeza y lo miró.

—Es una broma —contestó—, como en la peli.

Salvo le regaló una expresión de incomprensión, con las comisuras de los labios hacia abajo y la ceja izquierda alzada.

—Habrás visto la película, ¿no? —le interrogó Mina.

—¿Cuál? —preguntó Salvo mordiéndose el labio inferior y abriendo los ojos de par en par.

—¿Cuál va a ser? *Vacaciones en Roma*.

Salvo no se atrevió a responder, pero, por su gesto, Mina comprendió que su respuesta era negativa.

—¿No? —exclamó ella.

Él sacudió la cabeza.

—Y ¿cómo has pensado en todo lo de hoy? ¿El traje, el pañuelo, la Vespa, la Bocca?

—Wikipedia —respondió él en un susurro.

—¿En serio?

Salvo asintió.

Mina dudó durante unos segundos, pero enseguida tuvo la respuesta adecuada, aunque sonó más como una orden:

—Pues ya estás buscando un cine donde la den.

—Sería una excelente idea, pero siento decirte que, por mucho que la peli pase en Roma, dudo que la estén proyectando a todas horas en los cines.

—Pues vaya —se lamentó Mina—, me gustaría verla contigo.

Salvo no pudo evitar ver la expresión de decepción en los ojos de Mina, así que pensó en una alternativa.

—Bueno, tengo una idea mejor —afirmó.

—¿Cuál?

—A esta hora aún habrá alguna tienda abierta —explicó Salvo—, la compramos y la vamos a ver a mi casa, y de paso cenamos de una forma más económica, que después de tanto restaurante y puestos de helados me estoy quedando sin un euro.

Mina sonrió agradecida por el esfuerzo de Salvo, pero a la vez dudó de su propuesta.

«¿Intentará aprovecharse de mí?», se dijo para su fuero interno.

—Dime, ¿qué te parece? —preguntó Salvo.

Mina lo miró; aquellos ojos expresaban bondad. Podía confiar en él. Además, no pudo evitar recordar el consejo que Martina le había dado el día anterior: «Disfruta».

—De acuerdo, vamos a por ella —respondió animadamente Mina levantándose y dirigiéndose a la Vespa.

* * *

A pesar de lo cansada que estaba, cuando Mina cruzó la puerta de su habitación, sabía que tenía que llamar a Martina. Por un lado, temía los

comentarios de su amiga; por otro, tenía la necesidad de contarle a alguien lo que había sucedido, y a quién mejor que a ella.

Aunque al principio había dudado, aceptar la propuesta de Salvo para ir a cenar a su casa fue lo mejor que pudo haber hecho para terminar aquel día. Comieron algo sencillo y después se sentaron en el sofá a ver *Vacaciones en Roma*. El agotamiento y el hecho de que Salvo no la hubiese visto hizo que ambos se quedaran ensimismados frente a la pantalla, dirigiéndose poco más que un comentario o una sonrisa al ver que ese mismo día ellos habían hecho algunas de las cosas que hacían los protagonistas. Por lo que, cuando apareció el conocido THE END, Mina se sobresaltó al ver la hora que era.

—¡Qué tarde es! —exclamó.

—Ni que fueras Cenicienta —bromeó Salvo mirando su reloj.

—No es por la hora, pero tengo que regresar al hotel —afirmó Mina.

En aquel momento, en su interior, la chica pensó que Salvo propondría lo más obvio: que se quedara a dormir en su casa; sin embargo, no fue así.

—¿Quieres que te lleve en la Vespa? —preguntó.

Mina abrió los ojos de par en par por la sorpresa y se tapó la boca con ambas manos.

—¡Es verdad, la moto! ¿No tenías que devolverla?

—Eso era una bola, la he alquilado para una semana —respondió Salvo tranquilizando a su nueva amiga—. ¿Verdad que me dijiste que estarías una semana?

Mina asintió más tranquila y añadió en tono jocoso:

—¿Y durante una semana irás con traje?

—Ni por asomo, pero podemos utilizar la Vespa tanto como quieras —respondió Salvo horrorizado al imaginarse tener que llevar aquel traje durante una semana—, como ahora para ir hasta tu hotel, por ejemplo.

Y aunque Salvo la llevó al hotel, cuando Mina llegó a su habitación, el agotamiento acumulado, que no había aparecido por los nervios y la emoción, rebosó de su cuerpo de golpe.

Tirada en la cama de cualquier manera, hizo un esfuerzo para marcar el número de Martina, giró la cabeza y apoyó el teléfono sobre la sien, esperando que el auricular y el micrófono funcionaran bien sin que ella tuviera que sostener el aparato.

—Bueno, bueno, bueno, mira quién llama —soltó Martina cuando respondió.

—Hola, Martina.

—Sí que llamas tarde hoy, ¿no? Seguro que tendrás algo interesante que contarme, ¿verdad? —preguntó con malicia.

—No es lo que tú te crees —gruñó Mina.

—Pues entonces, ¿por qué estas horas?

—He cenado fuera.

—¿Con Salvo?

—En su casa.

—¿En serio? Es el segundo día que vas con él y ya has llegado a su casa.

—Sí, pero...

—Y ¿se ha aprovechado de ti? —la interrumpió Martina.

—¡¿Qué?! ¡No! —respondió Mina.

—Pues es tonto —sentenció su compañera de piso.

—No, claro que no lo es —le reprochó Mina—. Lo que es, principalmente, es atento.

—¿Atento?

—Pues sí, hoy mismo, sin ir más lejos, Salvo ha...

Como si le contara el argumento de una peli, una que se parecía mucho a la que había visto con Salvo hacía apenas unas horas, Mina le detalló con pelos y señales todo lo que había sucedido en su segundo día en Roma: desde la sorprendente aparición de Salvo en Vespa hasta la sesión de cine casera, pasando por los lugares que habían visitado y cómo lo habían hecho.

—Pues me sorprende que no haya intentado aprovecharse de ti —dijo Martina cuando Mina acabó su relato.

—¿Por qué lo dices?

—Después de lo que ha hecho hoy, te tenía a tiro; creo que le hubiera sido facilísimo hacerlo —respondió Martina—. Sin embargo, ni lo ha insinuado; simplemente te ha llevado hasta el hotel. No sé si es que has encontrado al único caballero que queda en el mundo o es gay.

—¡No! —exclamó Mina alarmada.

—¿Esa respuesta melodramática es porque no quieres que sea un caballero o que no sea gay?

—Por lo de ser gay —respondió Mina—, y no he sido melodramática.

Martina no pudo evitar reírse.

—¿Te ha dado algún motivo para hacerte creer que no es gay? —preguntó.

—Bueno, no tiene pluma.

—¡Por Dios, Mina, pareces tonta! No todos los gais tienen pluma —le espetó su compañera de piso.

Mina no quiso responder. No obstante, en su cabeza empezó a darle vueltas a la posibilidad que le había planteado su amiga. ¿Podría ser que Salvo fuera gay y por eso parecía desaprovechar las oportunidades de acercarse a ella? Sin embargo, un recuerdo del día anterior le vino a la mente como un relámpago.

—Salvo no es gay —afirmó confiada.

—¿Ah, no? ¿En qué te basas? —preguntó su amiga.

—Ayer mismo, cuando fuimos a almorzar al restaurante de su amigo Pietro, sin él saber que yo entendía el italiano, le preguntó si yo era su última conquista del ferri.

—Eso me vale, ya que, además de decirnos que no es gay, también nos dice que lo de ligar en el ferri es relativamente habitual... Aún no pierdo la esperanza.

—¿Para qué no pierdes la esperanza? —preguntó Mina extrañada.

—Para que se aproveche de ti —respondió con sorna su amiga.

—Cuando quieres, eres de lo que no hay —le soltó Mina imaginándose a su amiga frotándose las manos maliciosamente.

Después de aclarar que Salvo, por raro que pareciera, todavía no había intentado acercarse a ella porque era un caballero, Mina y Martina llevaron la conversación hacia otros temas menos interesantes, al menos en opinión de la que hablaba desde Barcelona, que iban del exceso de turistas de Roma a la forma de conducir de los romanos, Salvo incluido.

Justo antes de colgar, Martina, en tono sereno y sin bromear, dijo:

—Me gusta que lo estés disfrutando de verdad, sin planear nada.

Mina no pudo evitar sonreír agradecida y respondió:

—Solo sigo tu consejo.

XIII

Tras varios días a lomos de una Vespa, Mina dejó de ser aquella turista despistada que no sabía exactamente qué iba a visitar o, al menos ver, para convertirse en algo completamente diferente. Una romana no, eso sería decir demasiado, al igual que tampoco una italiana; sin embargo, podía decir que era alguien que vivía en Roma, que era de aquella ciudad y que lo sentía.

Incluso, para su sorpresa, al tercer día ya se atrevió a ponerse al manillar de la motocicleta, sustituir a Salvo a los mandos de la ruta guiada y adentrarse en el salvaje tráfico de la capital italiana. Aunque, siendo sinceros, la experiencia duró poco. Cuando, tras un par de viajes, descubrió que tenía el cuerpo tan entumecido y sudado a causa de los nervios, prefirió seguir viajando de paquete.

—Pero si lo hacías muy bien —dijo Salvo mostrando sinceridad en sus palabras.

—Ya-ya lo-lo... sé —tartamudeó orgullosa Mina—, pero si ya me cuesta conducir por Barcelona, imagínate aquí con este tráfico.

—Pues suerte que no hemos ido a Nápoles.

—¿Por?

—Porque es aún peor —respondió—; cuanto más al sur, peor se conduce.

Mina puso cara de espanto, lo que hizo reír a su acompañante.

—¿Quieres que vayamos? —preguntó él.

—¿A dónde?

—A Nápoles.

Ella respondió con la misma cara de horror.

—No te preocupes, iremos en tren.

Mina respiró aliviada, pero, aunque hubiera tenido que conducir ella, habría merecido la pena.

Nápoles no estaba en sus planes debido a su eterna fascinación por el arte del Renacimiento; siempre había mirado Italia de Roma hacia arriba, pocas veces se había fijado en el sur. Y, por lo que vio, Salvo tampoco lo había hecho demasiado.

En realidad, el joven romano nunca había visitado Nápoles, y lo demostró cuando salieron de la estación del tren y no sabía si ir hacia la izquierda o la derecha.

Mina le puso una mano en el hombro para que no se sintiera mal.

—Tranquilo, tengo la solución —dijo a la vez que sacaba de su bolsa una pequeña guía de viaje de Nápoles.

—Pero... ¿Cómo...?

—Una, que es previsora —respondió Mina sonriendo e interrumpiendo a Salvo.

A partir de este punto, podríamos relatar lo que visitaron y lo que no de la ciudad, qué y cómo lo hicieron, así como dónde comieron. Sin embargo, Nápoles es una de aquellas ciudades que uno debe conocer con sus propios ojos, como descubrieron Mina y Salvo cuando se dieron cuenta de que la guía que ella había comprado servía para poco más que como mantel mientras comían una *pizza* en uno de los pocos rincones sombríos de la ciudad.

—Al final, la guía no nos ha servido para mucho —afirmó Salvo señalando con la cabeza el librito que Mina tenía sobre el regazo mientras se terminaba su porción de *pizza*.

—Bueno, al menos nos ha dicho por dónde empezar —respondió ella con una sonrisa.

Salvo no pudo negarlo y, alzando la cabeza, miró a su alrededor y preguntó:

—Y ahora ¿qué?

Para sorpresa de Mina, aquellas palabras que tanto la habían frustrado después de defender su tesis y antes de marcharse de viaje sonaban completamente distintas en boca de Salvo. Aquella pregunta se había convertido en el prelude de una nueva aventura, un nuevo episodio de aquella extraña y emocionante experiencia que estaba viviendo desde que había embarcado en el ferri y había conocido a uno de los camareros que trabajaban allí.

Mina se encogió de hombros. Se hubiera levantado, pero tenía las piernas molidas; llevaban toda la mañana andando, con la extraña sensación

de que estaban dando más vueltas de las necesarias, así que su respuesta fue obvia.

—Descansemos un poco.

—¿Descansar?

—Sí, ¿por qué no?

—¿Y si nos dejamos algo por ver?

—Y me lo pregunta el que ha venido sin ni tan siquiera buscar en internet «qué ver en Nápoles» —le reprochó Mina con una sonrisa.

—Bueno, pero...

—No te preocupes, la ciudad no se va a mover —afirmó Mina—; ya tendremos tiempo de volver.

«¿Tendremos? ¿Ahora hablo en plural y me uno a Salvo en los tiempos verbales?», se dijo Mina al darse cuenta de lo que acababa de decir. No podía negar que cada vez se sentía más unida a Salvo. Sin embargo, todavía no sabía cómo ni en condición de qué, así que prefirió no darle demasiadas vueltas al tema.

Sin decir nada, se fijó en que Salvo había empezado a rebuscar en el interior de la mochila que había llevado colgada a la espalda todo el día.

—¿Qué buscas? —preguntó curiosa.

Al principio, él no respondió, pero cuando encontró lo que estaba buscando, lo sacó de la mochila.

—Esto —confesó mostrando la edición manoseada y gastada de *Lo scudo di Talos*—. Ya que descansaremos, aprovecharé para leer un rato.

Mina lo observó mientras él abría las páginas de aquel libro, que parecían estar a punto de desprenderse de su lomo.

—¿Me permites una pregunta?

Salvo alzó la cabeza y asintió.

—¿Qué historia hay tras este libro? —preguntó Mina.

Como respuesta, Salvo mostró la mejor y más sincera de sus sonrisas.

—Es una tontería.

—No lo creo que lo sea; si no, no llevarías este libro a todas partes.

Salvo se rascó la cabeza mientras en su interior daba vueltas a si contar algo que él siempre había considerado muy íntimo.

—Vale, pero ya verás que no tiene importancia —dijo. Mina no respondió, así que él prosiguió—: Cuando era pequeño, bastante pequeño, no debía tener más de cinco o seis años, fui con mis padres a una librería. Ellos querían que escogiera algún libro, pero para mi edad. Sin embargo, yo me fijé

en este. No sé si me llamó la atención la cubierta, los colores, el título o incluso dónde estaba. Si quieres que te diga la verdad, no lo recuerdo; lo sé porque mis padres me recuerdan la historia cada dos por tres —explicó entre risas—. Aunque ellos querían hacerme entender que este libro no era para mi edad, yo me obsesioné en tenerlo, así que decidieron comprarlo junto con otro más adecuado. Como dice mi madre, «al fin y al cabo, un libro nunca molesta». —Hizo una pausa mientras observaba a la gente que andaba a su alrededor—. Este libro siempre ha estado a mi lado; sé cómo llegó a mí, pero al no recordarlo es como si hubiera llegado a este mundo conmigo.

—No es una tontería —dijo Mina—, pero no me has contado cómo es que está tan hecho polvo.

—Por lo obvio —respondió Salvo—, por leerlo.

Ambos rieron ante su respuesta.

—Ya sabes a qué me refiero.

«¿Puede saber ya a qué me refiero?», se dijo Mina para sus adentros, al ver la familiaridad con la que hablaba con Salvo.

—Sí, sí —respondió él—. Como era de suponer, al principio no lo leí. Solo de abrirlo, la gran cantidad de palabras me apabullaba. Sin embargo, con el paso del tiempo, fui creciendo y avanzando en su lectura. Ahora, si te digo la verdad, no sé cuántas veces lo habré leído. Creo que las últimas ocasiones en que lo he hecho, ya no lo leo entero. Repaso pasajes, capítulos. Me salto las partes que no me apetecen, repito las que más me gustan...

—Y por eso está como está —concluyó Mina por él.

—Exacto —afirmó Salvo—. Como te he dicho, está así de leerlo.

Ambos volvieron a reír.

Al final, Salvo no se puso a leer, sino que ambos se levantaron y siguieron con su día de turismo por Nápoles, pero lo hicieron de una forma diferente, como si hubieran visitado la ciudad tantas veces que no tuvieran prisa por ver sus monumentos, sus edificios y sus plazas.

* * *

Como había sucedido con los tres días pasados en Roma, el día en Nápoles fue perfecto. Regresaron tarde y tuvieron que comer cualquier cosa en casa de Salvo, quien, para sorpresa de Mina, era mejor cocinero de lo que quería admitir. Y, del mismo modo que en las noches anteriores, Salvo no

intentó nada, solo la acompañó hasta su hotel. Era como si tuviera miedo de ella o de pasar una noche en la misma casa, aunque no se hubiesen separado desde que había llegado a Roma.

—¿Sabes qué? —dijo Mina.

—¿Qué? —preguntó Martina.

—Salvo me descoloca.

—¿Lo ves? Al final tenías que darte cuenta.

Mina no pudo evitar suspirar.

—Sí, ya sé que tú me lo estás diciendo desde el primer día.

—No es por meter a todos los hombres en el mismo saco —dijo Martina—, pero sabes que la mayoría, estando como estáis vosotros dos, ya habrían intentado algo, aunque fuera robarte un beso.

—Eso te ha quedado muy cursi.

—¿El qué?

—Lo de robar un beso.

—¿Qué querías que dijera? ¿Que ya te la habrían clavado de lado, o qué? —le espetó Martina intentando ser lo más chabacana posible.

—Siendo tú, la verdad es que sí que me esperaba eso.

Ninguna de las dos pudo evitar partirse de risa.

—Pero lo que de verdad importa es: ¿a ti te gusta? —preguntó Martina desde Barcelona una vez que ambas se hubieron calmado.

—Creo que sí —respondió Mina más rápidamente de lo que ella misma se hubiera esperado.

—Pues entonces, ¿por qué no atacas tú?

—¿Me lo dices en serio?

—Claro que sí —respondió su compañera de piso—. ¡Por Dios, Mina, que estamos en el siglo XXI! No va a pasar nada si una mujer se insinúa a un hombre.

—Ya lo sé —contestó Mina—, pero es que lo veo tan correcto, tan simpático, tan modosito... que me da corte.

—Hablemos claro, ¿te da corte o no sabes si realmente te gusta?

—No lo sé.

—A ver, la duda que tienes ahora mismo es si te estás enamorando o acabas de encontrar al amigo perfecto, ¿verdad?

Mina se sorprendió al comprobar cómo su amiga era capaz de ver en sus palabras los pensamientos que ella era incapaz de discernir en su mente.

—Creo que sí.

—Crees, crees... Estas cosas deben saberse a pies juntillas —dijo Martina.

—Joder, Martina, tengo dudas —protestó Mina—, ¿tú nunca has tenido dudas?

—Claro que sí, pero este tipo de dudas se solucionan con una simple pregunta.

—¿Cuál?

—¿Te lo llevarías al huerto o no? —le soltó su amiga de sopetón.

Al principio Mina se sintió un tanto incómoda, incluso se sonrojó como una colegiala, si es que hoy en día las colegialas se sonrojaban. Sin embargo, tenía que admitir que la pregunta de Martina era, innegablemente, efectiva.

¿Veía a Salvo como amigo o había algo más en sus sentimientos? En el interior de su cabeza empezó a ver imágenes de Salvo; era guapo, no el clásico guaperas italiano, pero tenía cierto atractivo. Además, como persona, era interesante, algo que ayudaba a que le pareciera más guapo aún.

«Intenta responder esta pregunta, Mina. ¿Tendrías algo más que una amistad con Salvo?», se dijo a sí misma mientras se imaginaba cómo podía disfrutar más de la intimidad con ese italiano que se había cruzado en su camino. Y, aunque no tenía claro cómo enfocarlo, sí vio que Salvo tenía posibilidades entre sus piernas, a la vez que se culpaba de tratarlo como un trozo de carne.

—Le estás dando vueltas, ¿verdad? —le dijo Martina al oído a través de la línea telefónica al tiempo que cortaba de golpe sus pensamientos.

Mina dudó unos instantes. Las visiones subidas de tono con Salvo la habían dejado un poco desconcertada.

—¿Qué?, ¿ya lo sabes? —insistió Martina—. ¿Te lo tirarías o no?

Mina siguió sin responder.

—Sabes que, si dudas, significa que en parte lo harías, ¿verdad? —dijo con malicia su amiga.

—Y eso ¿por qué?

—¿Verdad que conmigo no tendrías dudas? —planteó Martina.

—¡No, claro que no las tendría! —exclamó Mina—. Te quiero mucho, pero no de ese modo.

—¿Lo ves? No has dudado. En cambio, con Salvo dudas, lo que significa que el chico se mueve entre el sexo y la amistad. Un terreno peligroso, pero si se encuentra el punto exacto, es la mejor relación que podrías tener.

—¿En serio?

—Las personas no queremos solo a alguien que nos atraiga, sino también que nos comprenda —explicó Martina.

—¿Y si soy yo la que no le gusto a él? —preguntó Mina.

—Podría ser, por eso no se atreve a cruzar el umbral —respondió Martina—. Sin embargo, creo que no tienes por qué preocuparte en este sentido.

—¿Ah, no?

—No —dijo con firmeza su amiga—. ¿Crees que alguien sería tan atento con otra persona por el simple hecho de que le cae bien?

Mina no respondió, esperaba que Martina le diera la solución.

—Pues no —dijo Martina contestando su propia pregunta—, te puedo asegurar que él siente algo por ti.

—Ya —respondió Mina no muy segura de ello.

—Así que la cosa está en tus manos —dijo Martina—, pero date prisa en decidirte a dar el paso, no sea que cuando te aclares sea demasiado tarde y te vayas de la ciudad.

Con aquellas palabras, ambas amigas se despidieron. Mina se tiró en la cama sin cambiarse y sin poder dejar de pensar en el último consejo que le había dado su amiga.

«Tengo que darme prisa», se dijo a sí misma, pero añadió algo más de su estilo y se repitió: «Tengo que darme prisa, pero que no quede como una desesperada».

XIV

Los días en Roma pasaron sin que Mina se diera cuenta. Tras visitar todo lo visitable de la milenaria capital italiana, Mina llegaba agotada al hotel y le contaba sus vivencias a Martina.

Pero, poco a poco, los paseos que compartía con Salvo dejaron de ser tan turísticos y pasaron a ser lo más parecido a un fin de semana normal para cualquier habitante de aquella ciudad. Iban de tiendas, sin intención de comprar nada; comían en *trattorias*; como postre, se deleitaban con helados de diferentes sabores y en lugares distintos de la ciudad. Y, por las tardes, se sentaban en las terrazas de los cafés a disfrutar del sol del atardecer de la ciudad eterna.

Sin darse cuenta, el italiano de Mina fue mejorando con la ayuda de Salvo, y dejó de tener un tono académico para adoptar trazos más de la calle. Sin pretenderlo, aunque con ello no quería decir que lo rechazara, Mina se había convertido en un habitante más de Roma, de modo que su vida en Barcelona pasó a ser un mero recuerdo lejano.

Pero de lo que sí se percató es de que cada día, cada hora, cada minuto que pasaba con Salvo hacía que sintiera algo más especial por aquel divertido y atento romano, que desde el primer día había intentado hacer de todo para que ella se sintiera mejor. Sin embargo, muy a su pesar —y al de Martina, por supuesto—, Mina seguía sin dar el paso que Salvo parecía que también se negaba a dar. Y, como popularmente se dice, el uno por el otro y la casa sin barrer.

Aunque no todo se podía considerar negativo. Disfrutaba de cada instante que pasaba al lado de Salvo, y, por lo que le parecía, él hacía lo mismo. Tan bien se sentía con esa forma de vida que, durante aquellos días, no pudo evitar decirse en más de una ocasión que podría acostumbrarse a vivir en aquella maravillosa ciudad.

Y así se lo dijo a Martina la víspera del último día que pasaría en Roma.

—Creo que podría acostumbrarme a esto.

—¿A qué?

—A vivir en Roma...

—Con Salvo, por supuesto —la cortó Martina.

—Sí, seguramente no sería lo mismo sin él —admitió Mina mientras su mente empezaba a volar frente a la posibilidad de quedarse en Roma.

Pero ahí estaba Martina para hacerla bajar de los cielos.

—Pero sabes que esto es una simple ilusión, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Es como cuando cualquiera se va de vacaciones a un lugar del que se enamora. Siente que podría quedarse a vivir allí, pero no contempla el hecho de que debería buscar un trabajo y dejar de *disfrutar* de la ciudad de la manera que uno lo hace cuando está de vacaciones.

—Sí, en eso tienes razón, pero no creas que hacemos cosas muy de turista —respondió Mina—; es como si fuera sábado o domingo todo el tiempo. Es más o menos lo mismo que estar en Barcelona, pero con un ambiente diferente.

—A mí me pasó lo mismo cuando viajé a Londres —confesó Martina—. Sin embargo, al regresar a casa, me encantó ser de Barcelona. Por mal que nos pese y por mucho que lo critiques, si sientes que eres de un lugar, siempre acabas por regresar a él.

—Seguramente tienes razón.

—Además, espero que vuelvas a Barcelona y no me dejes tirada. Ahora que vives en ese mundo ideal que te has montado con el italiano, no te olvides de tu amiga Martina que te echa de menos —dijo en tono teatral Martina.

Mina no pudo evitar reírse.

—Además —prosiguió Martina en un tono más serio—, siento decirte que esto llega a su fin. Lo sabes, ¿no?

—Sí, no he pensando demasiado en ello, pero sé que mañana es el último día que tengo para disfrutar de la ciudad...

—Y de Salvo —añadió Martina con retintín.

—Sí, lo sé.

—Y ¿piensas hacer algo?

—No lo sé —respondió nerviosa Mina—. Cada día, mientras estoy con él por la calle, me repito una y otra vez: «Esta noche, esta noche». Pero cuando llega la noche, entre que estoy cansada y él siempre se adelanta ofreciéndose a llevarme al hotel y todas esas cosas, como no puedo negarme a su amabilidad, no hago nada.

—Pero mañana será la última oportunidad; luego te vas de Roma, ¿o piensas quedarte más días?

—No, no —respondió Mina—, mi intención sigue siendo seguir adelante con el viaje, no pienso dejarlo aquí.

—Pues más vale que te espabiles; si no, cuando te des cuenta estarás en cualquier otra ciudad de Italia, sola y lejos de este hombre tan maravilloso que has encontrado.

—Lo sé.

Aquella noche, la conversación entre las dos amigas acabó abruptamente en ese punto. No era que Mina se hubiera enfadado con Martina, pero ya se ponía lo suficientemente nerviosa al pensar en Salvo como para que encima tuviera que aguantar la vocecilla de su amiga al más puro estilo de Pepito Grillo.

Por ese motivo, aquella noche no durmió demasiado; su cabeza no dejaba de dar vueltas a lo mismo y, a altas horas de la madrugada, cuando ya no podía más, su mente estalló.

«Mañana haces algo, no puede ser que dejes escapar a alguien como Salvo», se ordenó a sí misma. «Cuando lo veas, te echas a su cuello.»

Sin embargo, a la mañana siguiente, las cosas no fueron como esperaba.

* * *

Como ya era costumbre, Salvo estaba esperándola al salir del hotel sentado en la moto, aparcada bajo la sombra de algún árbol, leyendo una vez tras otra el mismo libro.

—¿Sabes? Me hubiera gustado verte con otro libro algún día —dijo Mina en tono melancólico al verle.

—Eso es más complicado de lo que te crees. Incluso la gente que me conoce desde hace años no ha tenido la oportunidad de verme con otro —bromeó.

Enseguida guardó el libro y se dispuso a arrancar el motor de la Vespa, que se había convertido en su fiel corcel aquella semana.

En la cabeza de Mina bullían las palabras que la habían mantenido en vela y, en su pecho, su corazón se estaba acelerando. No quería posponer más tiempo lo inevitable. Hacía poco que lo conocía, pero ahora, tras una semana

entera junto a Salvo, ya no tenía dudas: le gustaba y tenía que decírselo antes de irse de la ciudad, así que hizo acopio de valor para hablar.

Pero, justo un segundo antes de que pudiera abrir la boca, Salvo se le adelantó.

—Hoy es el último día en Roma, ¿cierto?

Sabía de sobra la respuesta, pero aun así se lo preguntó, y ella respondió asintiendo.

—Pues creo que lo mejor que podemos hacer es volver a ver o visitar todo lo que luego seguro que echas en falta —afirmó—. ¿Te parece bien?

Ante la pregunta de Salvo, las palabras que a Mina tanto le había costado reunir en su mente durante la noche se desvanecieron y toda la fuerza que había acumulado para confesar que le gustaba la utilizó para responder:

—Vale.

«Serás estúpida», se dijo al oír su propia voz.

—No te veo muy emocionada —dijo Salvo sorprendido mientras observaba atentamente a Mina.

—¡Ah, no! No te preocupes —respondió ella animando su expresión con esfuerzo—. No sé por qué, pero no he dormido bien esta noche. Estoy un poco cansada, solo es eso —mintió.

Salvo la miró sin acabar de creerse sus palabras, pero, tras unos segundos, una sonrisa volvió a aparecer en su rostro.

—Pues, entonces, vamos —respondió alegremente mientras arrancaba la Vespa y Mina se montaba tras él.

De esta manera empezó el último día de Mina en Roma, con Salvo conduciendo la motocicleta entre las estrechas y atestadas calles en busca de todos aquellos rincones que Mina querría visitar antes de partir. Pero lo que él no sabía era que a Mina le daba igual qué visitar, ya que lo que echaría de menos cuando se fuera de Roma sería al propio Salvo.

* * *

Aquel día, como todos los demás, fue perfecto, pero, a diferencia de los anteriores, fue especial. La diversión que había reinado hasta entonces en el corazón de Mina fue sustituida por una cierta melancolía, que se tradujo en hacer fotos sin parar, algo que hasta entonces había hecho en contadas

ocasiones, hasta gastar la batería del móvil. Su objetivo era que saliera Salvo con cualquier excusa.

—Me siento como un modelo —exclamó él a media tarde, cuando ella le estaba intentando hacer una foto aprovechando el contraluz del sol que se ocultaba tras el Panteón.

Ella no respondió, simplemente sonrió nerviosa y disparó. Mientras Mina comprobaba que hubiera quedado bien, Salvo se acercó a ella.

—¿Qué te parece si, para despedirte de la ciudad, te llevo al mejor restaurante a cenar?

—Y ¿cuál es el mejor restaurante de Roma?

Salvo sonrió, la respuesta era más que evidente, mientras Mina empezaba a decir:

—No me lo digas...

—¡El de Pietro! —concluyeron los dos al unísono.

Así que, dicho y hecho. Aquella noche, tras dar el último paseo por el Trastevere, los dos entraron en el pequeño restaurante de Pietro, donde el propietario ya les tenía una mesa reservada para cenar.

—Buenas noches a los dos —dijo alegremente mientras les ofrecía las cartas en la mesa.

—Sabes que no hace falta que me des la carta, Pietro —contestó Salvo devolviéndosela, y Mina le imitó.

—Así me gusta, no tardaré.

Mina y Salvo, tras tantas horas pasadas juntos y tantas confesiones hechas, no tenían mucho que decirse, y más cuando ambos sabían que aquello era el final.

—¿Te ha gustado?

—¿El qué? —preguntó Mina despistada.

—¿Qué va a ser? Roma.

—Claro que me ha gustado...

Mina iba a añadir: «Sobre todo contigo», pero Pietro la interrumpió.

—Aquí tenéis las bebidas y unas aceitunas riquísimas —explicó mientras les servía un par de copas de vino blanco.

—Gracias, Pietro —dijo Salvo y, dirigiéndose a Mina, preguntó—: ¿Ibas a decir algo más?

—¿Eh? No... No —respondió titubeante ella.

—¿Te lo has pasado bien?

—Mucho.

—Genial.

Aquella era la conversación más insulsa que habían tenido durante la semana, por no decir en sus vidas. Por suerte, Salvo siguió insistiendo para que las palabras fluyeran como hasta entonces.

—Y ahora ¿qué?

Mina lo observó perpleja. La maldita pregunta otra vez, que se podía interpretar de mil maneras, ninguna de ellas de forma acertada.

—¿Hacia dónde apunta tu brújula? —aclaró Salvo.

—Creo que a Florencia... Sí, sin duda, a Florencia.

—No es tan bonita como Roma, pero es la mejor elección —respondió él—, ¿y después?

—Todavía no lo sé, el camino es largo. ¿Venecia, Bolonia, Milán? Quién sabe. Y del mismo modo que aquí me has descubierto una ciudad que no esperaba encontrarme, en Florencia no sé qué podrá pasar.

Una expresión de alarma asaltó el rostro de Salvo.

«¿Será que no querrá que encuentre una versión florentina suya?», se dijo Mina, sin saber qué sentir ante aquello.

—Así que esto es la despedida —apuntó Salvo con cierto aire de tristeza.

Mina sintió cómo sus ojos empezaban a picarle.

—Supongo —respondió ella mientras se le enturbiaba la vista.

En su cabeza pasó la posibilidad de declarar su amor a Salvo ahí mismo, en el restaurante de Pietro, pero su forma de ser se lo impidió. Sabía que aquello no era una película romántica, y nada podía detener el hecho de que, a partir de la mañana siguiente, ya no volvería a ver a Salvo.

—Echaré de menos ir a buscarte cada mañana.

—Y yo —respondió Mina sin poder evitar llevarse un dedo al lagrimal ante la amenaza de una lágrima.

—¿Te pasa algo? —preguntó Salvo preocupado.

—No, nada. Algo que me habrá entrado en el ojo.

En esa ocasión, Salvo no creyó sus palabras, pero no dijo nada; dejó que Mina se repusiera.

—Pues, entonces, brindemos para que tu viaje sea propicio —dijo obligándose a animarse mientras alzaba la copa que le había traído Pietro.

Mina no dijo nada; simplemente levantó su copa y la hizo entrecuchar con la de Salvo, mientras que en su mente se reprochaba no decirle nada. No

sabía por qué, pero no le salían las palabras; era como si su cabeza se negara a aceptar lo que le decía su corazón.

Sin embargo, durante la cena sucedió lo mismo, al igual que mientras Salvo la llevaba al hotel y cuando se despidieron con un abrazo y un sentido beso en la mejilla.

Ambos sentían que tenían que decir o hacer algo más, pero ninguno de los dos se atrevió a hacerlo. Por un segundo, mientras se dirigía hacia la puerta del hotel, Mina dudó de si debía ofrecer a Salvo subir a su habitación para despedirse de verdad, pero, cuando se giró para decírselo, vio cómo la Vespa se alejaba de donde ella se encontraba.

Así que, cuando Salvo desapareció de su vista, Mina corrió hasta su habitación ante la atónita mirada de los empleados del hotel, se dejó caer en la cama y, a diferencia de las anteriores noches, no llamó a Martina. En su lugar, no pudo contener las lágrimas, que dejó que fluyeran hasta que se quedó dormida.

XV

Cuando Mina dejó de soñar, seguramente un sueño triste, acorde con su estado de ánimo, sintió los ojos pesados, como si incluso una vez dormida hubiera seguido llorando.

Se dio la vuelta en la cama y se quedó mirando al techo. Su mente era una tormenta de ideas y pensamientos, la mayoría inconexos, pero todos relacionados con Salvo y los días pasados en Roma con él, y que ahora se habían acabado. Enseguida notó cómo volvía a nacer un nudo en la garganta; sin embargo, respiró hondo e intentó controlarse.

«No seas tonta. Salvo y Roma han sido una aventura. Ahora tienes que volver a la realidad y seguir adelante», se dijo intentando convencerse de que aquello era lo que creía.

Sin ir más lejos, aquel día tenía un largo viaje hasta Florencia, donde intentaría recomponerse de la pena que sentía en ese momento en el corazón. No obstante, sabía que le costaría olvidar o, al menos, quitarle importancia a Salvo y los días pasados a su lado.

Mirando al techo, Mina se llevó las manos a la cabeza y lanzó un largo suspiro.

—¡Venga, vamos! —se ordenó, y, aunque tardó unos segundos en hacerse caso, enseguida se levantó y empezó a prepararse para partir.

Tras pasar por la ducha se arregló cuanto pudo, teniendo en cuenta que sus ojos parecían dos pelotas de golf enrojecidas.

—Mira que tienes el corazón sensible —se dijo mirándose al espejo, envuelta en una toalla—. Soy así —se respondió encogiéndose de hombros a la vez que forzaba una sonrisa para reponerse y antes de alejarse de su reflejo para salir del baño.

Recogió la ropa que había ido esparciendo durante aquella semana por la habitación y la metió de cualquier manera en la maleta.

«Total, esta noche volveré a vaciarla», pensó para sus adentros.

Aunque intentó focalizar toda su atención en hacer la maleta y no dejarse nada, todo lo hizo lentamente, como si le costara salir de aquel hotel. En realidad, todavía no se había ido de la ciudad y ya la estaba echando de

menos. Y no hablemos ya de Salvo, al que tardaría mucho tiempo en convertir en un recuerdo. Estaba sintiendo nostalgia incluso antes de poderla sentir.

Repasó que no se dejara nada en la habitación y salió por la puerta cargando la maleta. Devolvió la llave en la recepción del hotel y se encaminó al sótano, donde se encontraba el aparcamiento en el que el Seiscientos de su padre había estado a buen recaudo, o al menos eso esperaba Mina, ya que en esos días se había olvidado por completo de aquel cochecito.

En su interior rezaba para que otro huésped del hotel no le hubiera hecho ninguna desgracia, y, para su alivio, cuando llegó junto al coche, vio que el Seiscientos estaba en perfecto estado, tal y como lo había dejado ella.

—Bueno, amiguito, ahora vamos a seguir con el viaje que te prometí — le dijo al coche mientras acariciaba su carrocería como si fuera algo más que una máquina.

Cargó la maleta en la parte trasera del coche, se sentó al volante, giró la llave y, de inmediato, el potente motor que su padre había puesto bajo el capó ronroneó como un pequeño tigre con ganas de salir a cazar.

Mina no supo explicar por qué, pero, al oír el sonido del motor, una extraña y positiva sensación recorrió su cuerpo. Era como si el hecho de reemprender el viaje le permitiera dejar atrás lo vivido en Roma. No olvidarlo, pero sí dar un paso adelante.

«A veces creo que estoy como una regadera», se dijo para sí misma con una sonrisa, e hizo que el cochecito avanzara entre las columnas del aparcamiento subterráneo, directo hacia la rampa de salida.

Después de hablar con las personas de recepción a través de un interfono, las puertas se abrieron y el ardiente sol de la Ciudad Eterna iluminó la entrada de la urbe. Se había levantado tranquilamente, pero con tiempo de sobra como para poder abandonar la ciudad y llegar a Florencia temprano. Tenía que encontrar un hotel; no tenía ninguna reserva y dudaba que Martina hubiera hecho lo mismo que en Roma.

—Vamos allá —dijo mientras aceleraba.

Pero nada más salir a la altura de la calle, Mina tuvo que pegar tal frenazo que el coche se caló y se quedó parado frente a la salida del aparcamiento del hotel. Se había visto obligada a hacerlo, no tenía alternativa, ya que por poco atropella a quien estaba de plantón ahí delante.

Sin ser consciente de que no se hallaba en Barcelona, Mina bajó la ventanilla, sacó la cabeza y empezó a despotricar contra aquella persona en

castellano, más por el susto que por un enfado real.

—¿Se puede saber qué haces aquí, pedazo de...?

Pero sus palabras se quebraron cuando el hombre, porque era un hombre, se dio la vuelta y ella pudo verle la cara.

—¿Pedazo de qué, eh? —soltó Salvo con una sonrisa y los brazos en jarra.

—¿Sa-Salvo? —dijo incrédula Mina.

—¿Quién si no? —respondió él acercándose a la ventanilla abierta ante la atenta pero sorprendida mirada de su amiga.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

—Venir contigo, ¿no es evidente? —dijo Salvo mostrándole una mochila enorme y verde que colgaba de su espalda.

—¿Conmigo?

—Sí, claro.

—¿Por?

—Pues porque te vas de Roma —afirmó él.

—Pero si tú vives aquí —sentenció ella.

—Y ¿eso es motivo suficiente para no poder salir de la ciudad e ir a otros lugares?

Mina sacudió la cabeza negativamente.

—¿O es que quieres despedirte de mí y dejarme atrás?

—No... Claro que no, pero...

—Pero nada. Sigo teniendo días libres y hace mucho que no he estado en Florencia —la cortó Salvo—. Así que, ¿me dejas subir o no? Que esta mochila pesa como un muerto.

Mina lo miró aún sorprendida, no sabía qué decir. Después de la despedida de la noche anterior y los sentimientos encontrados que la llevaron al llanto, ahora Salvo había vuelto a aparecer en su vida y parecía dispuesto a no irse de ella. No era que Mina no quisiera que fuera con ella, pero sabía que si pasaba más tiempo con él, no querría que se fuera nunca.

—¿Puedo o no? —insistió él haciéndola salir de sus pensamientos.

—Sí, sí, claro —respondió ella—. Deja la mochila junto a mi maleta y sube.

Sin decir palabra, Salvo siguió sus instrucciones e, instantes después, ya se estaba abrochando el cinturón del asiento del copiloto.

—Cuando quieras —anunció él con su perfecta sonrisa.

Mina le devolvió la sonrisa y reemprendió la marcha que tan abruptamente había detenido, aunque hubiera sido por un buen motivo.

Recorrió la vacía calle Cola di Renzo y se encaminó hacia las afueras, donde ya vería cómo encontrar la autopista que iba hacia el norte.

—Oye, supongo que sabrás cómo ir a Florencia, ¿no? —le preguntó a Salvo, y añadió bromeando—: Ya que viajo con un autóctono, al menos que me sirva de algo.

—Sí, sí, tranquila; además es muy sencillo —respondió él.

—Y, por curiosidad, ¿no conocerás algún lugar chulo que visitar en el viaje entre Roma y Florencia?

—¿Uno dices? —Salvo soltó una carcajada antes de añadir—: Hay cientos.

—Bueno, tantos no, que tenemos que llegar temprano para buscar alojamiento —contestó Mina preocupada.

—Por eso no te preocupes, ya me he ocupado yo. Podemos entretenernos tanto como quieras.

—¿Cómo que ya te has ocupado?

—Habíamos quedado en que confiabas en mí, ¿no?

—Va-vale —respondió no muy convencida Mina.

—Pues venga, disfruta del día y ya verás como hay sitios interesantes lejos de las grandes ciudades.

Sin darle más vueltas al tema del alojamiento, Mina siguió conduciendo atenta a las instrucciones que Salvo le daba como copiloto.

* * *

Hacia un rato que ya circulaban por la autopista en dirección norte cuando Mina decidió encender la radio. En su apresurada marcha de Barcelona, no pensó en coger nada de música, por lo que tenía que confiar en lo que ofrecían en las emisoras italianas para amenizar el viaje.

Dio un par de vueltas al dial y, al no encontrar nada de provecho, sintonizó una emisora que emitía éxitos musicales de los últimos años. No era que le entusiasmara aquella música, pero entre la música clásica y la discotequera, aquello era el mal menor. Sin embargo, Salvo no opinaba lo mismo.

—No se puede viajar por Italia con esta música —se lamentó a los pocos minutos, en los cuales apenas había sonado canción y media.

—¿Por qué no?

Salvo la miró alzando una ceja.

—¿Me lo preguntas en serio? —espetó—. Mira a tu alrededor. ¿No ves que esta música no encaja con lo que te rodea?

Mina, antes de replicar que cada cual puede escuchar la música que le apetece, le dio un voto de confianza y observó a su alrededor. A ambos lados de la autopista se extendían campos y más campos de cereales, olivos y viñedos, todo ello decorado con arboledas naturales.

—Además, viajas en un Seiscientos, un clásico de los coches utilitarios nacidos precisamente aquí, en Italia —añadió Salvo como si aquello fuera un elemento que había que tener en cuenta. Como si en los Fiat modernos solo se escuchara a Pavarotti.

—Vale, si tanto te molesta, busca tú la emisora que mejor le sienta a este paisaje —contestó Mina.

Sin añadir palabra, Salvo empezó a buscar como un loco alguna emisora que cumpliera sus extraños requisitos, pero, tras dar un par de vueltas a todas, se rindió.

—Esto no puede ser, debemos solucionarlo.

Mina dejó de mirar un segundo a la carretera y preguntó:

—Y ¿cómo pretendes hacerlo?

Como respuesta, Salvo empezó a mirar los carteles que había a los lados de la autopista; estaba claro que buscaba algo en particular.

—Sal en la siguiente salida —exclamó cuando la señal avisaba de que apenas quedaban quinientos metros para llegar.

—¿Por? Es una estación de servicio.

—Hazme caso.

—Vale —claudicó Mina mientras hacía que su cochecito tomara la salida y se adentrara en un área de servicio.

En cuanto Mina aparcó en un lugar alejado para guarecer el coche de posibles rasguños, Salvo saltó de su asiento.

—Espérame aquí, ahora vuelvo.

Mina observó cómo Salvo se alejaba del coche y entraba en el edificio que presidía aquella zona de descanso para todo tipo de viajeros.

«¿Habré hecho bien en dejarlo venir?», se preguntó. «Entre esperarme en la puerta del hotel y lo de la música, Salvo me está haciendo sospechar de

su estado mental», se dijo Mina desconfiando de haber aceptado a Salvo en su viaje. No era que ahora lo considerara alguien peligroso, pero el hecho de aparecer por la mañana dispuesto a acompañarla, si bien era un gesto bonito, la parte más recelosa de la mente de Mina la hacía estar alerta.

—No seas estúpida, Mina —exclamó en voz alta agarrando con fuerza el volante y mirándose en el retrovisor, como si hablara con su conciencia—. Esta semana, Salvo te ha demostrado que si por algo destaca es por ser atento, amable y divertido. Ahora no te vuelvas obsesiva con que es alguien peligroso. Menudas tonterías.

—¿Qué es una tontería? —preguntó Salvo haciendo que Mina pegara un bote en su asiento.

—No, nada, yo, que...

Pero Salvo no le permitió seguir, ya que, de detrás de su espalda, hizo aparecer la caja de un disco de música.

—Y ¿esto es...?

—Un magnífico recopilatorio de la mejor música italiana de todos los tiempos —concluyó Salvo con una emocionada sonrisa en los labios.

Mina se empezó a reír; por un lado, por la cara de su compañero; por otro, por lo tonta que había sido al sospechar de Salvo.

—Venga, sube, que aún tenemos camino que recorrer.

Sin tener que decírselo dos veces, Salvo saltó al asiento y, mientras Mina salía de la estación de servicio, él abrió la caja y metió el disco en el reproductor del coche.

—Sabes que es una maravilla tener un reproductor de CD en un Seiscientos, ¿verdad?

—Cosas de mi padre —respondió ella encogiéndose de hombros—. Y ¿con qué vas a deleitar mis oídos? Si se puede saber.

—Espera y verás.

Salvo miró la parte trasera de aquel recopilatorio de cuatro discos y buscó la mejor canción para sorprender a Mina. Pulsó hábilmente los botones del reproductor hasta encontrar la canción y le dio al *play*.

Tras unos segundos en silencio, una voz grave empezó a cantar:

*L'ho beccata in discoteca con lo sguardo da serpente
io mi sono avvicinato lei già non capiva niente.
L'ho guardata, m'ha guardato e mi sono scatenato...*

—¡Pino D'Angiò! —exclamó Mina entre carcajadas—. Menuda manera de disfrutar de los campos italianos.

—Pero mejoran, ¿no?

—Si tú lo dices... —respondió Mina. Pero cuando el cantante llegó al estribillo, no pudo evitar exclamar—: *Che idea!*

—*Ma quale idea?* —respondió Salvo con voz de falsete.

Mientras ambos cantaban la canción como un par de aficionados a la música europea de los sesenta, Mina no pudo negar que Salvo había tenido, sin lugar a dudas, una buena idea. De este modo dio comienzo el viaje más musical y divertido que Mina había tenido jamás.

XVI

Al son de la voz de Dean Martin cantando *Arrivederci Roma*, Mina y Salvo entraron en Orvieto. Al igual que sucedía con la canción que estaban escuchando, estaba claro que era italiano, pero no del todo. O, al menos, no lo era de la manera que esperaba Mina.

—¿Esto es un lugar chulo? —preguntó un tanto decepcionada Mina.

Y no era para menos. El pueblo parecía no tener nada en especial: construcciones modernas, o por lo menos no tan antiguas como en Roma, donde cada pared exhalaba algo de historia; las calles estaban asfaltadas, y tampoco se percibía como un lugar pintoresco.

—Espera y verás —respondió Salvo con una sonrisa—, te sorprenderás.

—Pero...

Salvo la interrumpió y le pidió que se callara llevándose el dedo índice a los labios y soltando un sonido sibilante.

Mina se encogió de hombros y siguió al pie de la letra las indicaciones de Salvo para entrar mientras el coche ascendía por una colina a cuya cima parecían llevar todas las calles.

A medida que subían, Mina no pudo negar que se acercaban al casco antiguo de una ciudad, con las calles empedradas y las casas bajas y construidas con grandes piedras, pero no esperaba encontrarse lo que apareció ante sus ojos.

En aquella zona tan distinta a las afueras de la ciudad, justo en el centro de una enorme plaza, como si el pueblo medieval hubiera crecido a su alrededor, se erigía una enorme catedral típicamente italiana, con líneas blancas y negras horizontales.

—No me lo puedo creer —afirmó Mina acercándose al parabrisas de su coche para contemplar la mole arquitectónica que parecía haber surgido de la nada.

—¿Ves como tenías que esperar? —soltó Salvo con satisfacción antes de exclamar alarmado—: ¡Cuidado con los viejos!

Mina apretó el freno y el Seiscientos se detuvo con una sacudida. Frente a ellos había tres hombres mayores con sendos bastones y boinas que los

observaban con cara de muy mala uva.

—Un poco más y te los llevas por delante —dijo Salvo aún sintiendo cómo la adrenalina le recorría el cuerpo—. ¿Dónde estabas mirando?

—A la catedral. ¿No era por eso por lo que me has traído aquí? —protestó Mina.

—Sí, ya, pero creía que si conducías también estarías mirando hacia el frente.

Mina quiso replicar, pero sabía que no tenía excusa. Sin embargo, no hizo falta que Salvo le echara la bronca, ya que de ello se hicieron cargo los tres hombres, quienes, alzando sus bastones como gloriosas espadas, le soltaron una sarta de insultos italianos tan peculiares que ella no comprendió y Salvo fue incapaz de traducir.

Pasado el susto, Mina siguió conduciendo alrededor de la catedral y, mientras con un ojo vigilaba la carretera, con el otro no perdía detalle de aquella sorprendente maravilla que había descubierto gracias a Salvo.

—Es impresionante —dijo Mina bajando del coche, que, sin saber cómo, había aparcado a pocos metros de la catedral—. No me imaginaba que en un pueblecito como este pudiera haber una construcción de este tamaño.

—Por muy impresionante que parezca, olvidas que esto es Italia, lo que significa que cualquier rincón es válido para construir una iglesia o una catedral —respondió Salvo mientras se acercaban al impresionante monumento para que Mina se pudiera deleitar con él.

Aunque al principio Salvo agradeció que a Mina le hubiera gustado tanto la primera parada de su viaje a Florencia, cuando hacía una hora que paseaban por dentro y por fuera de la catedral empezó a ponerse nervioso.

—Recuerda que tenemos que llegar esta noche a Florencia —le advirtió.

—Bueno, tú me has dicho que no me preocupara, ¿no? —respondió Mina con malicia.

—Sí, claro, pero no esperaba que te lo tomaras con tanta calma —contestó Salvo molesto por el golpe bajo—. Además, si te entretienes mucho aquí, no podrás hacerlo en las siguientes paradas.

Mina se volvió de golpe y lo interrogó con la mirada.

—¿Siguientes? ¿En plural?

Salvo asintió con orgullo, pero enseguida se asustó cuando Mina tiró de él del brazo y se lo llevó de nuevo hacia el coche.

—No hay tiempo que perder —anunció mientras entraban a toda prisa en el Seiscientos.

Y Mina no se arrepintió de tal arrebato de prisa, ya que la siguiente parada aún fue más espectacular que Orvieto. Sin embargo, al principio no lo creyó así. A medida que se acercaban, lo que parecía un pueblo fue convirtiéndose en algo parecido a un parque de atracciones. Aparcamientos por todas partes, autobuses llenos de turistas, gente que subía y bajaba del centro de la ciudad. Pero a Mina le cambió la expresión cuando leyó el nombre del pueblo en los carteles de entrada a la ciudad.

—¡Asís! —exclamó.

—Claro, no podías pasar tan cerca de este lugar sin detenerte en él.

Y sin que Salvo tuviera la necesidad de pedírselo, mientras Mina aparcaba empezó a detallarle de manera pormenorizada todas las curiosidades arquitectónicas de aquel complejo monumental franciscano y, en particular, de la curiosa basílica que lo presidía.

—Es como si hubiera dos basílicas, una encima de la otra; por eso lo de basílica superior y basílica inferior —explicó emocionada mientras se dirigían a la entrada del recinto bajo un sol de justicia que hacía que la piedra blanca, con la que parecía que todo estuviera construido, brillara como un sol en la Tierra.

—Joder, no me acordaba de esto —protestó Salvo cubriéndose la cara por la luz y arrepintiéndose de no llevar gafas de sol.

—Tranquilo, no te preocupes, enseguida entraremos en la basílica.

Dicho y hecho. Al igual que había sucedido en Roma y en Orvieto, Mina retomó en Asís su papel de guía turístico, lo que les ahorró tener que pagar por la audioguía no solo a ellos, sino también a unos viejos conocidos suyos: el grupo de turistas que se habían encontrado en las termas de Caracalla.

—¡Hola! —exclamó casi al unísono el grupo de españoles, alegres al verlos de nuevo a su lado.

Mina y Salvo saludaron con la mano un poco apabullados, pero no pudieron negarse a acompañarlos durante aquella parte del viaje, y menos cuando también los invitaron a comer en un restaurante de la ciudad en agradecimiento por haberles amenizado el viaje en dos ocasiones de aquella manera tan increíble, según sus palabras.

—Déjame que insista —dijo una mujer que parecía la líder del grupo—, pero tenemos que agradecerte muchísimo que nos hayas hecho de guía.

—De nada, no importa. Además...

—Claro que importa —la interrumpió la que debía de ser la mejor amiga de la anterior y número dos del grupo—. Normalmente, los guías son

aburridos y tediosos y las audioguías valen mucho dinero para lo poco que te explican. En cambio, tú eres la mejor que nos hemos encontrado en todos los viajes que hemos hecho.

—Y mira que hemos hecho —añadió la líder del grupo.

—Por lo que lo menos que podemos hacer es agradecerte tu pequeña contribución a este viaje.

Y todo el grupo se puso a aplaudir a Mina, que presidía la mesa del restaurante, mientras que Salvo estaba en el extremo opuesto. Sin saber qué decir, Mina miró a Salvo como si dijera: «Ayúdame», a lo que él respondió encogiéndose de hombros, como diciendo: «Tú te lo has buscado por pasarte de lista explicando en voz alta todo lo que sabes del arte sacro medieval», o eso al menos entendió Mina.

Sin embargo, cuando llegó la comida, ninguno de los dos pudo quejarse de haberse topado de nuevo con aquel grupo, ya que, además de buenos, los platos eran abundantes.

—Y ¿hacia dónde vais ahora? —preguntó la líder del grupo, que se había sentado estratégicamente a la derecha de Mina para interrogarla.

—Vamos a Florencia, llegaremos esta misma noche.

La decepción casi se podía palpar en la expresión de la mujer.

—Qué pena —se lamentó—. Esto es una excursión que estamos haciendo desde Roma, como la que haremos a Nápoles dentro de un par de días —explicó.

—¿No subiréis hacia el norte de Italia? —preguntó Mina.

—No, queríamos hacerlo, pero lo hemos dejado para el próximo viaje. Hay demasiadas cosas para ver en Roma y sus alrededores como para perdérselo, así que decidimos quedarnos por aquí —explicó la mujer con orgullo por su calculada y completa ruta—. Además, el resto de Italia no se va a mover.

Mina no pudo evitar reír ante la tonta ocurrencia de aquella mujer. No podía negar que en parte le había molestado que volvieran a aparecer y se hubieran puesto entre ella y Salvo, pero tenía que aceptar que eran buena gente y se merecían un poco de atención por su parte en lugar de evitarlos, que era lo que casi habían hecho en Roma.

—Y vosotros qué, ¿cómo va el viaje de novios?

Al escuchar la pregunta de la mujer, Mina se puso roja de vergüenza de golpe.

—No... No somos pa-pareja —respondió entre tartamudeos nerviosos—. Solo somos amigos.

La mujer alzó una ceja con suspicacia.

—Ya —dijo—, pues no lo parece, querida.

—Pues...

—Tú me dirás lo que quieras, y yo no soy nadie para inmiscuirme en vuestros asuntos —confesó la mujer—, pero, incluso ahora, separados como estáis, no paráis de lanzaros miraditas y guiños.

—¿Estás segura?

—Por supuesto —respondió la mujer—. Además, una no se va a recorrer Italia con un desconocido, ¿o sí?

Mina negó con la cabeza, dándole la razón a la mujer.

El tema se quedó ahí. La mujer pudo ver que Mina se ponía nerviosa hablando de él y no insistió más. No obstante, que alguien que no la conociera diera por hecho que ella y Salvo eran pareja le confirmó las sospechas y dudas que arrastraba desde hacía días. Estaba claro que le gustaba a Salvo tanto como él a ella.

Tras despedirse del grupo de turistas, esta vez de forma mucho más sincera, Mina y Salvo se metieron de nuevo en el coche.

—Bueno, menuda sorpresa, ¿no? —dijo él.

—Y que lo digas, no esperaba encontrarlos aquí.

Los dos se miraron y se pusieron a reír al ver lo tonta y curiosa que podía llegar a ser la vida.

—¿Vamos? —preguntó Salvo.

—¿A dónde? —dijo Mina.

—Tú arranca, que ya lo verás.

A regañadientes, Mina puso en marcha el Seiscientos y salió del aparcamiento, dejando atrás aquel pequeño lugar que era Asís.

* * *

La siguiente parada en el viaje hacia Florencia no fue tan sorprendente para Mina, y no porque Salvo no intentara guardar el secreto, sino porque ella enseguida se puso a mirar todos los carteles que encontraban en la carretera y a preguntarle si tal o cual ciudad era la próxima parada.

Al final, harto de las insistentes preguntas de ella, Salvo exclamó:

—¡Es Siena!

—Pero no tenías que decírmelo —protestó Mina.

—¿Cómo que no?

—Tenía que adivinarlo yo.

Salvo soltó un resoplido ante la curiosa manera que tenía Mina de adivinar la siguiente ciudad, nombrando todas las que había alrededor y, por descarte, deducir cuál era su destino.

—Pero no te preocupes, me encantará terminar nuestra ruta de hoy aquí —dijo Mina—. Es una ciudad que nunca he tenido la oportunidad de visitar.

Tras aparcar a las afueras de la ciudad amurallada, Mina y Salvo se encaminaron hacia el centro siguiendo los carteles indicadores. Sin embargo, aunque todavía no habían llegado a la parte más espectacular y conocida de Siena, enseguida se quedaron prendados de aquella ciudad que, a pesar de los siglos, seguía transpirando aquella esencia de la época medieval con sus calles empedradas y peatonales, sus edificios irregulares de piedra maciza pegados unos a otros y la gente paseando con toda la tranquilidad del mundo, como si el avance de la modernidad no fuera con ellos.

—Creo que acabo de enamorarme —soltó Mina mientras acariciaba con la mano derecha las rocas de una casa.

—¿Cómo dices? —preguntó Salvo.

—Me he enamorado —respondió Mina volviéndose.

Después de decirlo, no supo si era por sus palabras o por cómo se había dado la vuelta, casi a cámara lenta, con su melena rubia al viento, pero vio a Salvo boquiabierto y como un pasmarote en mitad de la calle.

—¿Te has enamorado? —dijo sin vocalizar demasiado.

Mina, sonrojada por lo que acababa de decir, quiso aclarar sus palabras y salir de aquella situación en la que no sabía si a Salvo se le había roto el corazón o no.

—Quería decir que me he enamorado de esta ciudad.

Al escuchar aquello, Salvo volvió a la normalidad, soltó un suspiro de alivio y aceleró el paso para reunirse con Mina como si no hubiera pasado nada.

«¿Habrás pensado que me había enamorado de él? Pero, por la cara que ha puesto, parecía más bien como si me hubiera enamorado de otro y... ¿Le importo tanto como para que se le pare el corazón de esta manera?», pensó Mina mientras seguía el camino hacia la Piazza del Campo, el centro de

Siena, sin poder sacarse de la cabeza la reacción de Salvo, pero todo cambió cuando entró en la plaza.

Si hasta entonces ya se había enamorado de Siena, la visión de aquella plaza inclinada, con la Fonte Gaia en el otro extremo y la perfecta conjunción arquitectónica de los edificios que la rodeaban, hizo que Mina sintiera el síndrome de Stendhal por primera vez en todos los viajes que había hecho.

—Esto... Esto... Esto es precioso —dijo tras unos largos minutos en silencio durante los cuales no pudo asumir tanta belleza en tan poco espacio.

—Ya lo creo —afirmó Salvo.

Parecía que el tiempo se había detenido a su alrededor, como si todos cuantos la rodeaban no existieran para Mina; solo estaban ella y aquella increíble plaza, y, dejándose llevar por aquel éxtasis artístico, empezó a pasear por el suelo adoquinado con la cabeza bien alta para poder contemplar la magnitud de todo lo que había en la plaza, desde el más pequeño poste a la altísima torre del Mangia.

Sin ser consciente de ello, Mina se detuvo más o menos en el centro de la plaza y empezó a dar vueltas sobre sí misma para no perderse ningún detalle que hubiera podido pasar por alto en la vuelta anterior. Era como si la plaza estuviera vacía, no había nadie, solo ella, la plaza y... Salvo. Su mente había eliminado a todas las personas que había allí, excepto a Salvo, como si formara parte de la belleza de ese lugar o tuviera algo que ver con ella.

—¿Estás bien? —preguntó Salvo acercándose.

Mina dejó de dar vueltas, sintiendo como la cabeza hacía lo contrario, lo que hizo que se tambalara. Él se acercó a toda prisa y la sujetó por los brazos, aguantando su peso con el pecho, de modo que sus rostros se quedaron a pocos centímetros el uno del otro.

—Mina, ¿estás bien? —insistió al ver que ella no respondía.

Sin embargo, Mina lo miró directamente a los ojos y, con una sonrisa en los labios, dijo:

—Mejor que nunca.

Y sin avisar, sin prevenir, sin alertar a nadie, juntó sus labios con los de Salvo, que se quedó atónito, aunque la dejó hacer.

Cuando sus labios se separaron, ambos se miraron directamente y sin saber qué decir, pero él siempre estaba preparado.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Mina se encogió de hombros.

—¿Significa algo?

Ella repitió el mismo movimiento, pero esta vez añadió unas palabras.

—Ya se verá.

—¿Ya se verá?

—Sí —respondió Mina incorporándose y recuperada ya del amago de desmayo—, no te preocupes por lo que será; de momento ha sido esto. Disfruta, querido Salvo, disfruta.

Y con estas palabras se liberó de sus brazos y corrió hacia la parte más elevada de la plaza, dejando a Salvo plantado frente a las puertas del Palazzo Pubblico de Siena, su actual ayuntamiento.

«Tengo que decirle la verdad antes de que esto vaya a mayores», se dijo para sus adentros preocupado el italiano mientras veía cómo la mujer de la que cada vez estaba más enamorado se agachaba para tocar el agua de la Fonte Gaia.

«Valor, tienes que tener valor y decírselo cuando llegues a Florencia; si no, la perderás», insistió la conciencia de Salvo mientras empezaba a andar pesadamente hacia Mina, sabiendo que existía la posibilidad de que aquella fuera una de las últimas veces que pudiera disfrutar de su compañía. Después de Roma había creído perderla para siempre, pero Florencia le ofrecía ahora una segunda oportunidad para enmendar su error.

XVII

Al abrir los ojos, Mina se sobresaltó. Junto a ella, durmiendo como un tronco, estaba Salvo. Al principio su cabeza se convirtió en una cascada de hipótesis sobre por qué Salvo estaba durmiendo a su lado.

«¿Habrá pasado algo que no debería haber pasado?», se preguntó alarmada.

Pero, a medida que se despertaba, se percató de que, aunque estuviera a su lado, Salvo dormía en una cama individual a medio metro de la suya.

«Serás estúpida», se recriminó. «Además, ayer le besaste y le dijiste que ya se vería qué significaba aquello, así que tampoco habría sido tan raro que hubieras pasado la noche con él», pensó para sus adentros mientras estiraba los brazos y bostezaba.

La noche anterior, después de un día de ir de un lado a otro, Mina y Salvo llegaron a Florencia a bordo del Seiscientos. En la ciudad, y ayudado por un mapa impreso, él se encargó de guiarla hasta llegar a un pequeño hotel, no muy lejos del centro, justo al lado del río.

El edificio del hotel Excelsior era un viejo palacete, perteneciente a una antigua familia noble, que tenía una de las mejores vistas de la ciudad, como pudo comprobar Mina cuando llegó a su habitación y abrió la ventana. Frente a ella, mientras el sol se ponía en el horizonte, las aguas del Arno corrían bajo los puentes de Florencia, entre los que destacaba el más conocido, el Ponte Vecchio.

—¿Cómo has conseguido esta habitación? Y no me digas que el propietario es amigo tuyo porque no me lo voy a creer —dijo Mina emocionada.

—Si quieres que te diga la verdad, ha sido casualidad —confesó Salvo uniéndose a Mina junto a la ventana—. Busqué en internet, estaba bien de precio y no lo dudé.

—¿Y lo de conseguir estas vistas?

—¿Suerte? —respondió Salvo encogiéndose de hombros.

Mina sonrió; aquel viaje estaba mejorando por segundos. Cada día era mejor que el anterior y cada vez se sentía más cerca de Salvo, y no solo

porque tuviera su cama junto a la suya.

Sin prestar atención al reloj, Mina se levantó, subió la persiana y descorrió las cortinas de golpe, y el conocido sol de la Toscana la deslumbró. No sabía qué hora era, pero por la altura del sol y por cómo su luz resplandecía sobre las calmadas aguas del río, probablemente eran las diez o las once de la mañana.

Mientras estaba disfrutando de las vistas, un gruñido de protesta sonó a sus espaldas. Era Salvo, que se retorció en la cama y protestaba por el exceso de luz a la vez que buscaba la sábana para cubrirse la cabeza.

—Venga, que tenemos que visitar Florencia.

—Estoy cansado —dijo entre murmullos Salvo.

—¿Y qué? Hace un día perfecto, no podemos desaprovecharlo.

—Corre las cortinas y me avisas cuando sea mediodía.

—Salvo, por favor, no seas perezoso.

Él gruñó con fuerza.

—Conque esas tenemos, ¿eh?

Salvo no respondió. Podía estar dormido o se lo estaba haciendo, pero a Mina le dio igual. Cogió su almohada y, con fuerza, le atizó en la cabeza.

—¡Levanta!

Salvo empezó a revolverse en la cama.

—¡Venga! —exclamó Mina volviendo a golpearle—. Que es para hoy.

La víctima de aquellos ataques intentó resistirse un poco más, pero, tras el tercer golpe de almohada, se dio la vuelta y se cayó de la cama, dándose un sonoro trompazo contra el suelo.

—¡Ya..., ya... voy! —exclamó asustado alzando la cabeza por detrás del colchón, pues no esperaba despertarse de aquella manera.

Mina no pudo responder. Al verlo caer y levantarse de aquel modo, estalló en un ataque de risa que no pudo controlar.

* * *

Durante el copioso desayuno que les sirvió Toccafondi, el propietario del hotel, les preguntó lo mismo que les habían preguntado los turistas españoles.

—¿De luna de miel?

Aunque de una manera menos alarmante que en la anterior ocasión, Salvo y Mina negaron con la cabeza.

Toccafondi se disculpó, aunque no pudo evitar añadir:

—Pues hacen muy buena pareja.

A pesar de que ninguno de los dos dijo nada, ambos terminaron de desayunar y salieron a la calle. Cuando el propietario del hotel les dijo eso, los dos se habían puesto rojos como un tomate.

Al salir, Salvo y Mina se empezaron a reír.

—Al final nos lo vamos a creer y todo —dijo él nervioso.

—Seguro —afirmó ella.

Y, aunque ninguno de los dos quiso añadir nada más, ambos sintieron que algo se removía en sus estómagos... ¿Serían mariposas?

Sin embargo, pasaron por alto aquella absurda idea y emprendieron la marcha listos para descubrir una nueva ciudad.

A diferencia de cuando estuvieron en Roma, donde Salvo hizo de cicerone —aunque Mina puso mucho de su parte—, en Florencia ambos eran turistas, y el tipo de paseos que él se encargaba de planear, fuera a pie o en moto, se sustituyeron por la búsqueda de los lugares más emblemáticos de la ciudad.

Paseando junto al Arno, lo primero con lo que se encontraron fue la Galería de los Uffizi.

—¿Quieres entrar? —preguntó Salvo sabiendo que en aquel lugar Mina no haría más que contarle la vida y milagros de los artistas y sus obras.

—No, mejor después —respondió ella mirando la plaza porticada de la Galería—. Además, si he venido de vacaciones no es para encerrarme de nuevo en mis estudios en historia del arte, sino para cortar con ellos.

—Y por eso lo haremos después y no ahora, ¿no?

—Exacto —respondió ella.

Salvo le ofreció el brazo y Mina lo aceptó, y, cogidos como si fueran una pareja de pretendientes del siglo XIX, llegaron al Ponte Vecchio, donde miraron distraídamente los escaparates llenos hasta arriba de todo tipo de joyas.

Mina no era muy forofa de las joyas, nunca le habían atraído, pero al ver tantas juntas era inevitable que sus ojos se fijaran en algunas, mientras que Salvo no hacía más que tirar de ella para evitar los grupos de turistas que parecían dispuestos a gastarse el dinero en aquellas tiendas.

—¿Dónde quieres ir con tanta prisa? —preguntó Mina.

—Al Palazzo Pitti.

Ella lo miró mientras su cabeza calculaba si merecía o no la pena.

—Creo que lo mejor será dejarlo para...

—¿Después? —insinuó él.

—Sí.

—Pero podemos pasear por sus jardines.

—Ya tendremos tiempo —afirmó ella con una sonrisa—. Hoy podemos ir por el centro y pasear, y mañana o pasado ya visitamos museos y jardines. Tenemos tiempo de hacerlo así, ¿no? Porque no me has dicho los días que tenemos reservada la habitación del hotel.

—Los suficientes como para hacer lo que dices y visitar media Toscana.

Sin llegar a cruzar a la otra orilla del Arno, la pareja volvió sobre sus pasos y se adentraron por Via Por Santa Maria, caminando junto a la gente y a los grupos de turistas que ocupaban Florencia durante todo el año. Sin embargo, ellos no se sentían como tales. Al igual que había sucedido tras el tercer día en Roma, Mina no se creía una extraña; iba sin prisas, miraba las tiendas como una italiana más, y el hecho de ir cogida del brazo de un italiano, aunque fuera de Roma, aún acentuaba más esa agradable sensación de pertenencia a un lugar tan cautivador como Florencia.

Casi sin darse cuenta, se encontraron con el Mercato del Porcellino, cuya principal atracción era la fuente del Porcellino, una estatua de un jabalí con el hocico desgastado por los miles de manos que lo tocan para tener buena suerte y regresar a Florencia.

Al verlo, Mina soltó el brazo de Salvo y se fue corriendo hacia la fuente. Frotó el hocico del jabalí, sacó una moneda de su bolsillo, la besó con fuerza y la metió en la boca del animal. Después, la moneda resbaló y cayó dentro de la reja que había a los pies de la estatua.

—Tendré buena suerte —le dijo Mina a Salvo guiñándole un ojo cuando se acercó a ella—. ¿No quieres probar?

—Pero ¿no eras tú la que no creía en la suerte? —preguntó él con suspicacia.

—Eso fue antes de conocerte.

Salvo se sonrojó, pero, como siempre, tenía una réplica preparada.

—No, tranquila, con tu suerte me basta.

Al escuchar las palabras de Salvo, Mina no pudo evitar sonreír. Pero no de una forma normal, sino dejando traslucir algo que cada vez le costaba más

ocultar: estaba completamente enamorada de Salvo y, con aquellos comentarios, no hacía más que agudizar su estado de tontería.

Tal y como habían llegado hasta el Porcellino, retrocedieron un poco y tomaron la Via Vacchereccia, que llevaba a uno de los lugares más espectaculares de Florencia, con permiso del Duomo: la Piazza della Signoria. Además, al entrar por aquella calle, se toparon de frente con aquel pequeño museo que era la Loggia della Signoria.

—Solo en Italia se pueden encontrar obras de arte de este calibre en la calle, sin tener que preocuparse —afirmó Mina mientras contemplaba las estatuas con atención—. Y no son unas esculturas cualesquiera, sino que son auténticas representaciones de diferentes períodos del arte... Perseo con la cabeza de Medusa de Cellini, Hércules y el centauro Neso de Giambologna... Sin hablar de las esculturas romanas, sin duda una maravilla.

—Sabes que eres imposible, ¿verdad?

Mina alzó una ceja, un tanto molesta por el comentario.

—¿Por qué lo dices?

—No es que sea malo —respondió él para evitar que Mina se enfadara—, pero ir contigo por lugares en los que hay alguna pieza de arte, sea un edificio, una escultura o una pintura, es como ir con una guía...

—Ya lo viste en Roma —la interrumpió ella.

—Sí, sí. Pero veo que da igual a donde vayamos.

—Si prefieres me callo.

—No, pero me gustó más la Mina que vi en Siena.

—¿La que te besó?

—Esa también me gustó —respondió él con una sonrisa—, pero me refiero a la que casi se desmaya cuando se dejó llevar por la belleza de lo que la envolvía, sin tener que explicar cada pequeño detalle de tal o cual obra.

Aunque al principio las palabras de Salvo le habían sonado mal, Mina enseguida comprendió a qué se refería. Así que, sin replicar, responder o contestar, justo a los pies del Palazzo Vecchio y bajo la atenta mirada de David y Hércules, Mina abrazó a Salvo por el cuello y volvió a besarle.

«Esto empieza a ser una costumbre», pensó Mina sonriendo para sus adentros mientras sentía los labios de Salvo en los suyos.

* * *

Tras un largo día durante el cual Mina creía haber recorrido todas las calles del centro de Florencia al menos un par de veces, llegaron al hotel, donde Toccafondi les saludó en italiano y ellos le devolvieron el saludo con una sonrisa.

—¿Todo bien? —preguntó el hombre, cuya calva brillaba bajo la luz de la recepción del hotel.

—Perfecto, estamos en Florencia —respondió Mina.

Sin más conversación, subieron a la habitación arrastrando los pies.

—Si no te importa, voy a darme una ducha —dijo Salvo.

—De acuerdo.

Mientras él se metía en el baño, Mina abrió las ventanas que daban al Arno y se apoyó en la barandilla marcando pesadamente el único número de teléfono de Barcelona al que había llamado desde que estaba en Italia.

—Bueno, bueno, bueno, pero mira quién me está llamando —dijo la voz irónica de Martina al otro extremo de la línea.

—Un «hola, qué tal» no hace falta, ¿no?

—Mujer, ya tocaba que llamas —respondió Martina—. Hace dos días que no sé nada de ti.

—Estoy en Florencia y...

—Suponía que habrías dejado Roma —la interrumpió Martina—, pero no tenía ni idea de dónde estabas.

—Pues ya lo sabes y...

—Por cierto, han llamado tus padres.

—¿Mis padres? ¿Los dos a la vez? —preguntó Mina sorprendida.

—No, no —respondió Martina—. Primero llamó tu madre para saber si ya habías desistido y habías regresado.

—Ella sí que sabe dar ánimos.

—Y que lo digas —añadió Martina—. Y luego tu padre llamó para...

—¡No me lo digas! ¿Ha preguntado por el coche? —dijo Mina interrumpiendo a Martina.

—Has dado en el clavo —afirmó su amiga—. Pero que sepas que ambos también han preguntado cómo estabas.

Mina soltó un resoplido. Aunque hubieran preguntado aquello, las preocupaciones de sus padres pasaban antes por otros intereses.

—Lo que me ha sorprendido —siguió Martina— es que parecía que no los hubieras llamado ningún día.

—Es que no lo he hecho.

—¿No has llamado a tus padres en todos estos días? —preguntó atónita Martina.

—No.

—Pues más te vale que no tardes demasiado en hacerlo —le advirtió Martina—. Si vuelven a llamar, intentaré darles largas, pero creo que si no das señales de vida en breve, me van a volver loca a llamadas... Y una tiene que trabajar.

—Vale, ya los llamaré —aceptó lánguidamente Mina—. Y ahora, ¿vas a dejar que te explique lo que llevo rato queriendo decirte?

—A ver, dime.

—He besado a Salvo.

—¿Y qué?

—Bien.

—Quiero decir que ¿y qué más has hecho con él?

—Nada, ya está, solo lo he besado... Dos veces.

—¡Madre mía! Eres toda una atrevida —dijo con ironía Martina.

—Cuando quieres, eres insoportable.

Martina no pudo aguantarse la risa.

—Bueno, ya es un paso —dijo mientras se calmaba—. Al menos parece que has disipado las dudas, ¿no?

—Sí, eso sí —asintió Mina justo en el momento en que cesaba el sonido del agua de la ducha y empezaba a escuchar cómo Salvo canturreaba mientras se secaba, supuso.

—Martina, tengo que dejarte. Salvo va a salir del baño y no...

—¡Frena, frena, frena! ¿Cómo que Salvo va a salir del baño? ¿Está contigo en Florencia?

Mina quiso responder, pero Martina siguió a lo suyo.

—¿Y compartís habitación?

—Sí, está conmigo en Florencia y sí, compartimos habitación; ya te pondré al día en otro momento, pero ahora tengo que colgar, que si no...

—No te preocupes —la interrumpió Martina rápidamente—. Pero llama a tus padres.

Las dos amigas se despidieron justo en el instante en que Salvo entraba en la habitación envuelto en un albornoz.

—¿Hablabas con alguien?

—Sí, con una amiga —respondió ella mostrándole el teléfono.

—Tiene que ser una buena amiga para llamarla al precio al que cuesta el teléfono.

—Es mi mejor amiga —respondió orgullosa Mina—, es la que me reservó el hotel en Roma.

—Pues sí, sí que es una buena amiga —dijo Salvo sonriendo mientras dejaba la ropa sucia sobre la cama—. Ojalá yo tuviera amigos que hicieran algo así por mí.

—Bueno, me tienes a mí —respondió Mina acercándose a él, lo suficiente para hacerle creer que lo besaría.

Salvo sintió que un cosquilleo recorría su cuerpo mientras esperaba que los labios de Mina volvieran a tocar los suyos, pero ella se detuvo.

Sus rostros estaban a pocos milímetros el uno del otro. Salvo no sabía dónde mirar. Los ojos de Mina eran de color castaño oscuro y, cada vez que se fijaba en ellos, perdía el poco sentido común que le quedaba. Sin darse cuenta, y sin haberlo querido, había encontrado a la mujer de su vida.

Esperó a que, tras aquella pausa, Mina terminara lo que había empezado, como había hecho aquella misma mañana o la otra tarde en Siena, pero en su lugar Mina sonrió como solo ella podía hacerlo.

—Ahora me toca a mí —respondió mientras se apartaba y se encaminaba hacia el baño.

—Eres muy mala —protestó Salvo.

—Y más que lo seré —replicó Mina entre carcajadas justo cuando la puerta del baño se cerraba tras ella.

«Tengo que decirle la verdad», le advirtió la conciencia de Salvo al tiempo que se dejaba caer en la cama con la cabeza hecha un revoltillo de ideas cruzadas.

XVIII

A la mañana siguiente, una luz cegadora atravesó los párpados y las pupilas de Mina. Sobresaltada, se incorporó en la cama. Entrecerró los ojos, miró a su alrededor e intentó averiguar qué pasaba.

—Esto, por lo de ayer —soltó Salvo riendo.

—¡Oooh, Salvo! —protestó Mina.

—¿A que jode?

Mina gruñó algo que parecía ser un sí mientras se tapaba con la sábana.

—Venga, levántate.

—¿Por qué? Si solo has hecho esto para fastidiar.

—Bueno, en parte sí —aceptó Salvo—. Pero te estoy despertando a las ocho de la mañana...

—¡¿A las ocho de la mañana?! —exclamó Mina incorporándose de nuevo y abriendo los ojos de par en par.

Salvo la observó. Aunque tuviera los ojos abiertos, Mina no veía absolutamente nada; seguía medio dormida.

—Como te decía, te he despertado a las ocho de la mañana para poder ir con tiempo a San Gimignano.

Salvo esperaba que Mina se alzara por la alegría, emocionada por la aventura de aquel día, pero en su lugar volvió a tumbarse y, tapándose con la sábana, dijo:

—Vale, tú ve haciendo y cuando estés listo me preparo yo.

—Ya estoy listo.

Mina se revolvió bajo las sábanas para darse la vuelta y, abriendo solo un ojo, miró a Salvo. No mentía: estaba completamente vestido y listo para salir.

—Ya voy.

Lentamente, Mina se levantó y se fue al baño para adecentarse. Salió a los pocos minutos, peinada pero con la misma cara de sueño con la que había entrado.

Sin dirigirse demasiadas palabras, Salvo y Mina abandonaron la habitación, y, al pasar frente a la recepción, el señor Toccafondi le entregó

unas bolsas a Salvo.

—Aquí tienes la comida que me pediste.

—Gracias.

—Que paséis un buen día.

Al salir a la calle, Mina seguía sin entender qué había pasado con el propietario del hotel.

—¿Comida? ¿Qué comida?

—La de hoy —respondió Salvo mostrando el contenido de las bolsas.

Cuatro bocadillos, un par de piezas de fruta, otras tantas madalenas y paquetes de galletas.

—¿Comeremos bocatas?

—Sí.

—¿Por? —preguntó Mina, que se había acostumbrado a ir de restaurante en restaurante y tiro porque me toca.

—Porque tenemos que economizar.

Mina no volvió a protestar. Sabía que Salvo se estaba dejando mucho dinero con sus caprichos; sin embargo, cuando quiso decir que ella podía pagar algo, estaba demasiado dormida para articular palabra alguna.

—Sube, que hoy conduzco yo.

Estaban junto al Seiscientos de su padre y, cuando Mina comprendió lo que acababa de decir su amigo, no pudo evitar advertirle.

—Pero no conduzcas como la moto en Roma, que el coche no es mío y tengo que devolverlo de una pieza.

—No te preocupes, no te vas ni a enterar de que soy yo el que lo llevo.

Y realmente Mina no se enteró, ya que, en cuanto Salvo puso en marcha el coche, se quedó dormida como un tronco.

* * *

Cuando despertó, Mina sintió cómo Salvo le tocaba el hombro.

—Venga, despierta, hemos llegado —le dijo con suavidad.

Lentamente, Mina abrió los ojos. El coche estaba aparcado a un lado de una carretera empinada. Al girar la cabeza, no pudo evitar quedarse atónita. Al otro lado de la ventanilla había un paisaje que no había visto en su vida. Se encontraba en lo alto de una colina, situada sobre una enorme extensión de campos verdes salpicados de pequeñas arboledas.

—¿Dónde estamos? —preguntó sin dejar de admirar el paisaje.

—En la entrada de San Gimignano —respondió Salvo señalando hacia delante.

Mina se percató de ello. Aunque a regañadientes, dejó el campo para después y miró hacia la carretera que seguía ascendiendo. Entre el arco que formaban los árboles que crecían a ambos lados de la carretera se podía ver una muralla medieval, de la que sobresalían varias torres que se alzaban hacia el cielo.

—¿Se puede subir? —preguntó con voz pastosa, aún un tanto dormida.

—¿Dónde?

—A las torres.

—Si no me equivoco..., sí.

Al oírlo, Mina sonrió e intentó despertarse totalmente.

Mientras se acercaban a la muralla de la ciudad, Mina no podía dejar de sentirse como si estuviera en un sueño. El viaje hasta allí había sido casi mágico; se había dormido en Florencia y había despertado en aquel pequeño pueblo medieval en mitad de la Toscana. Por el aspecto del lugar, si no hubiera sido por los coches aparcados en el arcén de la carretera, Mina incluso habría podido creer que había viajado en el tiempo.

Poco después llegaron frente a la muralla. A través de un arco enorme, pasaron bajo la mole de piedra, y, sin apenas darse cuenta, se adentraron en la Via San Giovanni, que, aun siendo una de las calles principales de la ciudad, era estrecha y fresca debido a la poca luz del sol que llegaba a sus paredes.

El lugar estaba lleno de bares, heladerías, tiendas de artesanía y todo lo que pudiera necesitar el visitante, como, por ejemplo, el desayuno de Mina.

—Tengo hambre —afirmó mirando un local en el que vendían porciones de *pizza*.

—¿Y quieres desayunar *pizza*?

—¿Por qué no?

Salvo la miró un tanto perplejo, pero ella parecía decidida a comprar una porción.

—Pues si la señora quiere *pizza*, *pizza* va a ser lo que tenga —aceptó Salvo mientras se acercaba al mostrador.

Al igual que los días pasados en Roma y en Florencia, aquel fue inolvidable. Tras desayunar *pizza*, lo primero que hicieron fue subir a la Torre Grossa, la más alta de San Gimignano. Para llegar arriba, había que subir doscientos peldaños estrechos y empinados, pero merecía la pena.

En la parte más alta, solo había espacio para una decena de personas, pero, por suerte para Mina, en ese momento solo estaban ella y Salvo. Una suave brisa soplaba desde el este y arrastraba el olor de los campos que rodeaban la ciudad. La vista, como no podía ser de otro modo, era magnífica. Además, debido al tamaño de la ciudad y la altura de la torre, quienes se asomaban a mirar tenían la impresión de estar volando por la Toscana como si fueran pájaros.

Ninguno de los dos se atrevió a decir nada para no romper aquel instante en el que el tiempo y el espacio parecían no existir. Ambos miraron al horizonte mientras sus mentes se relajaban de los pensamientos que las habían ocupado hasta entonces.

A Mina se le disiparon las dudas. Ya tenía claro qué sentía por Salvo y, aunque solo lo había expresado mínimamente, con dos simples besos, sabía que el siguiente paso no estaba lejos. Cada vez se sentía más atraída por su forma de ser, por lo divertido que era y por su sinceridad al abrir su corazón, aunque fuera con cosas tan sencillas como la historia tras su libro manoseado. Aquella noche sería la buena; hasta entonces nunca le había fallado, ni tan siquiera cuando creyó que no volvería a verle al dejar Roma. Si hasta ese momento había sido él quien la sorprendía una vez tras otra, aquella noche sería ella quien lo sorprendiera.

Por su parte, Salvo tenía claro que no podía alargar más la comedia. Tenía que confesar a Mina lo que le había estado ocultando hasta entonces. En apariencia no era nada importante, pero si la bola seguía creciendo, sabía que al final se volvería en su contra, y no quería perderla. Al principio había hecho lo mismo que con otras chicas que había conocido en el ferri, ser simpático y agradable. Pero Mina había resultado distinta, así que, sin darse cuenta y sin quererlo, se había enamorado perdidamente de ella. Por eso había sido tan atento y se había esforzado tanto para que cada día que estuviera con Mina fuera especial, por un motivo u otro. Hacía demasiados días que le daba vueltas al asunto; tenía que decir la verdad.

El graznido de un pájaro los despertó a ambos. Estaban apoyados en la barandilla de la torre, sin perder ningún detalle del paisaje que les ofrecía aquella altura. Y los dos creyeron que era el momento apropiado para volver a hablar, pero lo hicieron a la vez.

—Mina, yo...

—Salvo, que te...

Ambos se miraron y sonrieron.

—Tú primero.

—No, tú primero.

Los dos volvieron a hablar a la vez, algo que los llevó a reír como dos adolescentes estúpidos. Salvo, para que aquella tontería no se alargara, no dijo nada, pero con la mano le pidió a Mina que fuera la primera en hablar.

—Gracias —asintió ella sonrojada—. Como hoy vamos a comer unos bocadillos, ¿qué te parece si esta noche vamos a un buen restaurante a celebrar...?

No sabía qué tenían que celebrar. No iba a decir que estaban juntos, pero tampoco se le ocurrió nada que justificara celebración alguna.

—¿Que tu viaje está siendo un éxito? —propuso él titubeante.

—Sí, eso me sirve —afirmó ella—. ¿Qué te parece?, ¿vamos a celebrar que el viaje está saliendo perfecto?

Salvo la miró directamente a los ojos. Sabía que si realmente ese viaje tenía que ser un éxito y tener un final feliz, debía decirle la verdad; de aquella noche no pasaba.

—Perfecto.

Mina sonrió satisfecha y se quedó mirando a Salvo, esperando que le dijera lo que quería decirle antes de que ambos comenzaran a hablar a la vez. Pero, para su sorpresa, no dijo nada y volvió a mirar al horizonte.

—¿Querías decirme algo? —preguntó ella.

—¿Qué?

—Antes parecía que ibas a decirme algo cuando te he interrumpido, ¿no?

—¡Ah, eso! No te preocupes, no era nada importante.

—Pero algo querías decir.

Salvo dudó unos instantes. ¿Y si aprovechaba aquel momento para decirle la verdad? Pero su boca se adelantó a su cerebro.

—Tranquila, más o menos iba a decir lo mismo que tú.

«Menudo idiota eres», se dijo a sí mismo.

Aunque no muy convencida, Mina aceptó las palabras de Salvo y volvió a mirar al horizonte. Ninguno de los dos supo decir cuánto rato estuvieron allí arriba, pero cuando bajaron se dieron cuenta de que todas las mesas de todas las terrazas de todos los bares del pueblo estaban ocupadas.

—Debe de ser la hora de comer. ¿Tienes hambre?

—Ahora que lo dices —empezó a responder Mina tocándose el estómago—, la verdad es que sí.

Salvo rio y sacó de su mochila las bolsas con la comida que les había preparado el señor Toccafondi.

Aunque aquello no fuera un gran manjar, estaba más que bueno, y con la vista puesta en la cena de aquella noche, los bocadillos de salchichón bajaron con mayor facilidad.

XIX

La cena fue espectacular. Al llegar al hotel, después de todo un día paseando por las callejuelas de San Gimignano y disfrutando del peculiar ambiente del turismo local de aquella época del año, lo primero que hicieron Mina y Salvo fue preguntar al señor Toccafondi si conocía algún buen restaurante.

—Conozco uno que es muy bueno, pero...

El propietario del hotel dejó las palabras en el aire, como si dudara en recomendarlo.

—Pero ¿qué? —preguntó Mina impaciente.

—Es un poco caro.

—¿Un poco o mucho? —siguió interrogándole ella.

—Os aseguro que la comida es excelente; sin embargo, eso se paga.

—Vamos, que la comida justifica el gasto, ¿no?

—Exactamente.

Mina y Salvo se miraron. Sin decirse palabra, se leyeron los pensamientos en los ojos y asintieron.

—Pues ese nos va de perlas.

Después de ducharse y acicalarse un poco —no tenían por qué hacerlo, pero tampoco querían ir de punta en blanco—, hicieron lo posible para no parecer un par de mochileros zarrapastrosos y siguieron las indicaciones que les había dado Toccafondi.

Justo al otro lado del río, no muy lejos del Palazzo Pitti, había un restaurante pequeño, a medio camino entre lo casero y el alto *standing*, con vistas al Arno, que servía la mejor cocina de toda Florencia. La comida era singular. Aunque muchos platos parecían los más tradicionales de la cocina italiana, todos tenían algún elemento que los diferenciaba de todo lo que Mina y Salvo habían probado hasta ahora. Todo ello, regado con un buen vino rosado de la Toscana —nada de lambruscos baratos para turistas—, hizo que la velada fuera increíble.

No se dirigieron demasiadas palabras. De vez en cuando se miraban, sonreían e intercambiaban alguna opinión sobre sus platos, e incluso se

pasaban el tenedor lleno para que lo probara el otro. Sin embargo, había una especie de halo extraño en el ambiente, como si aquella noche fuera especial por algún motivo que ninguno de los dos sabía describir.

¿Podía ser que esa velada fuera el inicio de su relación?

Ninguno de los dos podría haber respondido a aquella pregunta, no solo por no saberlo, sino porque estaban demasiado ocupados degustando los entrantes, el plato principal o los postres.

Después de la cena, y de que Mina insistiera en pagar la cuenta (como había dicho el señor Toccafondi, era cara pero no astronómica), salieron del restaurante y regresaron al hotel dando un tranquilo paseo por la orilla del Arno.

Al principio andaban uno al lado del otro, Salvo con las manos tensas en los bolsillos y Mina agarrando con fuerza la correa de su bolso. Pero enseguida sus cuerpos se rozaron, sus extremidades se relajaron y sus manos se entrelazaron, no con fuerza como en un apretón, sino con suavidad, de modo que cada dedo encajara en el lugar perfecto para que ambos estuvieran cómodos.

Sin poder evitarlo, los dos bajaron la vista a sus manos juntas y después se miraron a los ojos y sonrieron. Ni el uno ni el otro seguían sin saber qué decir. Preferían que sus sentimientos se expresaran espontáneamente, sin orden ni control, para que fueran lo más limpios y puros posibles.

Todavía no habían llegado al puente que hay pasado el Ponte Vecchio en dirección sur, cuando sus manos se soltaron, pero no para separarse, sino para cogerse por la cintura, con sus caderas pegadas. Era como si ninguno de los dos quisiera soltar al otro, sentirlo lo más cerca posible y no separarse nunca.

Cuando llegaron frente a la puerta del hotel y vieron que el señor Toccafondi estaba tras la recepción —era como si aquel hombre no durmiera nunca—, separaron sus cuerpos y, mirándose a los ojos, sonrieron como dos colegas que descubren el primer amor.

—Será mejor que pasemos desapercibidos frente a Toccafondi —dijo Mina nerviosa.

Salvo no respondió, simplemente se acercó a la puerta y la abrió para que Mina entrara.

—Buenas noches —dijo Toccafondi al verlos aparecer—. ¿Ha ido bien la cena?

—Ha sido perfecta —respondieron al unísono.

—¿Valía la pena el precio?

—Cada céntimo que nos hemos gastado.

El señor Toccafondi sonrió satisfecho; no se dirigía un hotel como el suyo sin conocer la ciudad en la que estaba. Les deseó buenas noches y contempló cómo la pareja iba hacia el ascensor y desaparecía en su interior. Él no sabía a ciencia cierta lo que sucedió ahí, pero se lo podía suponer... Era lo que tenía Florencia. Todos creían que la ciudad del amor era París o Venecia; sin embargo, donde realmente nacían los romances era junto al Arno.

Al entrar en el ascensor, Mina y Salvo se vieron cara a cara, sus rostros a pocos centímetros, y sintieron cómo sus respiraciones se aceleraban. Sin que ninguno de los dos lo impidiera, sus labios se rozaron con suavidad. Aquella caricia, con el paso de los segundos y la pasión, se convirtió en un ardiente beso.

Cuando la campanilla les avisó de que habían llegado a su planta, salieron del ascensor besándose, sin separar sus labios y tropezando con todo lo que encontraban a su paso.

Al verse obligados a separarse, Mina sacó la llave de la habitación mientras Salvo la abrazaba por la cintura y la hacía reír como una estúpida. Con la puerta abierta, entraron y, agarrándose de formas indescriptibles, fueron besándose y acercándose a la cama. Estaba clarísimo lo que iba a ocurrir aquella noche. Sin lugar a dudas, su romance había empezado, o al menos eso creían.

Con manos temblorosas y los cuerpos calientes por los nervios, ambos se fueron desnudando hasta que se quedaron en ropa interior. Mina, en un arrebato de pasión, se lanzó sobre Salvo y los dos cayeron sobre la cama, sin dejar de juntar sus labios.

Aquello no era como Mina se lo había imaginado. En realidad no se había imaginado cómo podía ser una noche de amor con Salvo, pero le estaba gustando. Siguiendo el consejo de Martina, se había dejado llevar. No había planeado absolutamente nada, y ahora se encontraba besándose con el mejor chico que hubiera podido conocer en su vida. Era simpático, atractivo, atento y, como guinda del pastel, tenía ese algo exótico que le daba ser italiano.

—Te quiero, Mina —le susurró al oído Salvo mientras ella le besaba el cuello.

A pesar de que las palabras le gustaron, hubo algo en ellas que la desconcertó y en parte le cortó el rollo.

—¿Qué has dicho? —preguntó ella separándose de Salvo y mirándolo a los ojos.

—Te quiero, Mina —repitió él, pero esta vez sonó diferente.

Eran exactamente las mismas palabras, pero había algo distinto en ellas.

—¿Qué pasa? —preguntó Salvo, preocupado, mientras unas gotas de sudor frío se desprendían de sus sienes. Él sabía lo que Mina había creído oír, pero esperó que no se hubiera dado cuenta—. ¿He dicho algo que no querías oír?

—No, no. No es lo que has dicho, sino cómo lo has dicho.

—No te entiendo.

—Era como si hubieras perdido el acento italiano por completo —explicó Mina escudriñando los ojos de Salvo—. Dominas perfectamente el castellano, pero hasta ahora siempre habías tenido ese acento clásico de los italianos. Sin embargo, cuando me has dicho esas tres palabras, «Te quiero, Mina», han sonado como si las hubiera dicho yo, sin acento.

Salvo se estaba poniendo nervioso y Mina empezaba a percatarse.

—¿Acento, qué acento? —preguntó exagerando esa manera tan peculiar que tienen los italianos al hablar castellano a la vez que gesticulaba en exceso.

Mina se apartó de golpe de Salvo y se sentó en la cama, pero separada de él.

—¿De qué parte de Italia eres, Salvo? —lo interrogó ella.

—De Roma, por supuesto —respondió él con firmeza.

—Y entonces, ¿por qué ese castellano tan... tan... de Barcelona? —insistió ella con cara de asco, como si estuviera delante de un desconocido.

—¡No, no! —exclamó Salvo nervioso acercándose a Mina mientras ella evitaba el contacto físico y buscaba algo con que cubrirse—. Yo soy de Roma, de toda la vida.

A pesar de que confiaba en Salvo, ahora empezaba a dudar de su sinceridad. Mina no pudo evitar mirarlo con severidad, esperando que la verdad saliera por sí sola al perforarlo con aquellos ojos recelosos.

—Bueno, yo...

—Dime la verdad, Salvo.

—Yo... Verás... Hace días que quiero decírtelo, pero...

—¿Pero qué, Salvo?

—No... no sabía cómo hacerlo.

—Pues ahora, aunque no lo parezca, es el momento oportuno —le espetó ella cargando cada palabra con ira.

—Tengo que decirte que...

Salvo seguía sin tener valor para confesarlo, pero Mina le ladró:

—¿Qué tienes que decirme?

Salvo dudó unos instantes, pero no podía engañar a la persona de la que se había enamorado.

—No soy de Roma —confesó hablando castellano a la perfección—. Soy de Barcelona.

Mina ahogó un grito. Se esperaba oír algo que no le gustaría, pero aquello le sentó como una traición en toda regla.

—¡¿Qué?! —exclamó alarmada.

—Soy de Barcelona... Bueno, de Barcelona, Barcelona, no, de las afueras, pero...

—Estabas a punto de acostarte conmigo y lo hubieras hecho mintiéndome —le dijo Mina interrumpiéndolo—. Pero ¿quién te has creído que soy?

Salvo quiso acercarse, acariciar su hombro para calmarla, pero ella se apartó, se levantó a toda prisa y se llevó la sábana para cubrirse el cuerpo. Estaba prácticamente desnuda frente a un completo extraño.

—Mina, por favor, no te equivoques, no te he mentado en nada más —dijo Salvo con miedo a perderla.

—Y ¿cómo puedo estar segura de ello si apenas te conozco?

—Soy Salvo.

—¿Salvo? Seguro que tu nombre es otra mentira.

—No, no, soy Salvo, bueno, Salvador, pero todos me conocen como Salvo —afirmó él desesperado—. Lo único que cambia es de dónde soy, nada más.

Sin embargo, Mina estaba ofendida; no se podía creer que la hubiera engañado de aquella manera.

—Me engañaste como a una mera turista —le reprochó Mina—. Ya me lo pareció cuando me presentaste a Pietro, pero no quise tenerlo en cuenta... Aunque me equivoqué. Seguro que cada quince días cambias de chica y a todas les haces el mismo numerito de ser un italiano amable y atento.

—Bueno, acostumbro a hacerlo. A los clientes del ferri les gusta, sobre todo cuando salen de Barcelona.

—Lo que significa que, si vas en dirección contraria, eres de ancha es Castilla, ¿no? —le soltó Mina.

—Es por mi trabajo.

—¿Y camelarte a chicas estúpidas también es por tu trabajo?

—Por favor, Mina, tú has sido la primera a la que he querido conocer fuera del ferri —Salvo hablaba con el corazón en la mano.

—Vete —ordenó fríamente Mina.

—¿Qué? No, por favor, Mina.

—He dicho que te vayas.

—Mina, yo... yo... te...

—No digas ni una palabra más y lárgate de esta habitación y de mi vida. Salvo fue a hablar, pero Mina lo detuvo.

—No insistas, vete.

Sin dar tiempo a que Salvo reaccionara, Mina empezó a coger su ropa y a tirársela. Salvo la iba recogiendo como podía, sobre todo cuando lo que voló sobre su cabeza fueron sus zapatos. Sin querer enfrentarse a la mujer que amaba y había perdido, Salvo se vio arrinconado frente a la puerta de la habitación, que no dudó en abrir para cumplir el deseo de Mina. Tal vez no la haría feliz siendo su pareja, pero no quería que se enfureciera más con él.

Cuando Mina no tuvo más ropa que tirarle, cogió la mochila de Salvo y se la lanzó con fuerza, haciendo que él trastabillara y se cayera de culo en el suelo del pasillo.

Mina se acercó a la puerta y, mirándolo desde arriba con cara de desprecio y tristeza, la cerró de un portazo.

Durante unos segundos pareció que todo había sido un sueño, pero cuando Mina oyó los pasos de Salvo alejarse de la puerta, no pudo contener el llanto. Sin fuerzas en el cuerpo, volvió a la cama y se tumbó en ella, se cubrió con la sábana en busca de protección y se hizo un ovillo.

Aunque cerraba los ojos deseando quedarse dormida, Mina no podía dejar de abrirlos y mirar lo que la rodeaba. Aquella habitación, tan perfecta cuando había llegado con Salvo, ahora parecía la más horrible e incómoda del mundo. Todo le resultaba extraño: los armarios, las lámparas, la mesita de noche, el libro de...

Sobre la mesita de noche de Salvo, o como se llamara, descansaba el raído libro de Manfredi. Sin saber por qué, Mina alargó el brazo y lo cogió. Siguiendo con los dedos las letras de la portada, repasó con cuidado cada

rozadura, cada desgaste de las cubiertas y, como si fuera un peluche, lo abrazó con fuerza y se dejó llevar por las lágrimas.

XX

Mina apenas durmió. A diferencia de cuando había llorado por Salvo al partir de Roma, en esta ocasión las lágrimas no habían servido como bálsamo, y a la mañana siguiente continuaba con los ojos como platos, rojos, eso sí.

Cuando despuntaba el día y el sol se alzaba en el horizonte, Mina se levantó y se acercó a la ventana mientras contemplaba aquella vista que había perdido algo desde que la había admirado por primera vez. Ya no le gustaba tanto, parte de su encanto se había esfumado. ¿Podía ser que Florencia no le gustara?

«No culpes a la ciudad por un hombre», se dijo a sí misma.

Y la verdad es que tenía toda la razón: la ciudad no le había hecho nada. Era Salvo quien le había roto el corazón al mentirle. Salvo, o como se llamara aquel farsante, quien la había seducido con su falso acento y su falsa procedencia.

Frunció el ceño al recordar a aquel hombre que le había roto el corazón, pero la visión de la ciudad le apaciguó los ánimos. Sin embargo, aunque parecía haberse reconciliado con Florencia, no tenía ganas de seguir ahí. Se imaginaba a sí misma paseando sola por la ciudad y sabía que todo le recordaría a quien no quería recordar. Cada esquina por la que doblara, cada museo que visitara, cada estatua que contemplara seguro que, de una forma u otra, le haría pensar en que estaba sola por culpa de alguien que no había sido sincero cuando, más de una semana antes, lo había conocido en el ferri de camino a Roma.

—Me voy —anunció en voz alta.

Sin pasar por el baño, empaquetó de cualquier forma sus cosas en el interior de la maleta y repasó que no se dejase nada, que una cosa era dejar atrás el amor y la otra, las bragas. Hasta que, sin darse cuenta, se topó de nuevo con el libro con el que había dormido.

—*Lo scudo di Talos* —leyó Mina atentamente las palabras de la portada.

«¿Debería dejarlo aquí o llevármelo?», se preguntó.

Durante unos segundos dudó qué hacer. Si lo dejaba, cualquiera lo tiraría a la basura, y si se lo llevaba, era como si no quisiera desconectarse de Salvo... O Salvador... O como coño se llamara.

—Tú te vienes conmigo —le dijo al libro, como si este tuviera conciencia—; al fin y al cabo no eres más que un libro.

Metió el desgastado volumen entre su ropa y cerró la maleta.

Tras dar una vuelta por la habitación para asegurarse de que no le quedaba nada por recoger, salió y bajó a la recepción.

Como no podía ser de otro modo, tras el mostrador estaba el señor Toccafondi, quien, al verla con la maleta, cambió su alegre expresión por otra más triste, como si sintiera su partida.

—¿Usted también se va? —preguntó.

—Eso me temo.

—¿Qué ha sucedido? —la interrogó el hombre, como si en su interior se sintiera en parte responsable por lo sucedido; pero, a menos que Salvo le hubiera dicho algo, Toccafondi no podía saber nada.

—La aventura no ha salido tan bien como esperaba —se lamentó Mina dando una respuesta amplia y sin querer profundizar en detalles.

Toccafondi frunció los labios.

—Qué pena —apuntó mientras Mina le entregaba las llaves de la habitación.

—¿Qué le debo? —preguntó ella buscando con qué pagar la factura del hotel por aquellas noches. Pero antes de que pudiera sacar una tarjeta, el propietario intervino.

—Nada.

—¿Nada?

—Exactamente.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Mina no se lo creía, o al menos no lo comprendía, y más cuando el propietario del hotel parecía estar aguantándose algo.

—No debería decirle esto —confesó—. El chico con el que vino me pidió que no le diera explicaciones, pero...

Entonces se quedó en silencio, dudando si debía explicárselo a Mina o no.

—Adelante, vamos, no se haga de rogar.

—De acuerdo, pero si habla con él, no diga que se lo conté.

—De acuerdo, de acuerdo —respondió Mina dudando de que volviera a hablar con Salvo.

Toccafondi miró a ambos lados de la recepción, asegurándose de que no hubiera nadie.

—Él lo ha pagado todo. Incluso me ha dicho que le pase el cargo a él por los días que usted se quedase aquí.

—¿De verdad?

—Se lo aseguro, señorita.

Mina hizo un gesto pensativo.

«¿Podía ser que Salvo, al final, no fuera tan mentiroso y lo único diferente era dónde había nacido?», se preguntó Mina empezando a sentir algo de culpabilidad por su comportamiento de la noche anterior. Pero no permitió que aquello ocurriera y, sacudiendo la cabeza, dejó que aquella idea se desvaneciera de su mente.

—En ese caso, no me queda más que despedirme —dijo Mina.

—Lamento que su estancia no haya sido tan agradable como esperaba.

—No se preocupe, no es culpa suya. Tanto la ciudad como el hotel son magníficos... No dude que, cuando regrese a Florencia, vendré aquí.

Toccafondi volvió a animar su rostro.

—Aquí estaremos, señorita —dijo sonriendo—. Hasta pronto.

—Hasta pronto.

Con estas palabras y con el propietario del hotel saludando con la mano, Mina salió por la puerta y se dirigió al lugar donde tenía aparcado el coche.

* * *

A medida que Mina recorría la carretera tras el volante de su Seiscientos, mientras los clásicos más dispares de la música italiana sonaban en sus altavoces, su mente fue distrayéndose y olvidó que, solo un día antes, estaba viajando por la Toscana con Salvo.

«No te preocupes, dentro de poco todo será un recuerdo lejano», se dijo para sí misma mientras apretaba el acelerador. «Ahora, sigue el consejo de Martina y disfruta», añadió para sus adentros.

Pero, al pensar en aquello, se dio cuenta de que sus sentimientos se debían en parte a aquel consejo. Ella ya había presentado que Salvo no era agua clara; sin embargo, había puesto el consejo de Martina por delante de su

sentido común. «Disfruta», le había dicho. «Será inconsciente...», exclamó para sus adentros.

Pero no había nadie para discutir y sus palabras se perdieron entre los bosques, que cada vez eran más espesos, a ambos lados de la carretera. Sin darse cuenta, fue subiendo y ahora se encontraba cruzando los Apeninos.

En realidad no tenía claro cuál sería su siguiente parada. Había muchos lugares en la lista: Bolonia, Rávena, Verona y un largo etcétera. Todas aquellas ciudades serían una parada previa a Venecia, que no sabía si sería o no el final, pero seguramente sí que sería el último plato fuerte de su viaje.

Sin duda, hubiera querido pasear por la ciudad de los canales con Salvo, pero aquella imagen idílica, más propia de las películas, se había esfumado cuando él había confesado la verdad.

—Mira que decir que era italiano para ligar —se lamentó Mina en voz alta—. Es el colmo que me colara una bola como esa... A mí... ¡Joder, que soy doctora! Algo debo de tener entre las orejas, ¿no?

A partir de ese punto, mientras una canción cesaba y empezaba la siguiente, Mina empezó a despotricar contra todo lo habido y por haber. Estaba enfadada; alguien pensaría que con Salvo, otros, con Martina, incluso algunos con el mundo, pero lo que realmente más sentía Mina era que se había enfadado con ella misma. No se podía creer que hubiera sido tan inocente, tanto por guiarse por el consejo de Martina, que no era malo pero sí imprudente, como por creerse las palabras de Salvo o como narices se llamara aquel mentiroso.

—Toda la culpa es mía —concluyó—. He sido una tonta.

Sus pensamientos fueron calmándose al darse cuenta de que no valía la pena enfadarse, sobre todo cuando solo podía hacerlo consigo misma, y un halo de melancolía empezó a rodearla, sus ojos se humedecieron y sus labios empezaron a temblar. Pero, cuando todo parecía listo para empezar a llorar, llegó el estribillo de la canción que estaba escuchando y lo interrumpió.

*Lasciatemi cantare
perché ne sono fiero.
Sono un italiano,
un italiano vero.*

Era la voz de Toto Cutugno, pero era como si la versión más burlona de Salvo se estuviera riendo en su cara.

—¿Un italiano de verdad? —gritó al equipo de música del coche—. Tú lo que eres es un jodido mentiroso.

La canción siguió sonando, pero eso no le sirvió para calmarse. Incluso cuando sonó la siguiente, Mina continuó ladrando e insultando, como si el pobre Toto Cutugno tuviera la culpa de que Salvo le hubiera mentido.

—¡Mierda! —gritó sacando la cabeza por la ventanilla—. ¡Joder!

Cualquiera que la hubiera visto hubiera pensado que Mina estaba como un cencerro; por suerte, parecía que por aquella carretera no pasaba nadie.

—¡Maldito embustero!

Mina se estaba desfogando. En pocos días había vivido muchas cosas y había tenido sentimientos muy dispares, y ahora parecía que todos estuvieran confluyendo en un solo momento y lugar, su corazón.

Aquel viaje que teóricamente le tenía que servir para relajarse y volver al día a día con fuerzas renovadas después de haber defendido su tesis se estaba convirtiendo en una montaña rusa para ella. Primero sola, después acompañada, más tarde enamorada, ahora engañada... ¿Qué sería lo próximo?

No quería ni imaginárselo, y aunque hubiera querido tampoco habría podido, ya que, en ese preciso instante, un extraño sonido procedente de debajo del capó de su coche interrumpió sus berridos.

—Y ahora ¿qué? —se preguntó maldiciéndose por repetir aquellas odiosas palabras.

Poco a poco, Mina fue reduciendo la velocidad mientras el motor del Seiscientos seguía petardeando. Y si al principio fue Mina quien aminoró la velocidad del coche, ahora el motor, aunque petardeaba menos, empezó a aflojar por sí solo.

—No, no, no, no te estropees... Ahora no —le susurró al coche a la vez que miraba a ambos lados de la carretera; veía que si se quedaba tirada, lo haría en mitad de la nada.

Pero el coche no le hizo caso. Después de unos cuantos agónicos petardeos más, el motor dejó de transmitir energía a las ruedas y Mina se vio obligada a guiar el coche hacia el arcén, donde lo detuvo justo antes de que saliera un humo sospechosamente negro de debajo del capó.

—¡Oh, mierda, me lo he cargado! —protestó dejando caer la cabeza sobre el volante y haciendo sonar el claxon al mismo tiempo.

* * *

Lo que pasó después de que el motor del Seiscientos dijera basta fue lo habitual de cualquier avería. Insultos, quejas y preguntas sin responder. Mina, evidentemente, no podía llamar a nadie. Martina, sus padres y todos estaban demasiado lejos para ayudarla y lo único que haría sería preocuparlos. No tenía un mapa para consultar dónde estaba y hacía rato que no prestaba atención de hacia dónde se dirigía.

—Esto es el karma —se lamentó mientras miraba a ambos sentidos de la carretera en busca de alguien que pudiera ayudarla—. Esto me pasa por insultar a todo el mundo.

Sentada encima del capó —abrirlo hubiera sido inútil, pues no tenía ni la más remota idea de mecánica—, dejó pasar las horas con la esperanza de oír el motor de algún coche y poder hacer autostop para que la llevaran al taller más cercano. La única pega que tenía ese plan era que no tenía absolutamente nada de comer. No había desayunado y su estómago empezó a suplicar en cuanto se apeó del coche averiado.

—Este viaje está siendo todo un éxito —se quejó—. Podría llamar a mamá para que encima me echara la bronca, así ya sería redondo.

Su estómago siguió rugiendo de tal forma que recordaba el sonido del motor de un coche. Perpleja, Mina se miró el ombligo mientras el sonido iba en aumento y su barriga temblaba pidiendo comida. Pero, tras unos extraños segundos durante los cuales creyó que se estaba consumiendo por dentro, comprendió que el estruendo *in crescendo* que se oía no era de su estómago, sino de un automóvil.

Emocionada, se levantó y se puso al borde de la carretera con el brazo levantado.

—Por favor —susurró cerrando los ojos.

Pero, antes de que pudiera acabar de abrirlos, una estela de color rojo, acompañada de un estallido y un torbellino de viento, pasó a escasos centímetros de ella a toda velocidad.

El viento que se levantó la tiró hacia atrás.

—¿Eso ha sido un coche? —se preguntó mirando en la dirección por la que había desaparecido la estela roja—. Malditos italianos, están zumbados.

Frunciendo el ceño y los labios, previendo que la siguiente noche la pasaría en el coche o andando hacia el pueblo más cercano, estuviera donde

estuviera, volvió al lado de su Seiscientos al tiempo que el sonido de aquel supuesto coche desaparecía.

Pasados unos minutos, cuando ya había perdido toda esperanza y preparaba el asiento de atrás del coche para dormir en él, el sonido reapareció de nuevo. Sonaba cada vez más cerca, y Mina levantó la cabeza para mirar a la carretera.

«No puede ser. ¿Está volviendo?», se dijo para sus adentros.

Segundos después, un deportivo rojo apareció ante sus ojos, esta vez mucho más lentamente que antes. Mina no era una experta, pero sabía reconocer un Ferrari al verlo, aunque no distinguiera que se trataba de un Ferrari 458 Italia. Sin poder evitarlo, soltó un silbido de admiración. No es que tuviera envidia, pero aquello sí que era un coche, por mucho que le gustara su pequeño Seat.

Lentamente, como si de un caballo amaestrado se tratara, el coche se acercó a Mina y se detuvo a su lado. La ventanilla del conductor se abrió y dejó ver el rostro de un hombre. Moreno, piel oscura y ojos azules.

—*Ciao*.

—Ho-hola —respondió Mina impresionada por la voz de barítono de aquel hombre tremendamente atractivo.

—Hola —repitió el hombre haciendo gala de un castellano más que correcto, aunque con el mismo acento falso que Salvo—. ¿Necesitas ayuda?

—Sí, un poco.

—Tu cochecito se ha estropeado, ¿cierto? —preguntó mirando al Seiscientos.

—Sí.

—Déjame ver.

La ventanilla volvió a subirse y el coche se movió hasta quedar aparcado frente al coche de Mina.

Fue entonces cuando Mina se quedó sin palabras por completo. La puerta se abrió y, de su interior, salió aquel hombre. Además de guapo, era alto y tenía percha. Era la definición gráfica del italiano guapo que todas las mujeres del resto del mundo sueñan con conocer.

—Vamos a ver —dijo acercándose al capó del Seiscientos mientras se arremangaba su impoluta camisa blanca.

Mina abrió el capó del coche y dejó que el hombre mirara en su interior. No tenía claro si con aquello estaba tratando de ligar con ella o si, por el contrario, sabía lo que se hacía.

Tras unos minutos, sacó la cabeza, con sus bucles negros luciendo bajo la luz del sol, y puso cara de decepción.

—Lo lamento, pero no puedo hacer nada. Deberías llamar a un mecánico para que viniera a recogerlo.

—No conozco ningún mecánico.

El hombre la examinó con detalle.

—¿Estás de vacaciones? —preguntó deduciéndolo por su desaliñado aspecto.

Mina asintió nerviosa.

—No conoces a nadie, ¿cierto?

Mina volvió a asentir, olvidando por completo a Salvo.

—Mi nombre es Domenico —dijo el hombre alargando su mano derecha—, aunque todos me llaman Mimì.

«Mina y Mimì, parecía hecho adrede», bromeó Mina para sus adentros.

—Encantada, me llamo Mina —respondió ella sacudiendo la mano.

Ambos se quedaron agarrados más de lo necesario. No sabía si sería el reemplazo perfecto para el falso italiano, pero Mina no podía dejar de sentir algo de química con aquel pedazo de hombre.

—Has tenido suerte, Mina —dijo él cuando ella lo soltó—. Trabajo con coches no muy lejos de aquí, en Módena. Si quieres, puedo llamar a los mecánicos para que vengan.

—No, no, por favor, no te molestes. Si llego al pueblo más cercano ya...

—No es molestia, estaré encantado de ayudarte, Mina.

Cada vez que aquella voz pronunciaba su nombre, ella no podía hacer nada más que derretirse un poco.

—¿Seguro?

—Por supuesto —respondió él—. Coge tus cosas, ponlas en mi coche y te llevo.

—¿Y dejar el coche aquí?

—Sí, claro, no tienes por qué preocuparte.

Aunque parecía sincero, alguien con el mismo acento ya la había engañado, por lo que no podía evitar ser desconfiada.

—Insisto, no te preocupes —repitió Mimì—. Si estás más tranquila, te diré que soy representante de Ferrari. Ahora mismo llamaré a los talleres de Maranello y vendrán a por tu pequeño Fiat...

—Seat, Seat Seiscientos.

—Seat —repitió él sonriendo—. Dentro de unos días estará como nuevo.

Mina lo miró, luego se giró hacia su coche y volvió a mirarlo. Tras unos instantes de reflexión, cogió todas sus cosas y las metió en el maletero frontal del Ferrari.

Sin perder de vista el Seiscientos, Mina se acercó al asiento del copiloto del Ferrari y, antes de que ella y Mimì subieran al coche, preguntó:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Eres italiano?

—Claro, ¿por qué no iba a serlo? —respondió riendo Mimì.

Mina lo miró a los ojos, en busca de algo que le dijera si le estaba mintiendo o no, pero no encontró nada, así que, ni corta ni perezosa, se sentó en el Ferrari.

Mientras Mimì hacía la maniobra para encarar el coche en el sentido correcto de la carretera, Mina no podía dejar de mirar hacia el coche de su padre, que parecía estar triste y abandonado en mitad de la nada.

—¿Me prometes que lo vendrán a buscar hoy y lo cuidarán como si fuera un coche como el tuyo?

—Tranquila, está en buenas manos... ¡Son mecánicos de Ferrari! —respondió Mimì con una sonrisa espectacularmente perfecta antes de apretar a fondo el acelerador; Mina soltó un grito al sentir la velocidad de aquel coche.

XXI

Mina se sentía incómoda. Estaba sentada en una silla metálica, en una pequeña zona ajardinada, frente a una mesa a juego en la que había un vaso lleno hasta arriba de zumo de naranja. A su alrededor se extendía una amplia parcela de tierra cubierta por un reluciente césped en el que algunos pájaros silvestres se paseaban graciosamente. En el horizonte, el sol ya se ponía. Mina no sabía decir exactamente cuánto tiempo había transcurrido desde que el atento Mimì se había cruzado en su camino, pero había sido el suficiente como para llegar a las afueras de Maranello, tomar un buen baño reconfortante, comer algo que le llenara temporalmente el estómago y ser invitada a pasar la velada en aquel espectacular lugar.

En concreto, Mina se encontraba en la casa de Mimì, donde el joven trabajador de Ferrari vivía solo. Era una enorme villa con terreno suficiente para que cupiese una pista de tenis y una piscina y, aun así, diera la sensación de que el jardín seguía siendo inmenso.

«Esto es enorme para él solo», pensó Mina al ver la casa y después de que Mimì le explicara que no tenía más familia que su trabajo.

—Te parece grande, ¿verdad? —preguntó el italiano con sinceridad.

—Es que lo es.

—Por suerte, al estar siempre trabajando, no me doy cuenta de lo vacía que está cuando no estoy —dijo Domenico reflexionando. Y en tono de broma añadió—: Pero también va bien cuando tengo invitadas inesperadas como tú... Así nadie dará su opinión al respecto.

Mina sonrió. Sin embargo, al recordar ahora el comentario, no sabía si acabar de confiar en él, y más teniendo en cuenta los últimos acontecimientos. Por ello, a pesar de la atención que le estaba prestando su anfitrión, se sentía incómoda y no podía dejar de repetirse: «Ve con cuidado, que, si no, esto será como salir del fuego para caer en las brasas». Justo en ese instante, Mimì apareció en el jardín, procedente de la cocina, con una enorme bandeja llena hasta arriba de comida.

—La cena ya está aquí —anunció con su aterciopelada voz.

Ante Mina había un amplio surtido de embutidos y quesos, varios bocadillos con atún, pavo, mayonesa y algo de lechuga, así como un enorme bol de ensalada.

—Gracias, no sé qué decir, la verdad, por...

—Con el gracias tengo suficiente —la cortó Mimì sentándose en la silla que había al otro lado de la mesa redonda—. Además, poco más puedo ofrecerte. No tenía previsto comer acompañado.

—No, tranquilo, esto está perfecto.

Mimì sonrió agradecido y satisfecho.

—Pues ya podemos empezar —afirmó—. Si necesitas algo más, solo tienes que pedirlo.

Mina dudó unos instantes; tenía comida, bebida y un paisaje de ensueño, ¿qué más podía pedir? Seguramente, si no hubiera conocido a Salvo, ya se habría tirado al cuello de Domenico.

—No, está bien.

Mimì no respondió, simplemente esperó a que ella empezara a comer para hacer lo mismo.

Durante unos minutos ninguno de los dos habló, sino que ambos contemplaban las vistas que ofrecía aquella villa en mitad de Emilia Romagna. Parecía que trabajar en una empresa de lujo como Ferrari permitía un cierto nivel de vida que Mina nunca habría imaginado. Mimì vivía solo en una mansión enorme; ella, en cambio, compartía un pequeño piso con otra persona.

—¡Ah, por cierto! —exclamó Mimì cortando el silencio tras dar un largo trago a su vaso de zumo—. Ya me han llamado del taller. No tienes por qué preocuparte, el coche de tu padre ya ha llegado.

—¿Sí? ¿Ya lo han podido mirar?

—Sí, pero todavía no han profundizado demasiado... Perdona la pregunta, ¿sabes de motores?

Mina sacudió la cabeza de lado a lado un tanto avergonzada.

—Entonces, no voy a aburrirte —respondió Mimì—. Solo tienes que saber que, aunque seguramente todavía tardarán unos días en tenerlo listo, podrás regresar a Barcelona con él.

Mina soltó un suspiro de alivio, repantigándose en la silla, ante lo que Mimì no pudo evitar reírse.

—Permíteme otra pregunta, ¿qué hace una chica de Barcelona sola a mitad de camino entre Florencia y Bolonia?

Mina lo miró de reojo un tanto incómoda. A decir verdad, algo le había contado de ella durante el viaje hasta su casa: de dónde era, de quién era el coche, pero no le había dado muchos más detalles.

—Es una historia un poco larga —respondió Mina intentando que con aquel tópico Mimì no quisiera escucharla.

Sin embargo, él respondió con otro tópico.

—Tengo tiempo de sobra... Cuenta.

Mina guardó silencio un segundo, durante el cual pensó cómo explicar su pequeña aventura hasta los Apeninos, pero, una vez arrancó, justo después de la defensa de la tesis, lo explicó todo como si lo vomitara.

Mimì no la interrumpió; solo lo hizo para hacer preguntas aclaratorias sobre lo sucedido con sus padres, con Martina y sobre todo con Salvo. Al principio Mina evitó los detalles más sentimentales, pero poco a poco comprendió que, si se los saltaba, no tendría sentido su marcha de Florencia.

Al terminar, no pudo dejar de decir:

—Gracias y lo siento.

—¿Por? —preguntó Domenico un tanto sorprendido.

—Por escucharme.

—¡Ah! No hay de qué.

—Te lo agradezco de verdad —confesó Mina en tono cansado—. Estos días solo podía hablar con Salvo y, tras descubrir la verdad sobre él, solo me quedaban las llamadas a mi amiga. Y aunque sirven para desfogarse, no es igual que tener enfrente a la persona con la que estás hablando.

—Pues no te preocupes

—Lo siento. No me conoces y yo estoy dándote la brasa con mis problemas, que seguramente no te interesan.

—Insisto, no le des más vueltas. Además, tienes la ventaja de que tu voz es muy agradable —afirmó Mimì antes de comer una de las frutas que había llevado en una de las pausas de Mina.

Al principio Mina se sonrojó —era algo inevitable—, pero después una vocecita en su interior le recordó lo sucedido con Salvo y se dijo que lo mejor era que no se repitiera. Rápidamente cogió una manzana verde y ácida y le dio un gran mordisco.

Domenico era un auténtico caballero. No hizo ningún comentario más sobre el tema, no dijo qué le parecía que otra persona se hiciera pasar por italiana o que un hombre engañara a una mujer. Simplemente, y sin darle importancia, habló de temas intrascendentes cuando Mina le dio pie a ello.

Era como si comprendiera su malestar y se limitara a hacerle compañía. Si Mina quería su opinión, esperaría a que se la pidiera.

Tras una agradable cena, después de que se hubiera puesto el sol y el jardín estuviera iluminado únicamente por las estrellas y unas pocas luces solares esparcidas por el césped, Mimì recogió la mesa del jardín.

—Con tu permiso, yo me retiro —dijo educadamente—. Si te apetece, mañana te invito a pasar el día en Bolonia o en Módena, o en ambas, o donde tú quieras, mientras vamos sabiendo qué le pasa a tu coche. ¿Te parece bien?

—Si no te importa, mañana te lo digo —respondió Mina cansada—. La tensión de todos estos días se acaba de ir y ahora estoy para el arrastre —confesó—. Pero muchas gracias igualmente.

—Pues tú me dirás —respondió Mimì con una sonrisa—. Ya sabes cuál es tu habitación y tu baño, así que cuando quieras... Seguro que yo me levanto antes.

—Seguro.

Ambos rieron juntos, con complicidad. Él le había hecho una broma para animarla y ella la había aceptado.

«Lástima no haberlo conocido antes», pensó Mina mientras Domenico se acercaba a la casa. «Pero ¿por qué? Ni que el otro me impidiera hacer lo que sea», se recordó.

—¡Mimì, espera! —exclamó.

Él se giró y esperó a que Mina hablara.

—Me apetecería mucho ir mañana a Bolonia o a Módena, o donde quieras.

Mimì sonrió:

—Yo estaré listo. Tú levántate cuando lo necesites y después nos vamos. Hay tiempo de sobra.

No esperó la respuesta de Mina; simplemente prosiguió su camino y dejó a Mina sola en el jardín. Ahí, bajo las estrellas, Mina se sintió mejor, un tanto recuperada de la decepción que había supuesto Salvo, y pensó en lo que le depararía el futuro. Hasta que sonó su móvil de forma estridente.

Era Martina.

—¿Se puede saber por qué no has llamado todavía a tus padres? —le ladró su amiga al oído.

—Hola, ¿no?

—Sí, hola, ¿por qué no has llamado a tus padres?

—No he estado de humor.

—Pues ellos sí que lo han estado —respondió su amiga un poco nerviosa—. Desde que te lo dije no ha pasado ni un día sin que me llamaran los dos.

—Lo siento, pero...

—Tú eres feliz en Italia, pero yo sigo aquí, en el mundo real, aguantando las llamadas de tus padres.

—¿Les has dicho que llamen ellos?

—Claro, ¿crees que soy tonta? —espetó Martina—. Es lo primero que les he dicho, pero ambos me han respondido que es tu obligación llamarlos a ellos.

Mina resopló.

—Eso mismo hice yo y eso que...

Mina dejó el móvil sobre la mesa mientras Martina despotricaba y se frotó la cara con desesperación. Ahora que parecía que las cosas se arreglaban aparecían sus padres, que apenas se alegraban por ella y que querían un minuto de su tiempo para que les contara su vida.

—... Por cierto, ¿dónde estás ahora? —preguntó Martina justo cuando Mina volvió a coger el teléfono.

Sabía que no había respuesta breve para aquella pregunta, así que fue completamente sincera.

—Estoy en casa de Mimi.

—¿Mimi? ¿Un gato?

—No, Domenico, un hombre, un nuevo amigo.

Martina no pudo evitar carcajearse.

—No tenías suficiente con uno, que ahora encima te los llevas a pares —espetó—. Podrías traerme uno para mí como *souvenir* si te encuentras a tantos.

Mina dudó unos segundos, pero no pudo evitar preguntar:

—Pero ¿tú no eras...?

—Puede, pero un italiano guapo siempre será un italiano guapo.

Mina sonrió ante el comentario de Martina, pero tenía que explicarle lo sucedido. Hasta entonces solo Domenico lo sabía.

—Bueno, en realidad solo tengo a uno —afirmó—. Salvo ya no está.

—¿Cómo que no está? ¿Se ha muerto?

—No seas bestia, Martina.

—Entonces, ¿qué? Dime, dime, dime.

—Lo he dejado.

—Pero ¿no era el hombre perfecto?

—Sí... No... Bueno... En realidad no lo sé, me mintió.

—¿En qué? No irás a decirme que tiene novia, ¿no?

—No, no es eso.

Martina no insistió, solo aguardó a que Mina le diera más información.

—En realidad no era italiano.

—¿Cómo?!

—Como lo oyes. El perfecto italiano que me parecía haber conocido no era tal.

—Y ¿de dónde es?

—De Barcelona.

—¡Anda, no me jodas! Y se hizo pasar por italiano.

—Sí.

—Y ¿qué has hecho con él?

—Lo eché de la habitación. —Mina hizo una pausa y añadió—: Y de mi vida.

—Pero ¿qué pasó? ¿Cómo fue?

Mina volvió a explicar lo mismo que le había contado a Mimì un rato antes, pero esta vez a Martina, a la que sí informó de todos los detalles, no solo de los necesarios para comprender lo sucedido.

—Has hecho bien, Mina, muy bien.

—¿Seguro? ¿No crees que debería haberle dado una oportunidad para explicarse? —Mina se dio cuenta de que era la primera vez que expresaba la duda que la había acechado desde que echara a Salvo de la habitación del hotel de Florencia.

—No, no, estoy orgullosa de ti. Una relación se basa en la sinceridad.

Mina no dijo nada (no había tenido tantas como para tenerlo tan claro), pero prefirió no discutir las palabras de su amiga. Y aunque su mente empezó a dar vueltas con la idea de acabar la conversación de una forma más agradable, fue Martina la que intervino oportunamente.

—Y el nuevo, ¿qué tal? ¿Es italiano?

Mina rio.

—Fue lo primero de lo que quise asegurarme.

—¿Es guapo?

—Mucho, tiene un atractivo a lo Vincent Cassel.

—Mmm... Ya sé que seguramente te arrepentiste de seguir mi consejo con Salvo —confesó Martina—, pero en este caso, aunque no llegues a

enamorarte, yo te recomiendo que disfrutes... Tú ya me entiendes.

Mina se imaginó el rostro de su amiga, con una sonrisa picarona y la ceja alzada, con lo que no pudo evitar sonrojarse y ponerse a reír.

XXII

Cuando, días después, Mina y Domenico cruzaban el puente que unía el continente con Venecia, su relación era completamente distinta a la de la primera noche que ella había pasado en su casa.

Los días posteriores a la avería del Seiscientos fueron simple y llanamente mágicos. Si con Salvo ya creyó estar en una película de Hollywood, con Mimì aún se lo pareció más.

Atrás habían quedado los paseos por callejuelas desconocidas, comiendo cualquier cosa en cualquier lugar; atrás había dejado el Seiscientos y la Vespa, ya que con Mimì todo se visitaba a lomos de su Ferrari. Y yendo por el mundo en un coche como ese, todo debía estar a la misma altura. Los restaurantes eran los mejores de la ciudad, no porque fueran de un amigo, sino porque los críticos de todo el mundo alababan su cocina; los museos eran los más lujosos y los más caros. Sin ir más lejos, aunque no fuera una apasionada de los coches, Mimì la había llevado a visitar los museos de Ferrari y Lamborghini, además de sus respectivas líneas de producción. Incluso la convenció para dar unas vueltas con su coche a toda velocidad por el circuito de Ferrari. De la misma manera, Mimì había conseguido convencerla para ir a una fiesta de postín en Parma.

Con Domenico la vida parecía ser así: velocidad, dinero y lujo, tres cosas que se convirtieron en el pan de cada día de Mina. Y aunque nunca se hubiera imaginado estar en una situación como aquella, se sentía cómoda al lado de Mimì. Incluso se había llegado a imaginar viviendo en aquella magnífica villa en mitad de Emilia Romagna, mientras que no lo había concebido en el pequeño apartamento de Salvo.

Al margen del lujo, Mimì demostró ser un auténtico cicerone. A diferencia de Salvo, no era tan forzado; se notaba que realmente era de la región, ya que conocía el lugar y su historia sin necesidad de consultar internet cada cinco minutos. Además, jugaba con una ventaja —Mina nunca había estado allí— y, por lo tanto, ella no podía hacer de guía, ya que no tenía ni la más remota idea de lo que iban a visitar.

A la mañana siguiente de encontrarse con Mimì, Mina se levantó todo lo tarde que su cuerpo le pidió. Como no podía ser de otro modo, la visita empezó en el lugar en el que Mimì había crecido, ya que, aunque era de Sassuolo, se había criado en Módena. Comenzaron por la gigantesca Piazza Grande, presidida por un *duomo* que Mimì insistió en contemplar desde lo más alto de la Ghirlandina, la torre de la catedral. Después dieron un paseo por Via Emilia, visitaron el Palazzo Ducale y terminaron el día con un agradable paseo por los Giardini Estensi.

Y si en Módena estuvieron un día completo, a Bolonia no tuvieron más remedio que ir tres, ya que, cada día, cuando volvían en coche a casa de Mimì, Mina descubría algo nuevo que les había faltado y justificaba que tuvieran que volver. Primero fue la Torre degli Asinelli, que, con sus cerca de quinientos peldaños, casi acaba con las piernas de Domenico, acostumbrado a ir en coche a todas partes; y después, para rematar, el santuario de San Luca y sus casi setecientos escalones.

—Parece que disfrutes con esto —dijo entre jadeos Mimì a medio camino, cuando su cuerpo ya no podía soportar más escaleras.

—No es que disfrute torturándote, sino con las vistas que nos regalan estos lugares. No subo por subir y poder tacharlo de mi lista; voy en busca de algo especial, algo que haga que recuerde este lugar el resto de mi vida —respondió Mina, no mucho menos agotada que Mimì.

Además de subir escaleras, Mimì también llevó a Mina a visitar la Piazza Maggiore y la de Santo Stefano, así como una larga colección de iglesias, lugares de peregrinaje turístico de cuantos visitan Italia.

A Bolonia le siguieron Parma y Rávena, dos ciudades muy diferentes entre sí, pero cuyo encanto las ponía a la misma altura. La primera, la capital de Emilia Romagna, era un remanso de paz en mitad de aquella región. A Mina le pareció haber viajado hasta Zúrich; apenas había turistas, y los que había no lo veían todo a través del objetivo de su cámara, sino que lo hacían con sus propios ojos para generar auténticos recuerdos en su mente.

De igual modo, Mina no pudo más que extasiarse al poder ver los mosaicos mejor conservados del mundo, todos ellos de una delicadeza incomparable, y no solo los de Justiniano y Teodora en la iglesia de San Vitale, sino también todos los del resto de la ciudad. Aquellas obras de arte hacían que Rávena dejara de ser una ciudad de costa para convertirse en una pieza clave del patrimonio de la humanidad.

Aquellos primeros días junto a Mimì llegaron a su punto álgido la noche después de visitar Rávena y el pequeño casco histórico de Forlì, una ciudad un tanto desconocida que guardaba en su interior un lugar espléndido y cuya belleza era comparable a la de las ciudades más visitadas de Italia. Aquella tarde, después de bajar del coche, entraron en casa de Mimì cogidos de la mano, y cuando llegó el momento de separarlas para ir cada uno a sus respectivas habitaciones y baños, no lo hicieron. Los dos miraron primero a las manos y después a los ojos y, durante unos segundos, no sucedió nada, hasta que Mina recordó el consejo de su amiga: «Disfruta». Era como si la voz de Martina hubiera resonado en su interior, y, sin pensárselo dos veces, tiró de Mimì y se lo llevó a su habitación. A pesar de su decisión, por un momento temió que lo sucedido con Salvo se repitiera, pero enseguida tuvo claro que Mimì era italiano de pura cepa. Su correcto castellano perdió el norte y, en cuanto le empezó a besar el cuello, se deshizo en todo tipo de cumplidos en un italiano cerrado, casi incomprensible.

Aunque había sido idea suya, el miedo había agarrotado todo su cuerpo, pero en cuanto Mimì tomó las riendas de la situación, Mina se dejó hacer. No sabía si Domenico era un experto o no en las relaciones con las mujeres; sin embargo, en ningún momento demostró que no lo fuera. Era como si no tuviera prisa, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo para disfrutar de aquella mujer que inesperadamente se había cruzado en su camino. Primero la fue desnudando a la vez que con sus carnosos labios besaba cada centímetro de piel que quedaba al descubierto. Y cuando Mina creyó que la tumbaría suavemente sobre la cama, Mimì se la llevó a la enorme ducha con cascada que había en el baño de aquella habitación.

—¿No me tienes ganas? —preguntó con malicia Mina.

—Tantas que lo mejor será empezar con una ducha de agua fría.

Y, sin avisar, abrió el grifo. El agua estaba helada, pero ella no lo sintió. Su cuerpo ardía bajo las caricias de Mimì, que seguía vestido y con la ropa empapada; tenía la camisa pegada a su cuerpo bien definido.

Al empezar, Mina se dejó hacer, pero poco a poco, mientras las frías gotas de agua resbalaban por su cuerpo desnudo, no dudó en entrar en acción y arrancó literalmente la ropa a Domenico, dejando a la vista su torso velludo y musculoso.

Cuando lo vio desnudo, Mina no pudo evitar relamerse los labios antes de tirarse sobre aquel italiano de verdad.

* * *

El teléfono sonaba, pero era como si nadie quisiera cogerlo. Aquellos segundos de silencio se le hicieron eternos a Mina; estaba deseando contarle a Martina que al final se había soltado la melena.

—Por fin lo he hecho —anunció cuando su amiga respondió.

—¿El qué? ¿Llamar a tus padres?

—¡No!

—Pues yo de ti lo haría —le advirtió Martina—. Si no, cuando vuelvas me vas a encontrar colgando del techo.

—¿Están insistiendo mucho?

—Demasiado, Mina, demasiado.

Mina suspiró. Aunque sabía que tenía que hacerlo, no quería llamarlos. Sus padres, por mucho que la quisieran, tenían la sorprendente habilidad de sacarla de quicio, algo que de por sí no le preocupaba demasiado, pero que durante aquellas vacaciones podía provocar un antes y un después.

—¿No puedes seguir dándoles largas?

—No.

—Vaaa... Por favor, hazlo por tu amiga.

—He dicho que no.

—Porfaaa.

Después de unos minutos de silencio, Martina respondió:

—¡Oh, eres imposible!

—¿Lo harás?

—Lo haré. Haré de pararrayos, pero vas a deberme una muy grande.

—Lo que quieras.

—Ya me lo pensaré.

Mina no pudo evitar reír, tanto por intentar imaginar qué podía pedirle su amiga como por haberse sacado de encima el problema de sus padres.

—Y ahora, dime, ¿qué has hecho por fin?

Mina soltó una risilla pícaro al oír la pregunta de su amiga.

—¿No? ¿En serio? —preguntó Martina suponiendo a qué se refería su amiga.

—Sííí.

—¿Con el nuevo?

—Sííí.

—¿Y qué tal?

—Increíble.

Martina se carcajeó.

—Ya me parecía que tu voz sonaba diferente a la última vez que hablamos.

—¿A qué te refieres?

—Hablando en plata, querida Mina, necesitabas un polvo...

—¡Martina! —exclamó Mina alarmada.

—Es la verdad —afirmó Martina—. Daba igual si era de un italiano verdadero o no, pero lo necesitabas... ¿O no?

Mina dudó unos instantes, pero al final lo admitió.

—Un poco.

—¿Lo ves? —dijo Martina. Luego le preguntó—: ¿Vas a repetir?

—Puede.

—¿Cómo que puede?

—No lo sé, tengo miedo de enamorarme de Mimì... también.

Martina lanzó una pedorreta.

—Eso son tonterías. Tú te sientes atraída por él y él por ti, tenéis ganas de sexo, pues lo hacéis y punto.

—Ya, pero Salvo...

—Olvídate de Salvo. Tú misma me dijiste que te engañó, perdió su oportunidad, así que ahora preocúpate por Mimì —la cortó Martina—. De momento disfruta, no pienses en ello; si hay algo más, ya te preocuparás entonces. ¿Verdad que te lo estás pasando bien? Y no me refiero solo al sexo.

—Sí.

—Pues sigue así. No imagines lo que vendrá y disfruta del hoy —le aconsejó Martina—. Y aprovecha al máximo, que yo te cubro las espaldas con tus padres. Todavía quedan un par de semanas para Sant Jordi.

—¡Sant Jordi! —exclamó Mina alarmada.

—¿No me digas que lo habías olvidado?

—Un poco —respondió avergonzada.

—Normal, con tanto tío bueno para arriba y para abajo, una se olvida del trabajo.

Mina suspiró. Con todo lo que había vivido desde que había llegado a Roma, su regreso a Barcelona le parecía tan lejano que se había olvidado por completo de sus propias obligaciones.

Tras despedirse de Martina, Mina respiró hondo, sacó de su cuerpo todas las malas vibraciones que le causaba acordarse del trabajo y volvió junto a

Mimì, que había seguido durmiendo plácidamente mientras llamaba a su amiga desde el balcón de su habitación y contemplaba la noche estrellada completamente desnuda.

«Lástima que esto no pueda hacerlo en Barcelona», se dijo antes de despedirse de los astros brillantes y meterse en la cama.

* * *

Aunque fueron pocos días, Mina descubrió muchas cosas, y no solo de Italia. Se desplazaban a pocos kilómetros de Maranello, lo que significaba que, como en Bolonia, siempre se podía volver. Pero un día, Mimì mantuvo aún más su secreto en cuanto al destino, sobre todo cuando Mina empezó a ver que se alejaban de lo que parecía ser la zona de confort de su ciclerone.

Mina no supo a dónde iban hasta que vieron un letrero a la entrada donde se podía leer con unas letras enormes VERONA. La ciudad ofrecía poco a los turistas más habituales —con cuatro fotos y tocar la teta a Julieta ya se podían ir—, pero Mimì y Mina pasaron ahí todo el día. Al principio ella lo agradeció; aquellos paseos tranquilos, cogida del brazo de Mimì, eran el mejor bálsamo para recuperarse y olvidarse de Roma y Florencia, pero cuando llevaba un rato viendo que Mimì consultaba su reloj, preguntó:

—¿Estamos esperando algo?

—Puede —respondió él en tono enigmático.

—¿No vas a decírmelo?

Él frunció los labios y sacudió la cabeza.

—Venga, dímelo.

—Si tienes paciencia, pronto llegaremos.

Mina quiso insistir, pero guardó silencio y prestó atención por dónde pasaban, a los carteles que podía leer; cualquier cosa podía ser una pista, pero Mimì no la hizo esperar mucho más.

—Esta tarde vamos a la ópera —anunció cuando llegaron al lado de la Arena de Verona.

Mina se emocionó tanto que no podía creérselo, y más cuando la obra que irían a ver era ni más ni menos que *Turandot*, de Puccini. No tenía palabras.

Con las entradas en la mano, la pareja entró en la antigua construcción reconvertida en teatro, lista para dejarse llevar por una de las historias más

especiales de todos los tiempos.

Después de una de las mejores veladas de su vida, al llegar a casa de Mimì, como cada día, tomaron un baño relajante para quitarse el cansancio de encima y se sentaron en el jardín. Esa noche en particular, cuando Mina salió, Mimì ya estaba sentado con una copa de vino rosado en la mano mientras contemplaba la puesta de sol.

Mina, como si siempre hubiera vivido ahí, se paseó tranquilamente haciendo crujir la grava de los caminos del jardín bajo sus pies. Al pasar al lado de su anfitrión, le acarició el hombro y se sentó a su lado.

—Estos días han sido magníficos. Gracias, Mimì.

—De nada, pero te advierto que las cosas para visitar de los alrededores se van agotando.

—Bueno, tampoco pasa nada. —Mina contempló el jardín, como hacía cada noche desde que conoció a Mimì—. Podría acostumbrarme unos días más a esto.

Él sonrió.

—A mí no me importaría que lo hicieras.

El flirteo que había ido surgiendo entre ellos, aunque parecido inevitablemente al que mantuvo con Salvo, era más adulto, más responsable, pero, para la agradable sorpresa de Mina, más atrevido, no tan comedido e infantil como con Salvo. Por ese simple motivo, a pesar de que durante el día daba la impresión de que fueran dos buenos amigos, las últimas noches desde Rávena las había pasado en la habitación de Mimì, con él, claro.

Sin embargo, si bien se había asegurado de que era italiano y que no le estaba mintiendo, Mina seguía teniendo un cierto recelo a la hora de empezar una nueva relación, pero no había dudado en disfrutar de la manera que le había recomendado Martina. Eso sí, ahora de forma más acertada.

—Pero —prosiguió Mimì— no podemos quedarnos todo el día aquí, seguro que quieres seguir avanzando en tu viaje.

Eso le gustaba de Mimì. No parecía querer atarla, y, aunque gozara de su compañía, comprendía que ella quisiera ir por su cuenta, pese a que él acabara acompañándola.

—Sí, la verdad es que sí, pero no puedo hacerlo dejando el coche aquí —respondió Mina.

—Por eso no tienes que preocuparte, ya lo solucionaremos —aclaró tranquilamente Mimì, y, sirviéndole una copa, añadió—: Ahora dime,

después de visitar todo lo que rodea Módena y Bolonia, ¿cuál querrías que fuera la siguiente parada de tu aventura por Italia?

Mina bajó la cabeza y se mordió las uñas, imaginándose un mapa de Italia en su cabeza en el que había marcado con crucecitas dónde había estado y cuáles eran los sitios imprescindibles que aún le faltaban. Y, sin duda alguna, la próxima parada tenía que ser...

—Venecia, quiero ir a Venecia.

XXIII

Sin miedo a nada, Mina era la copiloto perfecta de Mimì. En ningún momento se quejó de la velocidad a la que hacía correr su Ferrari, sobre todo porque aquel coche parecía más seguro que la Vespa de Salvo. Sin embargo, cuando llegaron en medio de la Via della Libertà y la ciudad de Venecia empezaba a asomar la cabeza por el horizonte, Mina habló con Mimì.

—¿Puedes ir más despacio?

—Claro, ¿por qué? ¿Te estás mareando? En estos días no me habías dicho nada de...

—No, no es por eso —lo interrumpió Mina—. Quiero ver cómo emerge Venecia de las aguas de la laguna.

Hasta entonces, Mimì no parecía haber sido consciente de que Mina no era de allí y que, por lo tanto, había ido a la ciudad de los canales menos veces que él. Sin responder, hizo aminorar su Ferrari para permitir que Mina disfrutara de las vistas que había al otro lado del parabrisas y, de paso, aprovechar para contemplar lo que tantas veces había visto a través de sus ojos.

Entre los postes de la vía del tren y los centenares de carteles que avisaban a los conductores de su llegada a Venecia, se podían ver las primeras casas del barrio de Cannaregio alzarse a la izquierda del paisaje. No era como ver aparecer el Mont Saint-Michel, pero aquella llegada era algo mágico, con aquel puente tan largo en el que se parecía abandonar el mundo real para visitar algo diferente, misterioso y fantástico, casi imposible para las mentes humanas acostumbradas a tener los pies sobre la tierra. En aquella ciudad, los hombres habían vivido sobre el agua y, contra todo pronóstico, seguían haciéndolo, a pesar de todos los malos augurios que lanzaban los expertos de todo el mundo acerca del futuro de la ciudad.

—Es magnífica —dijo Mina suspirando, casi como si estuviera enamorada de la ciudad.

En ese momento, una idea cruzó su mente: en sus relaciones con las ciudades era un poco infiel, ya que se quedaba prendada de cada nuevo lugar que visitaba, ya fuese Roma, Florencia o Venecia.

«Si por mí fuera, iría a ellas como de flor en flor», pensó para sus adentros con una sonrisa.

—¿De qué te ríes? —preguntó Mimì observándola de reojo.

—De nada, me he contado un chiste que no sabía —respondió mientras seguían avanzando y contemplaban la magnificencia de aquella ciudad que, para sorpresa de todos, seguía reinando en la laguna.

Aunque era indudable que había estrechado lazos con Mimì, y bien estrechos, seguía sin tener esa confianza que había tenido con el falso Salvo, y seguramente era por su culpa. Tardaría un buen tiempo en volver a confiar en los hombres.

Domenico condujo el coche hacia los aparcamientos que había a la entrada de la ciudad. Era evidente que, por mucho Ferrari que se tuviera, por Venecia había que ir a pie o, como mucho, en góndola.

Sin embargo, cuando el coche aminoró la marcha y empezó a recorrer los estrechos pasillos, aunque había hueco para aparcarlo, era como si Mimì estuviera buscando algún lugar en particular. A pesar de las dimensiones del coche, las plazas eran lo suficientemente grandes como para que cupiera, y más cuando Mina había visto a Mimì circular y aparcar su Ferrari en lugares aún más estrechos.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Mina intrigada.

—El lugar más apropiado —respondió Mimì sin aclarar las dudas de Mina.

Ella siguió viendo pasar los coches y los espacios libres frente a su ventanilla mientras Mimì seguía avanzando. No era que el aparcamiento fuera enorme, pero si seguía alejándose de la salida, tendrían que andar más por dentro de aquel lugar que por Venecia.

De repente, sin decir nada, Mimì detuvo el Ferrari y, tan decidido como siempre, empezó a maniobrar para aparcarlo. Distraídamente, Mina rebuscó el teléfono en su bolso para tenerlo listo cuando saliera al exterior y poder llamar a Martina. Aunque no le apeteciera llamar a sus padres, quería que su amiga estuviera bien informada y así cubrirle las espaldas de forma correcta. Salió del coche sin prestar atención a los que había al lado.

—¿Cogemos las maletas o volveremos luego? —preguntó Mina.

Mimì no respondió y, al no oír su voz, Mina lo observó. Estaba apoyado sobre el techo de su coche, mirando por encima del hombro de Mina, y, al ver que ella no comprendía qué estaba haciendo, con la cabeza le indicó que se girara.

En un primer momento no lo vio, pero un segundo después descubrió lo que le estaba señalando Mimì.

—¡Mi cochecito! —exclamó Mina.

Mimì había aparcado el coche junto al suyo, que, por arte de magia, estaba ahí; era como si no quisiera perderse el viaje.

Al ver la reacción de Mina, Mimì no pudo evitar reírse.

—¿Có-cómo...?

Mina no sabía qué decir, pero Mimì enseguida supo qué responder a su incongruente pregunta.

—Ayer me avisaron de que ya lo tenían y me preguntaron dónde querías que lo dejaran —explicó el italiano—. Y, bueno, supuse que te gustaría tener un reencuentro con él.

—Muchísimas gracias —respondió Mina. Pero en lugar de abrazar y besar a Mimì, hizo lo propio con el Seiscientos.

Mientras Mina daba vueltas alrededor de su coche, abría las puertas y comprobaba que todo estuviera donde debía estar, Mimì cogió las maletas de ambos del pequeño maletero de su Ferrari.

—Bueno, seguro que ahora podrás visitar Venecia con más tranquilidad, no como estos días, ¿verdad?

—Sí, claro —respondió Mina mientras contemplaba su coche—. Pero estos días han sido tranquilos, ¿no?

—A mí no me lo pareció. Daba la impresión de que estabas preocupada por algo, y supuse que era por el coche de tu padre.

Mina no supo qué responder. Ciertamente era que los días pasados con Mimì, aunque muy especiales, los había vivido preocupada, un tanto abstraída de la realidad. No estaba tan pendiente de qué visitaban, y no solo porque se dejara llevar, sino también porque su cabeza se iba hacia otros temas. Pero ¿cuáles?

—Sí, estaré más tranquila —respondió para complacer a Mimì, que tan atentamente se había ocupado de ella y de su coche, aunque, en su interior, Mina sabía que el Seiscientos no era el motivo de su preocupación.

Cogieron sus maletas —en concreto, Mimì cogió la de ella, que pesaba tres veces más, y Mina la de él— y salieron del aparcamiento.

Aunque la visión de Venecia al acercarse por el puente que la conectaba con el continente ya era espectacular, Mina sabía de sobra que para que Venecia te impresione hace falta adentrarse en ella.

Dejando atrás la Piazzale Roma, Mina y Mimì cruzaron el Ponte della Costituzione, y, paseando tranquilamente junto al comienzo del Gran Canal,

él la guio hasta la estación de tren de Santa Lucía.

—¿Ya sabes a dónde vas? —preguntó Mina con una sonrisa maliciosa.

—Por supuesto.

Sin dar más explicaciones, Mimì se acercó a la orilla, justo donde las barcas que hacían las funciones de taxi esperaban a sus nuevos clientes, y llamó a uno de los conductores, que instantes después los invitaba a subir.

—Yo pensaba que iríamos a pie —dijo Mina mientras subía al barco cargando su maleta.

—Parece que no me conozcas...

—Bueno, no te conozco demasiado —lo interrumpió Mina con una sonrisa picarona.

—Bueno, pero al menos deberías saber que, si me muevo por Italia con un Ferrari, no voy a ir por Venecia a pie, ¿no?

Mina le dio la razón sacudiendo la cabeza.

Mientras la barca arrancaba el motor y su conductor giraba para encarar el Gran Canal, Mimì dejó las maletas en el interior del compartimento y se unió a Mina, que, desde la parte trasera, contemplaba la ciudad que acababa de recibirla.

Los edificios se alzaban a ambos lados del canal, sin dejar apenas espacio para los transeúntes. Aunque Mina sabía cómo eran los cimientos de aquellas construcciones, su mente dejó que la imaginación fluyera por encima de la realidad —como debe hacer todo aquel que visita Venecia— y tuvo la impresión de que los edificios flotaban en el agua.

Solo por su emplazamiento, Venecia ya resulta una ciudad peculiar, pero lo que más sorprendía al recién llegado, aunque hubiera estado ahí en diversas ocasiones, era que a la gente no le importaba vivir con agua en lugar de con asfalto. Los que trabajaban en las oficinas caminaban junto al canal o cruzaban los puentes sin prestar mayor atención que la que prestaría un trabajador ordinario en una ciudad ordinaria. Si bien había turistas por doquier, el día a día, con los mercados llenos de gente y el bullicio, era el habitual de cualquier tipo de ciudad.

Mina envidiaba a aquella gente. Vivían en una obra de arte —la ciudad entera lo era— y, sin embargo, parecían no ser conscientes de ello. Ella sería incapaz de vivir en Venecia, no por los canales y las calles estrechas, sino por la sensación de que a cada paso que diera estaría estropeando un pedazo de la historia del arte.

—Me encanta esta ciudad —dijo Mimì justo cuando pasaban por debajo del primer puente desde el cual un grupo de turistas japoneses los saludaban con euforia.

—¿Por? —preguntó Mina sentándose y dejando que las olas del canal la balancearan suavemente al son del motor de la barca.

—No sé. Es como si el tiempo no hubiera pasado —respondió Mimì—. Sí, ya sé que hay electricidad, motores de gasolina y todas esas cosas. Sin embargo, son pegotes que la gente se ha visto obligada a poner para avanzar con el resto del mundo. Pero, por lo demás, las cosas siguen siendo como hace siglos: los gondoleros, los mercados flotantes, la gente haciendo lo imposible por vivir con el *acqua alta*...

—Pero ¿vivirías aquí? —le preguntó Mina, que seguía disfrutando de las vistas del Gran Canal.

—Lo dudo —respondió Mimì con una sonrisa—. Podría pasar largas temporadas, pero vivir para siempre... Me volvería loco.

—Claro, sin tu Ferrari.

—En parte agradezco no tener que conducir unos días; al final también cansa, como todo. Pero para vivir en Venecia tienes que ser de una pasta especial, diferente al resto del mundo —aclaró Mimì antes de preguntar—: Y tú, ¿vivirías aquí?

Mina miró a su alrededor. Una vista inmejorable, el estilo de los edificios, el choque con la modernidad de las estaciones del *vaporetto* y los postes de madera de los gondoleros...

—Estos días, desde que llegué a Italia, siempre he ido de ciudad en ciudad, e incluso me he imaginado viviendo en Roma, en Siena, en Florencia...

—Incluso en Maranello, ¿no? —la interrumpió Mimì guiñándole un ojo.

—Exacto —respondió Mina con una sonrisa cómplice—, pero Venecia, por mucho que me guste la ciudad, creo que al final acabaría por ahogarme, y no precisamente por culpa del agua de la laguna.

Mimì sonrió ante su respuesta. Pensaban lo mismo.

Durante esos días pasados en la casa de Maranello, Mina ya se había dado cuenta de que se parecían. Mimì era previsor, educado y siempre tenía una solución para todo, y, al igual que ella, muchas veces le costaba dejarse llevar. Indudablemente, habían conectado, pero ahora, mientras Mina lo observaba inmerso en las vistas del Gran Canal, vio algo en él que le hizo dudar.

No era nada malo, al contrario. En Mimì había descubierto a un amigo, alguien que la comprendía, como podía hacerlo Martina. Sin embargo, aunque habían intimado más de lo que jamás lo haría con Martina, no veía en él a alguien con quien compartir su vida, a alguien que fuera su alma gemela, a alguien como... Salvo.

Al llegar al final de aquella reflexión, Mina sacudió la cabeza. Su relación con Salvo se había acabado cuando había dejado de ser italiano y ella había descubierto que le mentía. Ahora estaba en Venecia con Mimì, que era perfecto en todos los sentidos: atento, atractivo, con dinero. Lista para disfrutar de la ciudad desde...

Entonces Mina se dio cuenta.

—No hemos reservado ningún hotel —exclamó preocupada mientras miraba a Mimì con los ojos abiertos como platos.

Mimì, sin prisas, le devolvió la mirada y la acompañó con una sonrisa.

—Todo está previsto.

Mina relajó su expresión. Como había pensado hacía un instante, Mimì era previsor y seguro que, antes de que ella hubiera caído en ello, él ya se había encargado de reservar una habitación de hotel.

Mientras Mina seguía dándole vueltas a su relación con Mimì, la barca avanzó por el primero de los pronunciados meandros del Gran Canal y, pocos minutos después, en el peculiar horizonte de Venecia, apareció el Ponte di Rialto, uno de los símbolos de la ciudad.

—Aunque no pudiera vivir aquí, me encantaría venir muy a menudo —afirmó Mina, extasiada por las vistas del puente, el canal y la luz del sol de la mañana reflejada en la superficie cristalina del agua.

Mimì asintió y le dio la razón, pero no dijo nada, y ella tampoco añadió nada más. Sin darse cuenta, ambos se habían dejado llevar por completo por todo lo que les rodeaba, y más aún cuando pasaron por debajo del puente y cruzaron algún tipo de umbral mágico. Hasta entonces, aunque sabían que irían a Venecia y ahora estuvieran en la ciudad, todavía había algo que los conectaba al continente, pero fue al atravesar aquel puente cuando se dieron cuenta de que habían llegado a Venecia de verdad.

Mina no pudo evitar suspirar al sentirse libre. Lo sucedido en Roma y Florencia ya quedaba lejos. Los malos recuerdos del engaño de Salvo, aunque no se habían borrado de su mente, se habían quedado en eso, en meros recuerdos de unos días que fueron maravillosos hasta que todo se torció. Por suerte, después de aquello, Mimì se había cruzado en su camino, y con su

peculiar forma de vida había conseguido renovar las sensaciones que hasta entonces le había transmitido Italia como país, como tierra.

Poco después de haber cruzado el Ponte di Rialto, la barca fue aminorando la marcha lentamente hasta que se detuvo frente a un embarcadero. El conductor exclamó algo desde la parte delantera de la embarcación y Mimì anunció:

—Hemos llegado —dijo señalando hacia la orilla, donde se alzaba un impresionante edificio en cuya puerta ondeaban las banderas de Italia y de la República de Venecia.

—¿Aquí? —preguntó Mina señalando el edificio de estilo renacentista perteneciente a la época en la que Venecia había dominado los mares y el comercio.

—Aquí —aseveró Mimì mientras sacaba las maletas del interior de la barca y las llevaba al embarcadero—. Hotel Venezia Historic.

Mina contempló el edificio desde el pequeño puerto que había frente a él mientras Mimì pagaba y se despedía del taxista.

—¿Debería decirme algo el nombre? —preguntó atónita.

—Bueno, no necesariamente —respondió Mimì con una sonrisa—, pero te diré que el edificio, uno de los más bonitos del canal, ha sido restaurado por completo para convertirse en un hotel con todos los lujos de la modernidad, pero conservando la esencia de la ciudad y de los siglos pasados.

Tras aquellas palabras propias de un anuncio, Mimì cogió las dos maletas y se acercó a la puerta, donde un botones le dejó pasar, seguido por Mina, que no podía salir de su asombro, y menos aún cuando vio el interior.

La parte de dentro parecía pertenecer a un hotel de finales del siglo XIX. La tecnología, aunque se notaba —alguna pantalla de televisión o de ordenador, así como los teléfonos—, estaba oculta entre la decoración de época. Grandes alfombras persas, paredes recubiertas de valiosas maderas pulidas, grandes lámparas de cristal colgadas de los techos...

—¿Qué te parece? —preguntó Mimì.

—Increíble —respondió Mina.

—Pues espera a ver la habitación —añadió Mimì acercándose al mostrador del hotel para confirmar su reserva.

Y no se equivocaba cuando le dijo a Mina que la habitación la impresionaría aún más que el *hall*. Del mismo estilo que el resto del hotel —incluso el ascensor, en el atrio del edificio, parecía antiguo con la verja

corredera metálica—, la habitación estaba decorada con maderas y alfombras persas y, además, los muebles, como el sofá o la cama, parecían auténticos y habían sido restaurados con sumo cuidado. Ella no era experta en mobiliario, pero su ojo experto dudó entre lo auténtico y la reproducción, aunque prefirió no preguntar.

Sin embargo, lo que realmente la dejó sin aliento fue cuando el botones encargado de acompañarlos hasta la habitación —que era otro diferente al que les había abierto la puerta del hotel— abrió de par en par las ventanas de la habitación, situada en la planta superior del edificio. Además de las ventanas, tenía un pequeño balcón que daba de pleno al Gran Canal. La altura permitía que el bullicio de la gente quedara lo suficientemente lejos para que no fuera molesto, y la situación ofrecía una visión perfecta tanto del Ponte di Rialto como de la parte central del Gran Canal, sin olvidar los techos irregulares de la ciudad.

—Esto es espléndido —afirmó Mina en un susurro, sin poder contener sus pensamientos—. ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Quién?

—Tranquila, tranquila —contestó Mimì acercándose a ella y cogiéndola por los hombros—. Por lo que tenía entendido, habías visitado Roma y Florencia de forma espectacular... Tenía que estar a la altura.

—¿Venecia o tú?

—Ambos —respondió Mimì sonriendo.

Mina no tenía palabras. Aquel viaje había empezado sin saber dónde dormiría, e incluso creía haber perdido la lista de hostales que le había dado Martina antes de salir de Barcelona. Al final, pese a lo sucedido con Salvo, se había convertido en el mejor viaje que, con toda seguridad, Mina tendría en su vida, y todo gracias a sus amigos, los viejos y los nuevos, los sinceros y los mentirosos; todos se habían portado con ella de una forma impresionante. En ese momento, todos los sentimientos encontrados se cruzaron en su mente, y su cabeza, que había conseguido sacarse un doctorado, estalló al igual que lo hicieron sus ojos.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé —respondió Mina sollozando mientras el botones desaparecía discretamente y cerraba la puerta de la habitación tras él.

—Entonces, ¿por qué lloras?

Mina se encogió de hombros.

—¿He hecho algo mal?

—No, al contrario —respondió a duras penas Mina mientras las lágrimas se descolgaban de sus ojos y moqueaba—. Te has portado muy bien conmigo sin conocerme. Todos lo han hecho..., incluso Salvo.

—Será porque te lo mereces —respondió Mimì.

Y, antes de que Mina pudiera replicar, él la besó con pasión en los labios; Mina se quedó perpleja. Aunque habían intimado, y algún beso se había escapado durante los arrebatos de pasión en casa de Mimì, en todos aquellos días no se habían besado con sinceridad, como lo harían dos personas que están enamoradas.

Hacía solo un rato que Mina había llegado a la supuesta conclusión de que Mimì no sería más que un amigo, un amigo con derecho a roce, pero un amigo, al fin y al cabo. Pero ahora él la besaba de aquella forma, por lo que no supo cómo reaccionar.

En ese caso no le servía la fórmula que le había propuesto Martina de «¿Te lo tirarías o no?» para resolver sus dudas porque ya lo había hecho. Sin embargo, había algo que aún la hacía dudar.

Pero, a su pesar, sabía que aquella duda tendría que resolverla sola, sin la ayuda de Martina, que seguramente se dejaría deslumbrar por el dinero de Mimì.

—¿Mejor? —le preguntó Mimì cuando sus labios se separaron.

Mina asintió con timidez.

—Perfecto —añadió Mimì alegremente—. Refréscate un poco, que iremos a comer y después descubriremos Venecia.

—De acuerdo —respondió Mina intentando contagiarse de la energía de su acompañante. Cogió su maleta y se fue hacia la cama, que estaba separada de un pequeño saloncito que hacía las veces de comedor y recibidor.

Mina dejó la maleta sobre la cama y cerró la puerta tras ella; aunque fueran solo unos minutos, necesitaba estar sola. Abrió su equipaje y empezó a buscar algo que ponerse. Rebuscó entre sus camisas y pantalones y encontró lo que buscaba: una camisa blanca con pequeñas flores azules estampadas. Pero cuando tiró de la prenda para sacarla de debajo del montón de ropa, algo salió despedido y le golpeó el pecho antes de caer sobre la cama.

El libro de Salvo.

«No, ahora no», se lamentó Mina para sus adentros.

Era como si aquel objeto se hubiera presentado para recordarle que, antes de tener dudas con Mimì, había tenido dudas con otro hombre.

«¿O era para recordarle que seguía teniendo dudas con Salvo?», se preguntó mientras contemplaba con reparos la cubierta del libro.

«Ahora no puedo volver a tener dudas con Salvo; tendría dudas con ambos, y eso no puede ser... ¿O sí?», siguió dándole vueltas, ahí parada, sin mover ningún músculo del cuerpo.

En un extraño arrebató, metió el libro en la maleta, bajo varias capas de ropa, mientras un escalofrío le recorría la espalda.

Respiró hondo y cerró la maleta con energía.

«Voy a visitar Venecia con Mimì», se dijo convincentemente.

Sin embargo, mientras se cambiaba de ropa y se lavaba la cara, no pudo evitar pensar en que también le hubiera gustado visitar Venecia con otra persona, y le asaltó una pregunta a su mente:

«¿Por qué tuviste que mentirme, Salvo?».

XXIV

Con las energías supuestamente renovadas, Mina salió del baño y se unió a Mimì para ir a dar una vuelta. Cuando estuvieron en la calle, durante un segundo ambos dudaron si ir hacia la derecha o hacia la izquierda, si volver hacia la entrada de Venecia por Rialto o adentrarse más en la ciudad.

—Vamos —dijo Mina tomando la iniciativa mientras giraba a la izquierda—, al estar cerca del puente, ya tendremos tiempo de pasar por él.

Aparte del Gran Canal, el Ponte di Rialto y la Piazza San Marco, Venecia tiene un sinfín de lugares que visitar. Callejuelas tan estrechas en las que apenas cabe una persona, canales escondidos cuyas aguas mojan las paredes de centenares de palacios e iglesias que pasan desapercibidas a ojos de los turistas...

Sin tener ni idea de qué calle cogía, Mina pasó entre dos edificios con las paredes tan juntas que apenas dejaban traspasar la luz del sol.

—¿Dónde me llevas? —preguntó Mimì un poco preocupado siguiendo a Mina de cerca.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?! —exclamó alarmado.

—Pues no lo sé —respondió riendo Mina—, pero, como tú dices, no te preocupes.

—Pero yo te lo digo cuando es verdad.

—En parte lo es —contestó Mina—. En el peor de los casos vamos a encontrarnos con el canal.

Mina oyó cómo Mimì suspiraba tras ella por la desesperación, algo que seguramente habría hecho ella si la hubiera guiado Martina o... Salvo, por ejemplo. Sacudió la cabeza para quitarse la imagen de aquella persona de su mente, y más cuando no tenía claro que ese fuera su nombre. Por suerte, la extraña manera en que discurrían las calles de Venecia, entrecruzándose con plazas singulares y pequeñas que en realidad no eran tales, sino las mismas calles que se ensanchaban y se estrechaban sin un sentido aparente, obligaba a Mina a tomar rápidas decisiones sobre qué dirección tomar.

Allí por donde pasaban había tiendas de productos típicos de la ciudad, como las máscaras de carnaval o cristal de Murano, aunque también otras *normales* de ropa, comida o agencias de viajes. Además, muchas de ellas no eran simples tiendas, sino auténticos talleres en los que se trabaja la piel o el vidrio con el fin de ofrecer un producto de lujo a los visitantes que quisieran algo más que una camiseta o una máscara de cartón.

Mina, aunque andaba a paso decidido, no corría y ni tan siquiera iba deprisa, sino que se dejaba llevar por el ritmo de la gente que se entretenía a contemplar a los artesanos mientras hacían las cosas como siglos atrás. Y, aunque al principio le costó callejear de aquella manera tan anárquica, Mimì acabó aceptando esa forma peculiar de visitar una ciudad como Venecia y dejar atrás listas de monumentos, museos y demás.

Cuando el sol estaba en lo más alto del cielo, Mina sintió cómo su estómago se revolvía. Desde que habían salido aquella mañana temprano de casa de Mimì, no había comido nada.

—¿Comemos?

—De acuerdo —respondió él—, pero no conozco...

—No tienes que conocer un restaurante para comer bien —lo cortó ella justo en el instante en que los edificios se abrían y entraban en un *campo* cuyo nombre desconocían por completo.

En particular, aquella plaza tenía varias terrazas, cada una de ellas perteneciente a su respectivo restaurante.

—Podemos comer algo sencillo, una *pizza* o un plato de pasta —propuso Mina disfrutando del espacio de aquella plaza después de tanto rato andando por pequeñas calles—. Ahí mismo, por ejemplo.

Con un dedo señaló un restaurante que parecía especializado en *pizza al taglio*. Con una mirada suspicaz, Mimì observó el lugar, que difería en mucho de lo que él habría escogido.

—Pero esta noche cenamos en un restaurante como Dios manda, ¿de acuerdo? —dijo Mimì ofreciendo su mano.

Mina la sacudió con fuerza y respondió:

—Trato hecho.

* * *

Después de comer un par de trozos de *pizza* cada uno, que incluso el fino paladar de Mimì alabó, y sin saber hacia dónde dirigirse, preguntó:

—Y ahora ¿qué?

Mina lo observó con una ceja levantada mientras descansaba echada hacia atrás en el respaldo de su silla.

—¿A dónde vamos?

Mina se encogió de hombros.

—¿Me prometes que en cuanto nos levantemos no empezarás a callejear sin ton ni son? —preguntó incrédulo Mimì.

Mina siguió observándolo sin responderle hasta que, después de un buen rato, durante el cual cerró los ojos y dejó que la húmeda brisa procedente de los canales le acariciara el pelo, contestó:

—Si sabes a dónde ir, no voy a callejear a lo loco, te lo prometo —sonrió.

—¿Seguro?

—Seguro, a no ser que quieras ir a la Piazza San Marco.

—¿Por qué? ¿No quieres ir? —preguntó extrañado Mimì.

—No es que no quiera, pero me gustaría acabar el día ahí, viendo cómo el sol se pone en la laguna.

Mimì asintió; entendía a qué se refería Mina.

—Me sorprende que no hagas fotos de todos los paisajes que has estado viendo las dos últimas semanas.

Mina se tocó la sien con el dedo índice.

—Esta es mi cámara de fotos —respondió—. Hoy en día se pueden conseguir fotografías chulísimas de todo el mundo en internet, pero lo importante es tener el recuerdo del lugar que has visto con tus propios ojos, no a través de un objetivo.

Sin decir nada, Mimì se levantó y empezó a andar mientras Mina se apresuraba a unirse a él.

—Veo que entonces sí que sabes a dónde vas —dijo cuando se puso a su altura.

—Claro que lo sé.

—Pero ni tan siquiera sabes cómo se llama esa plaza.

—Durante la comida he tenido tiempo de ver el cartel con el nombre, así como la dirección del restaurante donde hemos comido.

Mina sonrió, ella no había prestado atención a aquello. La antigua Mina, la Mina anterior al viaje a Italia, la Mina que había defendido una tesis

doctoral, sí que lo hubiera visto. Sin embargo, la Mina de ahora no se preocupaba por los nombres, sino por lo que podía disfrutar. Esa Mina que, sin darse cuenta, había cambiado, que ya no era la misma gracias a... Salvo.

«¡Maldita sea!», protestó Mina para sus adentros. Siempre salía a relucir Salvo y cómo había llegado a su vida y a su corazón.

Se abrieron paso a través de una pequeña calle, una más entre los centenares que recorrían Venecia de arriba abajo, hasta que fueron a parar a otra de formas irregulares, presidida por un edificio blanco con cuatro columnas en la entrada. El sol parecía haber sido creado solo para iluminarlo, para anunciar que estaba allí, y no era para menos, ya que se encontraban frente a La Fenice, la ópera de Venecia.

—¿También tienes entradas? —preguntó Mina.

—No, esta vez no, lo siento —respondió Mimì riendo. Mina lo había cogido por sorpresa.

—Yo simplemente preguntaba, no fuera a ser que vinieses preparado —insinuó con una sonrisa pícaro.

Se pasearon por la plaza y observaron aquel edificio desde todos los ángulos. En apariencia era pequeño, pero, en realidad, su interior era sorprendentemente grande, o al menos eso explicó Mimì.

—Hace un par de años estuve en una fiesta; era todo muy sofisticado —explicó—, y fue un lugar que me cautivó. Por fuera no parece otra cosa que un pequeño edificio administrativo, pero por dentro... Es increíble. Es distinta de las óperas de París o Milán, cuyos exteriores ya delatan la grandeza del lugar y...

Las palabras de Mimì se perdieron en los oídos de Mina, que siguió asintiendo mientras escuchaba lo que Mimì le contaba, pero algo en su interior le decía que aquello no era lo que ella quería. Mimì era perfecto... Demasiado perfecto. Podía ser que encontrara a su media naranja, pero no era él. Demasiada clase, demasiado dinero, demasiada sofisticación. ¿La ópera? Como capricho de un día, como en Verona, Mina no podía negar que tenía interés, pero aquello no iba con ella. Mina necesitaba a alguien más normal, más mundano, más espontáneo, alguien que fuera diferente a ella para que encajaran a la perfección.

—¿Te estoy aburriendo?

—No, no, tranquilo, estaba disfrutando de la plaza y...

—Habías dejado de escucharme, lo sé —la cortó Mimì con una sonrisa cómplice.

—Un poco —admitió ella.

—Bueno, no pasa nada —respondió él.

Durante un instante se miraron; era como si Mimì hubiera leído en su mente lo que acababa de pensar. Y, aunque sintiera algo diferente, la comprendía.

—Voy a llevarte a un lugar excepcional al que no va mucha gente porque queda lejos de las rutas habituales.

Mimì la condujo de nuevo por los callejones de Venecia, cuyas paredes de piedra, tan antiguas o más que la ciudad, rozaban con los hombros al pasar. Se habían intercambiado los papeles. Ahora era él quien la guiaba, mientras que ella sentía que cada calle, cada esquina y cada puente eran nuevos y desconocidos. Hasta que, tras unos minutos en los que parecía que hubiesen pasado por lugares prohibidos, o al menos privados, llegaron frente a la iglesia de San Vidal, cuya plaza se abría al Gran Canal.

Aunque Mina no era una gran conocedora de las calles de Venecia, lo que sí supo identificar de inmediato fue el Ponte dell'Accademia, que conectaba los barrios de San Marco y Dorsoduro.

Durante los días pasados con Mimì, Mina pudo comprobar que, aunque amante de la música y del arte en general, no era muy habitual de los museos, por lo que al pasar frente a la Gallerie dell'Accademia dudó que fueran a entrar. Y no lo hicieron, sino que siguieron andando por la orilla del Gran Canal en dirección a la desembocadura.

A cada paso que daban, tenían la impresión de que se acercaban más al mar, como sucede en el rompeolas del Puerto Olímpico de Barcelona, donde se pasa de estar en tierra a casi andar por encima de las olas.

Al principio Mina no sabía hacia dónde iban, ya que en esa dirección no había nada, seguramente alguna iglesia, como en cada esquina de Venecia, pero nada que pudiera atraer su atención; pero se equivocaba.

Cuando se acercaban al destino, a su izquierda, asomaron por encima de los edificios que daban al canal la torre del *campanile* y las peculiares cúpulas de la basílica de San Marco. Tras recorrer los últimos metros por una calle estrecha, con un edificio alto a un lado y el canal al otro, llegaron a una placita triangular situada en la desembocadura del canal.

—Bienvenida a la Punta della Dogana —anunció Mimì—. Por sí solo no es el lugar más bonito de Venecia, pero sus vistas son inmejorables.

Mina no respondió; no tenía por qué hacerlo, ya que Mimì tenía toda la razón. Desde ese apartado lugar, se contemplaba una vista perfecta de San

Marco y su *campanile*. La plaza quedaba oculta tras los edificios que la rodeaban, pero no por ello le restaba valor.

—Ven, siéntate conmigo.

Mimì la invitó a sentarse al borde de la orilla, con los pies colgando sobre las aguas del canal. Mina no lo dudó ni un instante y se colocó a su lado mientras veían pasar las barcas frente a ellos y el sol avanzaba lentamente sobre sus cabezas.

* * *

Ninguno de los dos supo decir cuánto tiempo estuvieron ahí, sentados al borde de la Punta della Dogana, contemplando la vista sin decir nada. Solo de vez en cuando sus manos se rozaban discretamente, con una caricia sutil, como quien quiere tocar sin ser tocado.

Mimì miró la hora en su reloj de pulsera.

—Deberíamos ir tirando; si no, no encontraremos nada para cenar.

Mina no respondió. Miró al cielo y vio que el sol hacía ya rato que había empezado a bajar hacia el horizonte.

—Vayamos a San Marco.

—¿Ahora?

Mina señaló al sol.

—Creo que es el momento oportuno para tener la vista que estaba buscando.

Con paso decidido pero sin prisa, deshicieron el camino andado hasta la Punta, cruzaron el Gran Canal por el Ponte dell'Accademia y se adentraron de nuevo en las callejuelas que llevaban hasta el centro neurálgico de la ciudad de los canales, la Piazza San Marco.

Como bien había supuesto Mina, cuando llegaron a la plaza vieron el espectáculo que ofrecía la luz del ocaso al reflejarse con intensidad sobre las calmadas aguas de la laguna y brillar a contraluz del *campanile* y de las columnas de San Marco y San Todaro.

—¿Cómo has podido prever que tendrías una foto de postal como esta? —le preguntó Mimì cuando ambos contemplaban la imagen desde la basílica.

—No sé, me lo he imaginado y he querido comprobar si tenía razón —respondió sin más Mina.

Aunque las dudas de Mina seguían bullendo en su interior, tanto sobre Mimì como sobre Salvo, se calmó un poco.

«Dentro de unos días, volverás a Barcelona. De Salvo no volverás a saber nada más. Y Mimì, aunque siga siendo un buen amigo, dudo mucho que deje su trabajo para ir a Barcelona... ¿Irías tú a Maranello?», se dijo para sus adentros dándose cuenta de que Mimì no parecía atarla tanto. Algo le decía en su interior que, a diferencia de Salvo, no lloraría cuando se separaran.

Pero los pensamientos de Mina se cortaron de repente.

—Oye, ¿conoces a ese? —preguntó Mimì.

—¿Por?

—Nos está saludando y yo no lo conozco.

Mina agudizó la vista. Con la luz de frente, no distinguía bien a quien la estaba saludando, pero cuando se acercó Mina no pudo creérselo.

—¿Salvo? ¿Qu-qué haces aquí? —preguntó tartamudeando.

Salvo no dijo nada. Sin embargo, Mimì sí.

—¿Este es el tal Salvo?

Mina asintió, y cuando vio que Mimì iba a intervenir para que Salvo no la molestase, lo cogió del brazo y lo detuvo.

—Tranquilo, Mimì, no es asunto tuyo.

—Pero...

Mina le acarició el hombro. Ya tenía suficiente con encontrarse con Salvo en Venecia como para ver cómo discutían los dos hombres.

—Es cosa mía.

Con el ceño fruncido, Mimì aceptó las palabras de Mina y se alejó de ella.

—Si me necesitas, estaré ahí tomándome algo —le susurró mientras se marchaba.

Cuando Mina y Salvo estuvieron solos, no supieron qué decirse. Mina no esperaba encontrárselo ahí y Salvo, aunque había pensado mil cosas diferentes, todas se habían borrado de su mente al verla.

—Veo que tienes un nuevo guía —dijo Salvo sin esconder su verdadero acento de Barcelona.

—Sí, pero este es italiano de verdad.

Salvo tragó saliva. Su primer comentario, que pretendía ser una broma para romper el hielo, se había vuelto en su contra.

—¿Qué quieres? —preguntó Mina con frialdad.

—No... no lo sé —respondió Salvo nervioso—. Supongo que disculparme. En Florencia no tuve la oportunidad de explicarme y... y... y... Lo siento, Mina —dijo Salvo mientras las palabras salían a borbotones de su garganta—. Lo siento de verdad. Quería decirte la verdad. No esperaba llegar a sentir lo que sentí por ti, pero, después de los días pasados en Roma, no dudé ni un instante en seguir contigo... Y cada día que pasaba me daba cuenta de que debía decirte la verdad, pero no tenía valor... No tenía valor para arriesgarme a perderte... Y al final te perdí. Lo siento de verdad.

Mina escuchó las palabras de Salvo con atención, pero su rostro no mostró ningún tipo de sentimiento.

—Y ¿por eso has venido hasta aquí? ¿Me has seguido?

Salvo sacudió nervioso la cabeza.

—¡No, no, no! Sabía que vendrías a Venecia, me lo dijiste. Roma, Florencia y Venecia eran paradas imprescindibles en tu viaje. Llevo tres días esperándote aquí. Supuse que tarde o temprano pasarías por San Marco.

—Y ¿qué quieres? —insistió Mina arisca.

Salvo dudó unos instantes. Quería aclararse las ideas antes de ponerse a balbucear como un tonto.

—Que me perdones —dijo con el corazón en la mano.

Mina lo examinó. La verdad era que sintió pena. Daba la impresión de que los últimos días había malvivido de cualquier forma. Seguramente no se afeitaba desde que Mina lo echó fuera de la habitación del hotel de Florencia ni dormía bien desde hacía al menos una semana. Durante unos instantes, su corazón se ablandó. Estuvo a punto de perdonarle, pero al recordar lo mal que se lo había hecho pasar no pudo.

—Si quieres sentirte perdonado, te perdono. No te guardo rencor; si no hubiese sido por tu mentira, ahora no habría conocido a Domenico —dijo señalando con la cabeza a Mimì, que se estaba tomando un refresco en la terraza de un bar de la plaza.

—Gra-gracias —respondió Salvo acercándose a ella, pero Mina lo detuvo.

—Pero no esperes que seamos amigos... —La voz de Mina se quebró, lo suficiente para que Salvo lo pudiera sentir—. Yo... yo... yo te quería, Salvo, y me mentiste...

—Mina, por favor, yo...

—¡Largo! —bramó Mina haciendo que la gente de su alrededor se girara, incluido Mimì, que se puso en alerta—. Desaparece de mi vida, Salvo,

me rompiste el corazón.

—Mina... Yo...

Mina cerró los ojos, bajó la cabeza y le dio la espalda, dejando a Salvo plantado en mitad de la Piazza San Marco mientras veía cómo se alejaba el amor de su vida y otro la consolaba.

—Mina, yo también te quiero —dijo. Entretanto, su corazón a duras penas recompuesto volvía a romperse.

XXV

A pesar del inesperado encuentro con Salvo, aquella noche, tal y como habían planeado, Mina y Mimì fueron a cenar a un restaurante elegante, no muy lejos del hotel en el que se hospedaban.

Aunque la comida era excelente —Mina no había probado jamás un pescado tan bueno como aquel— y el lugar incomparable —la mesa estaba en una pequeña terraza en la parte trasera del restaurante, a solo medio metro del agua—, ninguno de los dos estaba animado para convertir aquella cena en una inolvidable velada.

Intercambiaron pocas palabras. Hablaron de la comida o de lo bonita que era la ciudad, pero ninguno de los dos osó sacar el tema del que realmente querían hablar: la reaparición de Salvo.

Después de cenar, Mimì propuso dar un agradable paseo por la orilla del Gran Canal, aprovechando que la afluencia de turistas había bajado, y Mina no se negó. La brisa de la laguna los acompañó todo el rato, pero siguieron sin hablar, tensos por no atreverse a hacerlo. Mina iba agarrada del brazo de Mimì y él le cogía la mano, como si quisiera protegerla.

Esa extraña e incómoda situación se alargó hasta que llegaron a la habitación del hotel. Era demasiado tarde para hacer turismo y demasiado pronto para ir a dormir, así que Mimì se sirvió una copa del mueble bar e invitó a Mina, pero ella rehusó y se sentó en el sofá mientras se abrazaba las piernas.

El silencio aún hacía que la situación fuera a peor, así que Mimì optó por encender la radio para que al menos hubiera un hilo musical, pero, desafortunadamente, la canción que sonaba era *Com'è triste Venezia*, cantada por Charles Aznavour.

—Lo siento, no pretendía... —empezó a decir Mimì con la intención de apagar el aparato, pero Mina lo interrumpió.

—No, déjalo, está bien.

Mimì, viendo cómo la que se había convertido en su amiga en tan pocos días se sumergía en la más grande de las tristezas, no pudo evitar preguntar:

—Le quieres, ¿verdad?

Mina se sorprendió al oír aquella pregunta, y más viniendo de un hombre con el que había compartido algo más que una amistad.

—No parecía mal tipo —siguió Mimì—. Si no me hubieras dicho que te mintió, incluso habría creído que era italiano.

Mina sonrió tristemente al oír la broma.

—Bueno, vive en Roma, algo se le habrá pegado —respondió pesadamente.

Mimì dio un trago a su copa y se sentó al lado de Mina, abrazándola por los hombros.

—Yo todavía no sé qué siento por ti —confesó Mimì—. Dejando de lado lo que sucedió en mi casa, sé que tampoco lo tienes muy claro, ¿me equivoco?

Mina negó con la cabeza.

—Pero, a mi pesar, sí puedo ver que sientes algo por Salvo —siguió Mimì—. Te mintió, vale, pero aun así sigues sintiendo algo por él, aunque tu orgullo te impide perdonarlo de corazón por no decirte la verdad.

Mina no dijo nada, pero Mimì, para su sorpresa, estaba dando en el clavo con cada palabra que decía.

—Yo, en tu situación, no sabría qué hacer, ni tan siquiera si un tío tan guapo como yo fuera la alternativa —dijo con sorna intentando que Mina alegrara la cara—. Pero lo que está claro es que debes hacer algo; no puedes estar a medio camino entre olvidarlo o perdonarlo.

Durante unos segundos, Mimì guardó silencio. Estaba midiendo las palabras para que Mina encontrara en él a alguien en quien confiar, no solo porque sintiera algo por ella, sino porque, a pesar de todo, quería seguir considerándola su amiga.

—Quiero hacerte una pregunta y me gustaría que respondieras con sinceridad —continuó Mimì—, ya que de ese modo sabré cómo actuar, ¿de acuerdo?

Mina asintió a la vez que lo miraba con los ojos humedecidos; no lloraba, pero casi.

—¿Tengo alguna posibilidad de que llegues a sentir por mí lo que me parece que sientes por Salvo?

Al oírla, Mina no supo qué decir. Era una pregunta difícil, no solo de responder, sino también de plantear, y agradecía que Mimì fuera tan valiente como para atreverse a pronunciarla.

—Creo que no...

—Comprendo —la cortó Mimì. Su corazón no se había roto, pero alguna grieta sí que había surgido en él, no por lo que sintiera en ese momento, sino por lo que esperaba poder sentir en el futuro.

—Mimì, no te equivoques. Me encanta tu compañía, creo que eres la mejor persona que me haya podido encontrar; sin embargo, siento que eres demasiado perfecto para mí.

Mimì sacudió la cabeza.

—Es la primera vez que me rechazan diciéndome que soy demasiado bueno —repitió divertido. Mina sonrió y él dijo—: Mina, ahora en serio, no te preocupes. Sé que no eres la única mujer que existe, pero prefiero tu amistad antes que forzarte a que me quieras.

—Gracias, Mimì. Yo también necesito un amigo en el que confiar en lugar de otro corazón roto —añadió Mina.

Sin saber exactamente por qué, aquellas palabras terminaron en un beso mientras las lágrimas de ambos descendían por sus mejillas y se mezclaban antes de caer sobre el sofá.

Aunque acababan de aclararse las cosas, y los dos sabían que nada podía ocurrir entre ellos, el beso los llevó a abrazarse y el abrazo los llevó a la cama. Sobre el blando colchón de aquella lujosa habitación, sus cuerpos se entrelazaron mientras se quitaban la ropa el uno al otro y antes de repetir una vez más lo que habían hecho en casa de Mimì.

Puede ser que no estuvieran enamorados. Puede ser que no llegaran a compartir una vida. Pero se querían, y sabían que lo que ocurriera aquella noche en aquella habitación quedaría entre ellos como la mejor despedida posible entre dos buenos amigos.

* * *

A la mañana siguiente, amaneció como todos los días y, aunque Mina hubiera creído la tarde anterior que todo estaba a punto de terminar, la vida seguía.

A pesar de que continuaba sin tener claro qué hacer con Salvo, sobre todo porque tampoco sabía dónde encontrarlo, haber aclarado las cosas con Mimì y haber compartido la última noche con él hizo que estuviera de mejor humor.

Después de desayunar y preparar su maleta, Mimì acompañó a Mina al aparcamiento para que pudiera reencontrarse con su querido cochecito.

—¿Seguro que no quieres quedarte unos días más? —le preguntó él.

—Seguro. Creo que lo mejor que puedo hacer es regresar a casa; la vuelta a la rutina me ayudará a esclarecer mi cabeza y mi vida —respondió Mina.

Cuando Mimì supo que ella había tomado la decisión de dar por terminada su aventura, insistió en que se quedara, y llegó incluso a ofrecerse para buscar otra habitación para no verse obligados a compartir cama, pero Mina se negó. Así que, en ese momento, justo antes de que ella subiera al coche para salir de su vida tan abruptamente como entró, no quiso insistir.

Mimì ayudó a Mina sacar el coche de la plaza de aparcamiento, sobre todo porque su Ferrari estaba al lado y no quería que se lo rayase, o al menos esa fue la broma que le hizo a Mina.

Con el coche en marcha y a punto para reemprender el camino de vuelta a casa, Mina bajó la ventanilla.

—Bueno, ha llegado la hora de despedirse.

—Eso creo —respondió Mimì, que, por primera vez en todos esos días, se mostraba inseguro—. Cuando regreses a Italia no olvides que estoy aquí.

—Lo mismo te digo si vienes a Barcelona.

Aunque ambos sabían que era la hora del adiós, ninguno de los dos quería ser el último en despedirse, pero alguien tenía que hacerlo. En un arrebato, Mina salió del coche y abrazó a Mimì.

—Te voy a echar de menos —le dijo al oído.

—Y yo a ti, Mina, y yo a ti.

Sin saber qué más hacer y con un nudo en la garganta, Mina le dio un beso en la mejilla.

—De todos los besos que me has dado estos días, este ha sido el más dulce —dijo Mimì mientras ella subía al coche.

—Adiós, Domenico —dijo al fin Mina mientras hacía que su coche avanzara lentamente.

—Adiós, Guillermina —respondió Mimì—. ¡Llámame para todo lo que necesites!

Como respuesta, Mina sacó la mano por la ventanilla y se despidió de Mimì. Sin quererlo y aunque al principio parecía que su relación iba a convertirse en otra cosa, ambos habían creado un vínculo que ni el tiempo ni la distancia romperían. Eran amigos, y eso era algo difícil de quebrar.

* * *

La llegada a Barcelona fue inesperada. El viaje había sido largo, incluso se había visto obligada a dormir una noche en un pequeño hotel de carretera, pero, tras dos días enteros conduciendo, cruzando túneles y puentes y pagando peajes, llegó a Barcelona.

La primera parada fue obligada: debía devolver el coche a su padre antes de que volviera a estropearse.

—¿Ya has vuelto, Guille? —preguntó su padre—. Por cómo me lo dijiste, me pareció entender que tardarías más en hacerlo.

—Estos viajes improvisados son así —respondió ella evitando entrar en detalles—. Además, Sant Jordi se acerca y tendré que estar en la librería.

—Bueno, para Sant Jordi aún falta una semana, podrías...

Mina lo cortó con un abrazo. A pesar de no haberlo llamado, nunca podría llegar a agradecerle del todo que le hubiese prestado el coche, aunque, en cuanto lo vio, su padre le dedicó una mirada severa.

—Ha pasado por un taller —afirmó él.

—¿Có-cómo lo...?

—No te preocupes del cómo, simplemente dime el porqué.

Mina tragó saliva

—El motor falló.

—Pero si...

—Por suerte, conocí a alguien de Ferrari y me lo arreglaron sin problemas.

—¿Ferrari?

—Sí.

—¿Estás diciendo que mi coche lo han reparado en un taller de Ferrari?
¿En Maranello?

—Sí... ¿Es algo malo? —preguntó Mina preocupada por la reacción de su padre.

—¡No, es magnífico! ¿Tienes los papeles que lo demuestran?

Mina no pudo evitar suspirar agradecida por la suerte y por la milagrosa aparición de Mimì en los Apeninos.

Después de contarle por encima el viaje a su padre y de hablar brevemente con Gloria y los niños, ella se acercó a Mina con discreción y le dijo:

—Al final ¿no te lo quedas tú? —le preguntó al oído mientras él se entretenía en comprobar que el coche estuviese como debía estar.

—Parece que no. Además, ahora da la impresión de que vale todavía más.

Gloria resopló desanimada. Creía que con aquello se sacaría de encima el pequeño Seiscientos, pero la jugada no le había salido como esperaba.

Mina no se entretuvo más, justificando sus prisas por el cansancio.

Sin embargo, sabía que todavía tenía que enfrentarse a algo más antes de llegar a casa y repasar el viaje como debía hacerse con Martina... Tenía que llamar a su madre.

Durante el trayecto desde Castelldefels hasta Barcelona, Mina aprovechó para realizar la temida llamada.

—Hola, mamá.

—Ya era hora —le espetó su madre—. ¿Sabes las veces que he llamado a tu compañera de piso?

Mina iba a responder, pero su madre siguió con su perorata.

—Demasiadas. No cuesta nada llamar a tu madre. Estaba tan preocupada por ti que un poco más y me veo obligada a llamar a tu padre para ver si sabía algo.

Mina volvió a hacer amago de decir algo, pero su madre la cortó antes de que pudiera abrir la boca.

—Pero bueno, ahora ya estás aquí, así que descansa y dentro de unos días quedamos para comer y me explicas cómo te ha ido.

Mina sabía que «unos pocos días» significaba un par de meses, pero así era su madre, un tiburón que no tenía tiempo para nada más que el trabajo, ni tan siquiera para mantener una conversación normal con su hija.

—Cuídate, pequeña.

—Adiós, mamá.

La llamada no había sido tan dura como esperaba, pero odiaba que su madre hablara con ella como si fuera un empleado o algún socio de negocios, donde ella decía todo y los demás solo hacían acto de presencia. Pero al menos ya se había terminado; ella volvía a su pisito de Gracia, sus padres estaban contentos porque sabían que su hija estaba sana y salva y el mundo seguía rodando sin que nada ni nadie lo pudiera impedir.

O al menos eso fue lo que creyó Mina mientras el taxi entraba en Barcelona por la Diagonal y se perdía en la jungla de asfalto de aquella ciudad que, sin darse cuenta, tanto había echado de menos.

* * *

Cuando Mina cruzó la puerta de su casa, no sabía ni el día del mes ni de la semana en el que estaba, pero, para su alegría, Martina le comunicó que era sábado, lo que quería decir que todavía le quedaba un día antes de volver al trabajo —a pesar de que oficialmente aún le quedaban días de vacaciones— y una semana para recuperar el ritmo en la librería para Sant Jordi, que era el domingo siguiente.

—Yo esperaba que cruzases esa puerta con un par de maromos italianos —dijo Martina mientras la abrazaba—, y veo que ni tan siquiera traes el que resultó ser de Barcelona.

—No hagas bromas, que suficientemente mal lo he pasado para que encima te regodees —dijo pesadamente mientras dejaba su maleta en el comedor.

Martina miró a su amiga. En verdad parecía cansada, pero lo había atribuido al viaje de vuelta; sin embargo, estaba claro que era cansancio espiritual. Martina se levantó, se acercó a Mina y, antes de que ella pudiera darse cuenta, la estrujó en un fuerte abrazo.

—Tranquila, Mina —dijo mientras comprobaba que Mina también la abrazaba con fuerza—, ya sabes lo que dicen: hay más peces en el mar.

—Pero resulta que a mí se me han escapado dos de los mejores —se lamentó Mina, que se había aguantado las quejas desde que salió de Venecia. Pensaba que había conseguido sacarse la tristeza de encima, pero solo la había contenido—. Al que me mintió lo rechacé, puede que de una forma demasiado contundente, y al que se quedó a mi lado también, porque seguía enamorada del otro...

El cuerpo de Mina empezó a temblar. No quería llorar —ya había derramado suficientes lágrimas—, no le apetecía; solo quería que el recuerdo de Salvo y Mimì desapareciera de su mente.

—Sigo sin comprender qué hice o por qué lo hice —añadió Mina aguantándose los sollozos—. Tenía ante mí al tipo perfecto: atractivo, con dinero y, lo más importante, atento. Pero yo, como una imbécil, lo dejé escapar. Y al otro, aunque no era tan perfecto, no quise perdonarlo; llevé su traición demasiado lejos y, visto con perspectiva, no era para tanto...

—¿Que no era para tanto? —preguntó Martina interrumpiendo a su amiga.

—Solo me dijo que era italiano cuando no lo era.

—Creo que eso es suficiente como para enfadarte, ¿no?

—Sí, pero —Mina calló durante un segundo antes de continuar— cuando quiso disculparse en Venecia...

Martina aflojó el abrazo y miró a su amiga a los ojos.

—¿Fue a Venecia en busca de una disculpa?

—Sí, me esperó varios días —respondió la recién llegada—. Quería que lo perdonase, y creo que fue sincero al decirme que solo me había engañado en eso, que el resto era verdad... Su forma de ser, los detalles de su vida, lo que sentía por mí... Y yo... yo... Lo escupí de mi vida, como si no fuera nada.

Martina la cortó y la volvió a abrazar a la vez que le daba unas palmaditas en la espalda.

—No te preocupes. Lo mejor que puedes hacer es calmarte e intentar quedarte solo con lo bueno de ambos. Cómo lo pasaste con ellos, los sitios que visitasteis, las bromas que seguro que os gastasteis... Los momentos más íntimos.

Mina se sorprendió al escuchar a Martina hablar de aquella forma tan adulta; siempre la había tenido por alguien que se tomaba la vida con humor. Pero ahí estaba, actuando como la mejor amiga que tenía y buscando la forma para que se le pasaran las penas.

—Gra-gracias, Martina.

—¿Por?

—Por esto... Por el hotel de Roma... Por ayudarme con mis padres... Por todo lo que has hecho.

—Tú misma lo has dicho, soy tu amiga —respondió con solemnidad— y, entre otras cosas, tengo la obligación de consolarte, de ayudarte con tus problemas, sean paternos o de alojamiento... Vamos, lo normal en una amiga.

—Gracias de todas formas.

Ahora fue Mina la que volvió a apretar el abrazo y, aunque de sus ojos aún caía alguna lágrima, en su interior empezaba a iluminarse de nuevo la luz de la esperanza. Se recuperaría, y estaba segura de que no tardaría demasiado.

XXVI

Aunque el regreso a la rutina y al trabajo fue más duro de lo que Mina esperaba, no distaba mucho de cuando se regresaba de unas vacaciones cualesquiera. Cuando Mina cruzó la puerta de la tienda el lunes a primera hora de la tarde, Irma no la esperaba.

—¡Hola, Mina! No esperaba verte hasta el viernes o el sábado, incluso llegué a pensar en que me dejarías tirada por Sant Jordi.

—¿Por quién me tomas? —preguntó Mina con sorna.

Irma sonrió ante la broma de su empleada mientras iba a la trastienda a dejar sus cosas y a prepararse para ponerse a trabajar.

—¿Ha ido como esperabas que fuera? —le preguntó Irma mientras ordenaba unos libros.

—Más o menos —respondió Mina dudando si entrar en detalles con su jefa, pero al final añadió—: Tuve un par de romances, pero ninguno funcionó.

—¿Un par de romances? Y lo dices así, sin más. No te tenía por una rompecorazones.

Mina sonrió pesadamente.

—Bueno, pero salí mal parada. Al final, a la que se le rompió el corazón fue a mí —respondió.

—Lo siento, Mina, de verdad.

—No te preocupes, estoy pegando las piezas y de momento parece que aguanta —bromeó forzándose a sentirse optimista.

Durante unos segundos ambas mujeres permanecieron calladas, hasta que Irma rompió el silencio.

—No te preocupes. Si regresaste sola, es porque no era tu momento —afirmó—. Quién sabe; puede que un día, sin darte cuenta, tu príncipe azul cruce la puerta de esta tienda y...

—Y resulte que te busca a ti —la interrumpió Mina en broma.

—Ojalá, ya me conformaría con uno de tu edad —respondió Irma riéndose mientras dejaba que su imaginación volara—. Pero si quieres, ya me entiendes.

—Sí, tranquila.

Después de aquella conversación inicial, que sacó a relucir el mismo consejo que le había dado Martina al llegar a casa («hay más peces en el mar»), Mina volvió poco a poco a la rutina de su trabajo mientras le explicaba retazos de su viaje a Irma.

* * *

Tras una semana de trabajo, era como si Roma, Florencia y Venecia hubieran vuelto a alejarse de Mina, del mismo modo que las vivencias que tenía de aquellas ciudades y los dos hombres que había conocido habían pasado a ser recuerdos.

Aunque al principio estaba un poco asqueada por tener que volver al trabajo en la semana más dura de todo el año, después lo agradeció. El duro trajín de preparación para Sant Jordi implicaba volcarse completamente en la tienda: recibir los ejemplares de los últimos libros, comprobar *stocks*, marcar precios, decidir qué libros estarían en las estanterías principales para llamar la atención...

Y, sin que se diera cuenta, llegó el domingo, el día de Sant Jordi. Aquella semana se le había pasado volando.

«Ya hace siete días que regresé», se dijo sorprendida por no sentir nostalgia de los lugares que había dejado atrás.

Pero no tuvo tiempo para muchas más reflexiones, ya que, en cuanto subieron la persiana, la locura de Sant Jordi se desató. En los últimos años, aquella fiesta de la cultura había pasado de ser una celebración a todo un acontecimiento. La gente se movía como si fuera una marea, o un tsunami, por las principales calles de Barcelona; entraba en todas y cada una de las librerías que encontraba a su paso y repasaba con detalle las paradas que había en la calle, aunque siempre viera los mismos libros.

En la librería en la que trabajaba Mina, su jefa había decidido no montar un puesto en la calle después de intentarlo un año y descubrir que dos personas solas no pueden con ambas cosas. Así que, desde entonces, si alguien quería comprar un libro en IrmaBooks, tenía que entrar.

Como iba siendo habitual, fue tal la afluencia de clientes a la tienda que Mina llegó al extremo de atenderlos sin fijarse ni tan siquiera en su cara. Iba de una punta a otra de la tienda haciendo recomendaciones, cobrando libros,

ayudando a los clientes, ordenando estanterías, etcétera, etcétera. Y, como sucedía siempre en ese día, aunque Irma y Mina estaban en todo momento a no más de una decena de metros, no se intercambiaron ninguna palabra excepto:

—Mina, ¿dónde están los Follett?

—Irma, ¿algo parecido a *Juego de tronos*, pero diferente?

—Mina, ve al almacén y saca más *Harry Potter*.

Y así todo el día. La gente se le acercaba, le hacía un par de preguntas, Mina se las resolvía, sin quedarse con la cara de la persona que tenía enfrente, y acababa por cobrar tres o cuatro libros.

Era la locura de Sant Jordi. Cada año era igual o más exagerado. Pero, a pesar de todo, ella disfrutaba y, este año en particular, lo agradecía porque le estaba permitiendo borrar de su mente todo el daño que le habían hecho durante las semanas anteriores.

En un momento determinado, cuando Irma y Mina se encontraban detrás de la caja, una acabando de cobrar a un cliente y la otra esperando para hacerlo, Irma le preguntó:

—¿Vas bien?

—Perfecto, como siempre.

Irma sonrió, miró hacia la puerta, al otro extremo de la tienda, y apenas pudo verla por la cantidad de clientes que había en el interior de la librería.

—Dime que vamos a sobrevivir —le ordenó su jefa.

—Vamos a sobrevivir.

Y, con esas palabras, volvieron al trabajo con sus respectivos clientes. Mientras Irma atendía a una mujer cargada con media docena de bolsas llenas de libros, Mina se acercó al siguiente cliente que esperaba en la cola: un hombre que, como era habitual, sostenía una rosa en las manos. Pero Mina no se fijó en su cara, simplemente preguntó:

—¿En qué puedo ayudarle?

El hombre permaneció en silencio unos segundos mientras Mina ordenaba distraídamente los tiques esparcidos por encima del mostrador.

—Quería darte esto —afirmó el hombre ofreciéndole la rosa.

Mina miró fijamente aquella rosa roja sobre la cual aún se podían ver algunas gotas de agua en equilibrio sobre la aterciopelada superficie de sus pétalos. Poco a poco, su mirada fue subiendo desde la rosa, pasando por el pecho del hombre, hasta llegar a su cara.

«No me lo puedo creer», pensó Mina.

Frente a ella estaba Salvo, que esbozaba una sonrisa incómoda y consiguió que todas las fuerzas de Mina se desvanecieran.

Durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada; solo se oían las protestas de la gente al ver que la cola no avanzaba. A ambos les sucedió lo mismo que cuando se habían reencontrado en Venecia: no sabían exactamente cómo reaccionar, qué decir o qué hacer.

Sin embargo, un acto reflejo recorrió el cuerpo de Mina y la obligó a lanzarle una sonora bofetada a Salvo. El ruido hizo que todos los presentes, clientes y curiosos se callaran de golpe y se dieran la vuelta para ver qué había sucedido.

No era que Mina quisiera darle tal sopapo, pero su subconsciente opinaba lo contrario. Aunque tampoco quedaba muy claro qué quería, ya que, un instante después de haberle arreado la bofetada, Mina se lanzó al cuello de Salvo por encima del mostrador y lo besó con pasión en los labios.

La gente no sabía qué decir. Para ellos era como estar viendo una película cuyo final se intuye, pero que no se quiere dar por sentado por si el director decide dar un giro y sorprender al espectador.

—Has tardado más de lo que esperaba —dijo Mina cuando se separaron.

—He venido tan deprisa como he podido —respondió Salvo haciéndose a un lado y señalando con la cabeza al hombre que esperaba un par de metros por detrás de él.

—¿Mimi? —preguntó atónita Mina, a lo que el de Maranello solo respondió guiñándole un ojo.

—Me vino a buscar y me ha traído aquí en su coche —explicó—. Yo al principio no quería, pero él me convenció de que era lo mejor que podía hacer en mi vida... Y creo que no se equivocaba.

Con esas palabras, Salvo volvió a ofrecerle la rosa, que Mina miró con suspicacia.

—Espero que al menos la rosa sea de verdad.

Salvo sonrió nervioso.

—Acabo de comprarla en la floristería —contestó él mirándola con los ojos cargados de esperanza, y le preguntó—: Entonces, ¿me das otra oportunidad?

El silencio que había reinado en la librería se agudizó cuando la gente contuvo la respiración a la espera de la respuesta final y decisiva.

Sin embargo, Mina giró sobre sus talones y se encaminó a la trastienda. La gente creyó que el pobre Salvo no tendría una segunda oportunidad; sin

embargo, ella volvió a aparecer con algo en las manos.

—Toma, creo que esto es tuyo.

Entre sus delicadas manos estaba el manoseado ejemplar de *Lo scudo di Talos*, de Valerio Massimo Manfredi.

—Creí que lo había perdido en Florencia.

—Lo guardé yo, no pude deshacerme de él. Era como si, a pesar de mis palabras, no quisiera que desaparecieras de mi vida del todo.

Y, sin más rodeos, le devolvió el libro y le dio un segundo beso; la gente empezó a aplaudir y a silbar como si hubieran sido partícipes de toda la historia, y no solo del final.

Fue en ese momento cuando Mina se dio cuenta de que se había convertido en el centro de atención y miró a Irma en busca de ayuda.

—Cinco minutos y vuelve —le ordenó.

Sin perder tiempo, Mina cogió de la mano a Salvo y salieron a la calle seguidos por Mimì, mientras los clientes de la librería seguían aplaudiendo y le daban palmadas de enhorabuena en la espalda a Salvo por la suerte que había tenido.

Una vez fuera, Mina vio que el Ferrari de Mimì estaba aparcado calle arriba, rodeado de gente y bajo la mirada de decenas de personas. Por un segundo, Mina soltó a Salvo y abrazó al italiano de verdad.

—Gracias por traerlo.

—Al principio dudé un poco, pero después supe que era lo que tenía que hacer. No debí dejarte marchar de esa forma.

Mina le besó en la mejilla, como lo había hecho en el aparcamiento de Venecia, antes de volver a cogerse de la mano de Salvo.

Por un segundo, se imaginó a Mimì buscando a Salvo por toda Venecia, convenciéndolo de que fuera a Barcelona en busca de Mina, contándole un enrevesado plan para recuperar el amor perdido, mientras Salvo se negaba y se hundía en la más profunda de las miserias.

Sin embargo, ahí estaban aquellos dos hombres que, solo una semana antes, podrían haber llegado a las manos por el corazón de Mina.

Debido a la sorpresa inicial y al feliz desenlace, ninguno de los tres sabía qué decir. Estaban ahí riendo sin sentido, hasta que a Mina le vino a la cabeza la única pregunta que podía hacerse en un momento como ese.

—Y ahora ¿qué? —exclamó mirando a los dos hombres.

Salvo no respondió, simplemente se encogió de hombros. Todavía no podía terminar de creerse que el plan de Mimì hubiera funcionado y aún

estaba en una nube.

—Bueno, siempre he querido conocer Barcelona —respondió Mimì con su sonrisa perfecta.

Una idea cruzó la mente de Mina. Frunció los labios y se rascó la barbilla con una maliciosa sonrisa.

—Tengo una amiga que seguro que estará encantada de hacerte de guía —dijo con voz picarona guiñándole un ojo a Mimì. Mientras tanto, no podía dejar de pensar cómo reaccionaría Martina cuando cruzara la puerta de casa acompañada por, como había dicho ella, dos maromos italianos, aunque uno fuera falso. Pero eso ya no le importaba a Mina, porque era su italiano falso.

De viaje o lo que surja
Abby Baker

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Ekkaphan Chimpalee / Shutterstock

© Abby Baker, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-08-19448-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Al mal tiempo, buena cara

Abby Baker

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

